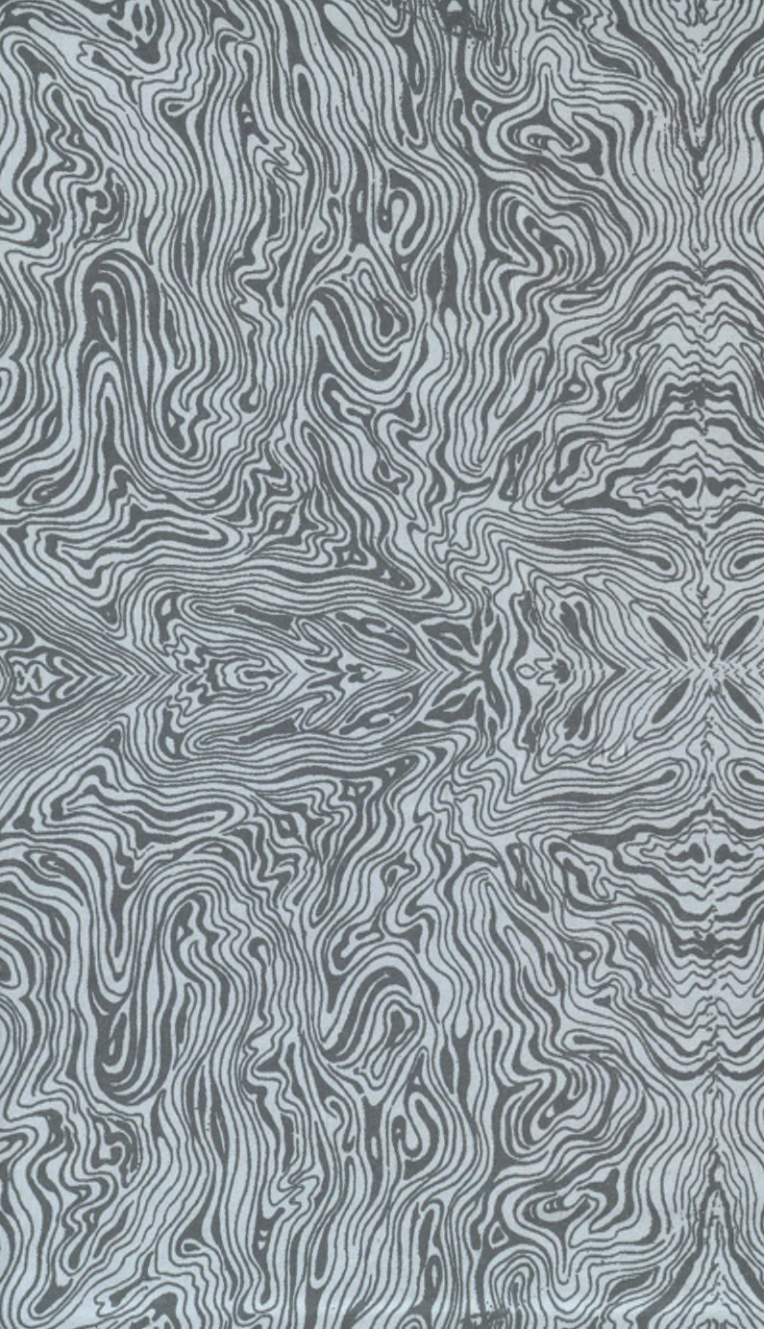


MOR-CAS
Encuadernaciones
C. VALLDEMOSA Nº 5
TLF. 91 450 40 09

Ge. 6 7 8210 (8)
Bg. 10815/DC
29; 56 055
DC 394 FRI

VIDA ÍNTIMA DE LOS ROMANOS

POR

L. FRIEDLÆNDER

(Primera version española)

CEU Biblioteca
B. Díaz del Corral

LIBRERIA DE JOSÉ MEN... ZARAGOZA. ...uin Ruiz Gimenez
AÑO ... DEL COLEGIO DE MADRID
Salesas, 8, 1.°

3-8

BARCELONA
Imprenta de la Renaixensa, Puertaferrisa, 18, bajos,
1876

Roma.

Grandeza y fama de la ciudad Eterna.—Influencia de Grecia sobre Roma y el mundo romano.— Bellas Artes.
Transformaciones de Roma.
—Aspecto de Roma hasta Neron. — Altura de las casas.
—Carencia de calles espaciosas.
Estension de Rema. —Plazas, paseos y edificios públicos.—
Monumentos.—Jardines y Parques.
Tiendas y almacenes.—Exposicion de curiosidades.
Afluencia de extranjeros.—Establecimientos de instruccion de placer y de recreo.—Poblacion de Roma.
Agitacion y bullicio durante el dia y la noche.
Poca seguridad.—Uso de los carruajes. —Incendios.
Hundimientos de casas. — Terremotos é inundaciones. —
Insalubridad.—Epidemias.

CEU
Biblio
B. Díaz
al

Como todas las grandes ciudades, Roma no se edificó en un dia. Las primeras transformaciones generales de que fué objeto debiéronse principalmente á dos grandes catástrofes que la afligieron en un intervalo de 450 años: el saco de la villa por los Galos, en el 391 antes de J. C., y el gran incendio de Neron, en el 64 de nuestra era. Por una singular coincidencia, ambos desastres empezaron el mismo dia (17 de Julio).

Hasta la época del segundo hecho la capital de los Césares distaba mucho de parecerse á lo que hoy llamamos una hermosa ciudad. Tanta fué la precipitacion con que emprendieron la obra de reparar el destrozo causado por la invasion gala, que Roma fué reconstruida sin seguir plano ni órden alguno, lo que le daba el aspecto de una

poblacion construida al azar. Veíanse solo barrios irregulares, calles estrechas y tortuosas, entre un hacinamiento de altas casas, de aspecto triste y sombrio.

En la córte de Filipo II de Macedonia, en el año 174 antes de Jesu-Cristo, el partido hostil á los Romanos convertia en blanco predilecto de sus epígramas la poco agradable fisonomía de la capital de Italia.

Aun en los últimos tiempos de la república (hácia el año 63 antes de J. C.) Roma, con sus calles desniveladas y sus casas sin proporcion, rodeadas de estrechos callejones, no podia sostener dignamente la comparacion con Cápua, anchamente asentada en la llanura.

La admiracion por las mejoras realizadas en Roma, de que hacen gala Ciceron y Séneca, se ha de referir exclusivamente á la magnificencia de los edificios y monumentos públicos, ya entonces muy numerosos, y en cuya construccion se habian empleado sumas cuantiosas. Estos trabajos adquirieron especialmente un desarrollo grandioso bajo el reinado de Augusto, que transformó á Roma, villa de ladrillos, en una ciudad de mármol; pero por grande que fuese el número de monumentos existentes ó en construccion en esta época, tales construcciones modificaron muy poco el trazado de las calles y el cáracter general de las casas particulares,

Todavía durante el reinado de Tiberio, la elevacion de estas y la angostura de aquellas, era objeto de quejas continuadas, como tambien la facilidad con que, en el caso nada raro de un incendio, se hundiesen los muros á impulso de los que trataban de escapar de las llamas. El fácil hundimiento de los muros, impidiendo el aislamiento del fuego, influia en que este se propagase rápidamente; así se esplican los terribles efectos del incendio de Neron. De los catorce barrios en que se dividia Roma, tres fueron devorados enteramente por las llamas, y solo ruinas calcinadas quedaron de siete más. Los cuatro que el fuego respetó eran probablemente el sexto y el séptimo (*Alta Semita y Via Lata*), desde el Viminal al Campo de Marte, el décimocuarto, á la otra parte del Tiber, y otro que aun no se puede designar con seguridad.

De este vasto monton de cenizas renació una ciudad enteramente nueva. Las casas fueron reconstruidas hasta cierta elevacion con piedra gabina y albana, lo que les ponia al abrigo del fuego, y se fijó un límite general á la altura de los edificios, dejando espacios libres á su alrededor. Planos bien determinados sirvieron de guia y regla en la construccion de los nuevos barrios. Finalmente, abriéronse calles más anchas y espaciosas, mejor alineadas, y con pórticos á ambos lados.

Pero, con todo, estos vastos trabajos, que se extendian á más de dos terceras partes de la ciudad, no bastaron para hacer desaparecer por completo los inconvenientes mencionados. Aun despues del gran incendio continuaron repitiéndose las quejas motivadas por la elevacion de las casas. Plinio hace observar que en Alejandría eran menos altas. Preciso es tener presente que en Roma habia un gran motivo para construir de este modo: la escasez, y sin duda tambien, el alto precio de los solares, obligaban, en una ciudad tan populosa, á levantar piso sobre piso y esta causa hubo de continuar subsistiendo mucho tiempo.

Bueno es hacer notar á los lectores que la escala de los antiguos no era la nuestra, y que nadie hoy, en nuestras grandes ciudades, extrañaría la elevacion que tanto espantaba á los romanos. Ya Augusto, segun Estrabon, la habia limitado á 70 piés romanos ó 20'6 metros, pero permitiendo para las dependencias interiores de estas vastas casas, en que se amontonaban los inquilinos, esto es, para el cuerpo de construccion que no daba á la calle, una elevaclon mayor; indudablemente los propietarios hubieron de aprovecharse de esta tolerancia.

Neron rebajó todavía este límite, y Trajano, á creer á Aurelio Victor llegó á reducirlo á 60 piés, ó sean 17'7 metros. Ahora bien, la primera de estas

alturas representa todo lo más una superposicion de cuatro pisos, con un entresuelo. Estas proporciones eran raramente traspasadas. Solo una casa de cinco pisos se cita existiendo en la célebre Antioquía, donde las más elevadas, segun el retórico Libanio, eran generalmente de tres pisos. En Roma, un piso tercero ya asustaba, solo los pobres vivian en el cuarto, que era un desvan donde solia establecerse el palomar.

Sin duda la angostura estremada de las calles debia hacer parecer las casas mucho más elevadas de lo que realmente eran. Ya la configuracion natural del terreno, con las continuas ondulaciones y desnivelamientos de las colinas, habia presentado un perenne obstáculo para la construccion de calles rectas. largas y de anchura suficiente tanto más cuanto las planicies eran en su mayor parte ocupadas por plazas y mercados (*fora*), paseos, jardines y otros establecimientos públicos. Debian ser muy raras las escepciones tales como la calle Alta *(Alta Semita)* que seguia probablemente la misma direccion que la moderna *Strada di Porta Pia*, y la vía Ancha *(Via Lata)* cuya anchura era tal vez mayor que la del *Corso* actual, que en su parte meridional corresponde á la antigua via romana. En ninguna época se ha podido gozar en Roma de las grandes perspectivas que presentaban Alejandría y Antioquía, cruzadas por espaciosas y magníficas calles, di-

vididas á ángulos rectos, y casi todas de una estension de muchas millas.

El efecto estético de la arquitectura de las calles romanas debia, bajo el punto de vista de nuestras ideas modernas, resentirse mucho de ciertas particularidades propias del sistema de construir empleado por los antiguos, como tambien se vé en Pompeya. Tales eran las frecuentes desviaciones de la línea recta en las fachadas de la casa, las ventanas aisladas, ó abiertas sin simetría en los últimos pisos, la altura desigual de las distintas partes de un mismo edificio, y, más que todo, una porcion de construcciones accesorias, adosadas á los muros, á su fachada á veces, lo que hacia más angosta la calle.

El piso bajo no contenia ninguna habitacion que diera á la calle, y en la pared no se abria ventana alguna. Donde habia pórticos el comercio al pormenor encontraba sitios cómodos para instalarse, pero los pórticos solo se veian en las grandes calles. Fuera de estas las tabernas, tiendas, almacenes y talleres, ocupaban construcciones que invadían las calles,

Con el movimiento perpétuo y tumultuoso de la multitud por las calles de Roma, se aumentaban hasta tal punto los inconvenientes de la extrema angostura de las calles que hacia urgente una disposicion cualquiera que lo remediase.

Roma entera, dice Marcial, era solo una in-

mensa tienda, en que toda clase de vendedores, taberneros, y barberos se habian apoderado de la calle, amontonándose ante los edificios. Aquí colgaban jarros de vino, atados á la columna de una taberna; allí manejaba diestramente su navaja un barbero, en medio la gente. Calle habia que de uno á otro extremo contenia solo sucios y hediondos bodegones, y el pretor, como todos los transeuntes, se veia precisado á pasar por el lodo del arroyo.

Los talleres de los artesanos se hallaban tambien instaladas en estos apéndices adosados á los edificios y abiertos á la calle, donde tambien se encontraban mesones, que se distinguian por sus letreros.

Los ediles cuidaban de hacer apartar todo lo que pudiera hacer aun más estrecha la calle, enfrente las tiendas y los talleres. Pero esto no impedia á los bataneros el colgar en aquellos sitios prendas de ropa, para secarlas al sol.

Domiciano redujo tal desbordamiento, y á esta medida se debió que la circulacion quedase más expedita. En 368, Pretextato, prefecto de la villa, invocando antiguas prohibiciones, mandó suprimir, evidentemente á causa de estar muy expuestas á un incendio, todas las galerias de los pisos altos que se adelantaban del cuerpo del edificio.

Pero, con todo, Roma, apesar de su estraña to-

pografía, era una ciudad sin igual. Lo que en ella sorprendia principalmente era el movimiento tumultuoso, indescriptible é incesante de un inmenso gentío, que acudia á visitar la capital de todos los países del antiguo mundo, el abigarrado espectáculo de esta cita universal, la grandiosidad y el esplendor y el número de los edificios y establecimientos públicos, y la gran extension de la villa. Y, sin embargo, no era Roma la ciudad más vasta de la época, como ya antes hemos hecho observar. En tiempo de Vespasiano, Plinio calculaba en 13.200 pasos la circumferencia de Roma. El Itinerario de Alejandro la estima en 14.120 y dá 16.360 á Alejandría, 12.220 á Babilonia, 10.250 á Cartago y 8.072 á Antioquía; esta última cifra parece ser inferior á la realidad, pues Antioquía, segun el eminente arqueólogo O. Müller tenia, sin comprender los arrabales, una longitud de 36 estadios griegos, por 30 en su mayor anchura, lo que nos autoriza á fijar sin exageracion en 18.000 pasos por lo menos, su circuito, incluyendo en él los arrabales. Las murallas construidas bajo el reinado de Aureliano formaban un cerco de cerca 11 millas de Italia, y, dos siglos despues, en tiempo de los Godos, Roma, con los arrabales adyacentes, no tenia un circuito menor de 21 millas, segun Olympiodoro.

Aunque no prestemos entera fé á estos cálcu-

los, no por esto es menos cierto que en la época que tratamos de describir, quien mirase á su alrededor, desde la elevada cima del Capitolio, debia ver extenderse y desplegarse á sus piés un laberinto de construcciones magníficas, de palacios y monumentos de toda especie, engarzados como piedras preciosas en una série de anchas bandas de casas que se prolongaban hasta perderse de vista, por montes y valles, sobre un espacio de muchas millas.

El desierto sembrado de ruinas que hoy se vé en la direccion de las montañas de Albano, y que infesta la *malaria*, era entonces una llanura perfectamente saluble, cuajada de edificios y atravesada en todos sentidos por calles en que reinaba siempre la animacion y vida.

Roma no tenia límites fijos y bien determinados en parte alguna; nada indicaba al viajero con precision allí donde empezaba ó terminaba otro territorio. Esta villa gigantesca desbordaba por todas partes é invadía la campiña, del mismo modo que nuestras grandes capitales modernas absorben los numerosos lugares y aldeas en sus inmediaciones enclavadas: en Roma, los límites de los arrabales se confundian con las nuevas construcciones de espléndidas alquerías ó villas, rodeadas de jardines; veíanse allí templos y monumentos, cuyos pináculos de mármol, y esbeltas cúpulas destacaban, esplendorosas como la

viva llama, sobre el fondo esmeralda de verdura de los bosques y prados vecinos.

Entre las construcciones públicas, débese citar en lugar preferente el Campo de Marte, tanto por ser la más estensa, como por no ceder á otra alguna en magnificencia y grandiosidad. Estrabon ha descrito el imponente aspecto de la *villa* de mármol que allí hizo edificar Augusto, en perenne prueba del esplendor de su reinado.

Veíase la llanura, que el Tiber bañaba por tres lados, y cuya inmensa superficie ofrecia ancho y libre campo á la circulacion de la infinidad de carruajes y caballeros, con mil transeuntes que iban y venian y se entregaban á todos los ejercicios físicos, el tapiz de un césped siempre verde y mullido, y sirviendo de marco á este cuadro cien y cien edificios públicos y monumentos, con gran número de pórticos y columnas y cúpulas sin fin. En los últimos términos, para coronar el horizonte, aparecia la suave pendiente de las colinas que se elevaban en forma de anfiteatro sobre la opuesta orilla. Quien logre reconstruir en su imaginacion tan peregrino cuadro podrá formarse una idea de como no debian cansarse de admirarlo los ojos de los Romanos, que no podian encontrar tan magnífico espectáculo en el interior de la imperial ciudad. Pero, sin embargo, aun al penetrar en esta, van el ánimo y los ojos de sorpresa en sorpresa, á la vista de grandes

plazas que rápidamente unas á otras se suceden, con sus columnas y sus templos, al contemplar el Capitolio con sus monumentales construcciones, el monte Palatino y la gran columnata de Livia. «Tal es» dice Estrabon en un rapto de admiracion por la ciudad que tan bien supo describir, «esta villa de Roma.»

Cuantas perecieron de estas maravillas, en los grandes incendios de los reinados de Neron y Tito, fueron reconstruidas ó sustituidas aun más ventajosamente, de suerte que, aumentando sin cesar gracias á las nuevas construcciones, el número de edificios y monumentos públicos fué despues mayor qne antes. En el medio siglo que separa el reinado de Vespasiano del de Adriano, Roma alcanzó el apogeo de su grandeza, lo cual no significa precisamente que más tarde no se aumentase aun más su esplendor, bajo los Antoninos, y aun en épocas á estos posteriores. En este período se sucedian sin descanso ni tregua, estas prodigiosas creaciones de obras maestras de arquitectura que debian ser objeto de admiracion y culto estético para la posteridad más remota, del propio modo que lo habian sido para sus contemporáneos.

Amiano Marcelino, hablando de la impresion que causó Roma al emperador Constancio, la primera vez que vió la ciudad, en 357, solo menciona en la enumeracion de los edificios de la capi-

tal, además de los baños ó termas de Caracalla y de Diocleciano, construcciones de la época que acabó con Adriano.

Llegado al Foro, preclaro centro del antiguo poderío romano, quedó Constancio como suspendido y mudo de admiracion. A cualquier lado que dirigiese la mirada, deslumbraba sus ojos la multiplicidad y el brillo de las maravillas que á su contemplacion se ofrecian. Cuando, despues, pasó á visitar sucesivamente las diferentes partes de la villa, sobre la cima y las pendientes de las siete colinas, lo mismo que en el llano, le pareció que nada podia encontrarse en el mundo mejor que cada objeto nuevo que, ávida su mirada, descubria. El templo de Júpiter, en lo alto de la roca Tarpeya, le pareció irradiar con luz divina á los ojos de los mortales. Maravillóse de la vasta extension de los baños, montados sobre el modelo de los de las provincias. La masa del anfiteatro Flaviano, colosal edificio en piedra tiburtina, surjía ante él con tanta majestad que apenas sus ojos podian contemplarle en toda su altura. La bellísima rotonda del Panteon, las gigantescas columnas coronadas con estátuas de antiguos Emperadores, y hasta cuya cima daba acceso una escalera abierta en el interior, el templo de la diosa Roma, el foro de la Paz, el teatro de Pompeyo, el Odeon, el estadio, todos estos adornos de la villa, rivalizando mútuamente en belleza,

grandiosidad y magnificencia, se disputaban la atencion de Constancio. Pero cuando al fin llegó al célebre foro de Trajano y se encontró frente á estas divinas construcciones, sin par bajo el sol, quedó embargado en un dulce éxtasis, al tratar el espíritu de seguir á la mirada que se perdia en las curvas de estas bóvedas gigantescas, cuya belleza no hay palabras para describir, y cuya perfeccion solo una vez habia sido dado alcanzar á los humanos.

Pero sin embargo, no solo era el admirable esplendor de sus plazas y edificios públicos lo que hacía de Roma una ciudad de maravillas. Otros muchos espectáculos, ofreciéndose de nuevo cada dia, atraian y fascinaban á cada paso al recorrer su inmensidad.

Por todas partes el arte, antiguo ó nuevo, habia prodigado sus obras y esparcido con igual profusion sus ornamentos.

Los pórticos y los templos brillaban con el vivo matiz de la pintura mural, ó de los cuadros; y, de igual modo que las plazas y las calles, el interior de estos edificios estaba adornado profusamente de bustos, estatuas, y grupos en bronce ó marmol.

Hasta en el siglo sexto de nuestra era, cuando los botines de muchas invasiones de bárbaros habian desde hacia mucho tiempo robado á Roma sns mejores y más preciosos adornos, parecia que

habia aun dentro sus muros, al lado de una poblacion humana, todo un pueblo de estátuas.

Jardines y parques, con árboles de hojas preciosas, estendíanse como á cintas de esmeralda, entre las masas de construcciones que atravesaban en varias direcciones.

Las vastas dependencias de los palacios comprendian á menudo grandes plantaciones, con seculares árboles de tupido follaje, donde cantaban las aves. Eran preferidos el plátano y el árbol de loto por su sombra. Los arbustos y las flores esparcian tambien al aire sus perfumes desde lo alto de los balcones.

Las colinas de los alrededores estaban cubiertas de jardines, imperiales muchos de ellos, que formaban magníficas alamedas convertidas por el público en paseos. Tambien, en el Campo de Marte, extensas alamedas de laurel y plátanos invitaban á los paseantes á disfrutar de su sombra, como en el pórtico de Pompeyo.

Pero la mejor joya de la antigua Roma, eran las construcciones hidráulicas, tan notables por su número como por su imponente belleza.

Los manantiales de las montañas conducidos á la metrópoli desde una distancia de muchas millas, por medio de conductos subterráneos ó de acueductos sostenidos por fuertes arcadas, se derramaban en mil y mil sitios con un dulce murmullo; grutas artificiales formaban como estan-

ques con vastas conchas para recibir el agua, ricamente decoradas, de donde se elevaban en surtidores ú otros bien combinados juegos, magníficas fuentes que al dar salida al líquido manantial renovaban y purificaban el aire.

Dábase el nombre de *salientes* á las fuentes que por medio de conductos, alimentaban la villa de agua viva. Frontino contaba además en Roma treinta y nueve fuentes artísticas, entre las que la más artística, de forma piramidal, parece haber sido la famosa *meta sudans*. Cuéntase que solo Agripa, durante su edilidad, estableció hasta setecientas obras destinadas á este objeto (*lacus*) y los regionarios no mencionan menos de mil trescientas cincuenta y dos.

Su comercio con el mundo entero procuraba á Roma otro género inagotable de espectáculos, cada dia nuevos.

Gracias al tráfico se acumulaban en sus almacenes, tiendas y bazares las producciones mas raras y preciosas de los mas lejanos paises, á la par que las mas magníficas y prodigiosas obras de la industria y del arte de todos los pueblos.

En Roma podian examinarse detenidamente las mercancías que á cada momento llegaban de todo el universo conocido.

Plinio, en su Historia natural, llama al Tiber *rerum in toto orbe nascentium mercator placidissimus* expresion tanto mas justa en cuanto el

comercio de esta metrópoli del mundo era desgraciadamente por completo pasivo, y lo absorbia y lo consumia todo sin devolver y sin producir nada.

Importábanse allí la lana de España y la seda de China, cristales de color artísticamente trabajados, tela extremadamente sútil de Alejandría, vino y ostras del archipiélago helénico, los pescados del mar Negro y el queso de los Alpes, que es fama habia causado la indigestion de que murió Antonino Pio.

Habia en Roma depósitos con surtidos completos de yerbas medicinales de Sicilia y Africa, especias é incienso de Arabia, perlas del mar Rojo coral de los bancos del golfo Pérsico, diamantes de las minas de la India, mármoles de color extraidos en cantos gigantescos de las montañas del Asia menor, y planchas magníficas de maderas preciosas del Atlas. Por los escritos de Galeno sabemos que en Roma se recibian medicamentos de todas las provincias.

Las *tiendas* más lujosas, en el reinado de Domiciano, se encontraban en el gran local de los *Septa*. Allí se iban á comprar bellas esclavas, muebles de lujo, toda clase de objetos trabajados en maderas preciosas, marfil, bronce de Corinto, estátuas griegas, copas antiguas artísticamente elaboradas, cristales, vagilla y utensilios de toda clase.

La via *Sacra* era el centro de la joyeria. Los depósitos más completos de mercancías del Egipto y la Arabia se encontraban en el foro de la Paz; el principal comercio de sederías, perfumes y especias, para las que hizo Domiciano construir sus graneros de pimienta (*horrea piperataria*) en el arrabal Toscano (*vicus Tuscus*) y probablemente tambien en las galerías del gran circo (*circus maximus*).

«A vuestra ciudad» dice con énfasis un panegirista griego de la villa de Roma, «afluyen de todas las tierras y de todos los mares, los productos de todas las estaciones y de todos los climas, los de los rios y de los lagos, los que elabora la industria de los Griegos y la de los bárbaros. Durante el verano y el otoño tantos son los navíos cargados que llegan procedentes de todos los paises, que podria creerse transportado á un bazar universal. Tan inmensos son los cargamentos que vienen de la India y la Arabia feliz que podríamos concebir los árboles de aquellas feraces regiones despojados por siempre de sus frutos y verse los pobladores de aquellos paises obligados á venir á pedir de nuevo á Roma los frutos arrebatados á su propio suelo. Las alfombras de Babilonia y las joyas de la region bárbara del Asia interior acuden á Roma en mucha mayor cantidad y mucho más fácilmente que no llegan á Atenas los productos de una isla del Archipiéla-

go. En suma todo lo que procuran el comercio y la navegacion, lo que producen la agricultura y las minas, lo que crean las artes y la industria, todo lo que nace y crece sobre la tierra, todo afluye y se encuentra en el mercado de Roma».

Todo en esta villa indicaba el centro de la dominacion del mundo, de un imperio universal, cuya extension podia abarcarse, por decirlo así, de una mirada, como desde la cima de un observatorio.

Las noticias de los más remotos límites de esta dominacion llegaban continuamente sin interrupcion á la metrópoli, por todas las vías. Sin duda alguna los Emperadores recibian personalmente relaciones casi cuotidianas de todos los puntos importantes de su vasto imperio, y, segun Filon, el mismo Calígula tomaba el más vivo interés en la lectura de las que, dia por dia, le eran desde Alejandría enviadas. Si habia habido lluvia en Egipto, terremotos en el Asia menor, motines en las legiones acampadas á orillas del Rhin, ó bien en la córte del Rey de los Parthos un cambio de actitud respecto á Roma, un dia despues el suceso corria de boca en boca en el Foro y el Campo de Marte y era objeto de todas las conversaciones en los banquetes y visitas.

Del mismo modo, apenas se descubria en los dominios del imperio alguna cosa extraordinaria, obra de arte ó de otra naturaleza se apresuraban

á enviarlo al Emperador y á exponerlo públicamente en Roma.

Ya bajo la República existia, con motivo de los triunfos y de los grandes juegos, el uso de parecidas exposiciones de curiosidades naturales ó artísticas procedentes de paises lejanos. Pompeyo, en el triunfo que celebró obtenido sobre Mitridates, expuso un árbol de ébano: desde entonces los árboles exóticos figuraron más de una vez en la comitiva de los vencedores. En los juegos públicos tales objetos de arte ó de curiosidad y de historia natural empleábanse para adornar el foro y el comicio, y se les daba el nombre de *insignia*.

Desde la más remota antigüedad los templos, á veces, servian de museos. Más tarde, bajo los Emperadores, servian principalmente para la exhibicion de estos objetos raros y curiosos que se calificaban entonces de maravillas (*miracula*), y de que Roma estaba siempre llena.

Nada puede caracterizar mejor el gusto de una sociedad que la especificacion de la clase de objetos que más en alto grado cautivan su atencion. Las rarezas del reino vegetal ó del mineral, enviadas regularmente á los Emperadores desde todas las provincias, prueban, en los contemporáneos de Plinio, cierta aficion á la ciencia que él cultivó.

Plinio nos cuenta que, reinando Neron, se des-

cubrió en Capadocia una piedra translúcida, de la dureza del mármol, que aquel Emperador empleó en la construccion de un templo que erigió á la Fortuna en su Casa de Oro. Pero las ciencias naturales se hallaban todavía en mantillas, y habiendo un terremoto puesto en descubierto, en el Asia menor, unas osamentas (que, á juzgar por las colosales proporciones que les atribuye Flegon de Tralles, segun el gramático Apollonio, un geólogo moderno habria reconocido como á restos de un animal antidiluviano) la piedad pagana de Tiberio á quien procedente de aquellas osamentas se le habia enviado un diente de más de un pié de longitud, como á muestra, recomendó especialmente respetar aquellos restos como reliquias de los antiguos héroes de la mitología.

Independientemente del caso que hacian los Romanos de las fieras para emplearlas en los combates del Circo, Augusto se complacia con la vista de animales raros y curiosos que hacia enseñar tambien al público, como, por ejemplo, una serpiente larga de 50 codos que expuso en el Comicio, y un tigre que hizo presentar en la escena.

En 47, Claudio hizo mostrar ,en el Comicio, un supuesto fénix, pero sin que lograse convencer á nadie de la autenticidad de aquella ave fabulosa.

Parece tambien que los siervos blancos que tanto admiró Pausanías en Roma, fueron tambien expuestos á la curiosidad del público.

Reinando Severo se exhibió durante los juegos y probablemente en el anfiteatro, el modelo de esqueleto de una ballena que él habia pedido al Mediterráneo, y en cuya vasta cavidad encontraban ancho sitio cincuenta osos. Suetonio, Plinio el viejo, Tácito, y Dion Casio pueden citarse como garantes de estos hechos.

Sabido es que en ninguna parte como en Roma ha sido llevada tan al extremo la aficion á las monstruosidades, aficion que crece en razon directa de la corrupcion de una sociedad. Lo que tal vez escitaba más vivamente su curiosidad eran las deformidades físicas que, accidentalmente, se manifiestan en la especie humana. Los enanos y enanas, gigantes, albinos, hermafroditas, etc., eran solicitados en Roma por opulentos personajes que se divertian con ellos, en el interior de sus lujosas moradas, con un refinamiento mil veces más perverso que la bárbara groseria de los señores feudales de la edad media, en los que se observaban iguales gustos.

Augusto hizo exhibir públicamente un jóven, llamado Lucius, que solo tenia una estatura de dos piés, pesaba solo 17 libras y por un peregrino contraste, se hallaba dotado de una voz esténtorea.

Entre los regalos que Artaban hizo á Tiberio figuraba un judío, de 7 codos de alto, llamado Eleazar; y, bajo el reinado de Claudio, el pueblo

de Roma pudo ver un gigante de Arabia cuya talla era de 9 $^{3}/_{4}$ piés romanos; probablemente de él habla Columela, aunque le supone judío de origen.

No satisfechos con admirarlos vivos, se cuidaba al morir, de conservar sus restos. Plinio afirma que ha visto cadáveres de enanos conservados en el interior de grandes vasos, y en los jardines de Salustio se enseñaban públicamente los despojos mortales de dos gigantes, Posion y Secundilla, que vivian en tiempo de Augusto. En 61 enviaron á Neron un niño que tenia cuatro cabezas, y todos los demás miembros de una estructura regular.

En el mismo reinado, y más tarde en los de Alejandro Severo y Aureliano, se citan personas de glotoneria fenomenal que hicieron las delicias de la villa y corte en el espectáculo de una voracidad sin igual. Tales objetos de diversion no hacian sino corresponder dignamente á la extravagancia de los príncipes de la familia adoptiva de Augusto. Justo es, sin embargo, hacer observar, que no faltaron emperadores como Adriano y Trajano que trataron de escojer mejor las curiosidades con que se debia alimentar la curiosidad del pueblo. Ambos se proponian detener el rápido y alarmante progreso del celibato voluntario y la disolucion de costumbres de su época. Sin duda esto incitó al segundo á hacer venir de

Alejandria á Roma una mujer, Serapias, que, segun Ulpiano ó Gayo, habia dado á luz cuatro ó cinco hijos de un parto. Probablemente seria la misma á quien, el otro emperador, para estimular la fecundidad, habia tomado á su cargo la educacion de sus hijos, segun Flegon de Tralles, quien menciona tambien un anciano de 136 años, distinguido por el emperador Adriano.

En Roma, como aun hoy en las férias de nuestros pueblos, la ignorancia y la credulidad del vulgo deberia ser con frecuencia explotada, presentando bien escogidos cebos á su curiosidad. A buen seguro no faltarian allí el hombre salvaje y los mónstruos verdaderos ó fingidos, en los que la supersticion de la época se complaceria en reconocer los séres fabulosos de la mitología.

Desde Olissipo (Lisboa) mandóse decir á Tiberio que se habia visto en la playa, un triton, y la agonia de una nereida. Pausanias llegó á asegurar haber visto en Roma, con sus propios ojos un triton de verdes pelos, cubierto de escamas ostentando enormes dientes y cuyo cuerpo remamataba en cola. Afirmábase, durante el reinado de Claudio, que se habia cazado un hipocentauro en una montaña de Arabia desde donde fué enviado al prefecto de Egipto. No habiendo este podido conservarlo vivo cubrió el cadáver de una capa de miel, lo envió á Roma, donde lo pudo contemplar el público en el palacio imperial. Al

testimonio de Flegon puede unirse el de Plinio, cuya Historia Natural contiene tambien noticias sobre todas estas curiosidades fenomenales.

Pero no nos detengamos más en estos detalles; solo pueden interesar en lo que contribuyen á dar á conocer los extravios del gusto en los diversos tiempos.

A los espectáculos de este género, gratuitamente ofrecidos á la multitud por la munificencia imperial débense añadir otros, de órden mucho más elevado, ofrecidos á los hombres estudiosos y á cuantos habian conservado el gusto á la literatura, las ciencias y las artes.

Los artistas de todos los países, arquitectos, escultores, pintores, músicos, cantantes, hasta los mismos atletas de Grecia y Asia acudian á Roma á hacer gala de su talento, exponer sus obras, ó á alcanzar el premio de una corona en los grandes certámenes Romanos, del género de los de Accio y el Capitolio. *(Agon Actiacus et Capitolinus)*; á la par de ellos aspiraban á hacerse escuchar del público y á conquistar sus aplausos muchos poetas, oradores, filósofos, retóricos, sofistas y sabios principalmente de Tarso y Alejandría. En fin, á partir del reinado de Vespasiano y la fundacion del Ateneo, la parte más distinguida de la juventud estudiosa de las provincias, los jóvenes más inteligentes y los más ambiciosos, se dirigian á la capital del Imperio con el objeto

de participar de los incomparables recursos que Roma les ofrecia para terminar sus estudios, ó ávidos tal vez de gozar todos los placeres y diversiones que allí se les ofrecian. Esta constante afluencia de estudiantes se ve plenamente confirmada por gran número de inscripciones latinas y griegas.

En las salas y galerías de las numerosas bibliotecas (los regionarios no mencionan menos de veinte y ocho en Roma) el aficionado á las ciencias y á la literatura podia procurarse todas las satisfaccionnes que se le antojara desear, entre las preciosas colecciones de millares de rollos de pergaminos y papirus, y en los círculos literarios, que se reunian en estos lugares, encontraba apoyo, estímulo y proteccion.

Las termas cuyas divisiones múltiples desde los sitios destinados á la natacion hasta las estufas, ofrecian en todas las estaciones, baños de toda clase á millares de bañistas, con salas reservadas, de un esplendor imperial, para los ejercicios gimnásticos y la conversacion; las termas, repetimos, eran tambien establecimientos del más grandioso estilo y de una incomparable magnificencia, en que hasta el último proletario podia ir á recrearse.

En la época que nos ocupa habia cuatro termas. Las de Neron parecen haber sido entonces las más espléndidas, á creer á Marcial y á Estacio.

Pero lo más maravilloso, en esta ciudad de maravillas, eran los espectáculos, las representaciones, los juegos y los combates de la escena, del circo y de la arena. Allí todas las fantasías de la imaginacion más calenturienta se transformaban en sorprendentes realidades.

Para dejar de una vez de ocuparnos del espectáculo más peculiar de Roma, el inmenso movimiento de la poblacion, preciso es citar los accidentes causados por el apiñamiento de la multitud. Aumentaba el número de estos casos la proverbial angostura de las calles. Tácito y Suetonio citan algunos ejemplos, y Séneca alude á ello, aunque con alguna exageracion. Habiéndosele ocurrido á Calígula la idea de arrojar monedas á la multitud, frente la basílica Juliana, acudió la gente en tanto número que perecieron ahogadas 247 mujeres, 32 hombres y un eunuco, y cuando el mismo emperador hizo apalear al pueblo con el pretexto de que cuando por la noche este se dirigia tumultuosamente al Circo le habia despertado de su sueño, el feroz capricho de Calígula hubo de costar la vida á muchas personas. Entre las víctimas se contaron más de 20 caballeros romanos, y no menos mujeres.

A medida que iba convirténdose Roma en centro del mundo, mayor era el número de naciones y pueblos que en ella se daban cita. Ya Ciceron llamaba á Roma una ciudad universal (*civitas ex*

nationum conventu constituta.) Pero la grande emigracion de las provincias en masa, data solo de la caida de la República; desde entonces estas irrupciones continuaron, con mayor ó menor intensidad inundando la villa, siguiendo una tendencia progresiva probablemente hasta Constantino.

De este modo adquirió Roma, real y verdaderamente, el carácter de una ciudad comun á todos los pueblos, de su centro de reunion, de un resúmen (*epitome)* del mundo, segun la espresion del retórico Polemon, uno de sus panegiristas griegos.

Lo que hacia todavía más abigarrado este conjunto era el tránsito de innumerables estranjeros, cuya afluencia (considerable en esta villa que, segun la expresion de Séneca, pagaba las virtudes como los vicios á su más alto precio) alcanzaba, principalmente en los dias de grandes espectáculos, proporciones verdaderamente escepcionales.

Nempe ab utroque mari juvenes, ab utroque puellæ.
Venere atque, ingens orbis in urbe fuit.

dice Ovidio en su *Arte de amar*, refiriéndose á las naumaquias del reinado de Augusto.

Roma mas que otra villa alguna de la antigüedad, tuvo tambien el privilegio de ejercer una irresistible atraccion sobre las más vivas tenden-

cias como sobre las más fuertes pasiones de la humanidad contemporánea.

Palabras pertenecientes á cien distintos lenguajes herian los oidos del transeunte, y á sus ojos aparecian revueltas y mezcladas en estraña confusion las particularidades del tipo y del color de todas las razas y los trajes de todos los pueblos.

Aquí se veian elefantes de la casa imperial conducidos por esclavos negros, más allá galopaba un escuadron de rubios germanos de la guardia del emperador cubiertos de deslumbradoras armaduras. Egipcios con la cabeza rapada y ostentando holgadas vestiduras, conducian procesionalmente á su gran diosa Isis.

En pos de un sabio griego veíase un jóven del Indostan, llevando al brazo rollos de libros. En el año 735 de Roma (19 antes de J. C.) habia llegado, segun dice Casio, una embajada de la India, que importó en Europa los primeros tigres El parásito de Favorinus, del que legó á Herodes su casa de Roma, era oriundo de las orillas del Ganjes y es probable tuviese la misma patria el Hydaspe de ennegrecido cutis *(fuscus Hydaspes)*, de que habla Horacio en una de sus sátiras.

Veíanse hijos y herederos de príncipes Orientales, cubierta la cabeza como los Persas de nuestros dias y luciendo anchos trajes de pintorreadas telas, atravesar gravemente y en silencio,

seguidos de su numerosa comitiva, la multitud que curiosa se amontonaba á su paso. Algunos epitafios de príncipes de Oriente, que murieron estando en Roma, han llegado hasta nosotros.

Tambien á veces se veian salvajes, con el cuerpo cubierto de pinturas, que llegados de la isla de Bretaña, contemplaban arrobados las maravillas de un mundo nuevo para ellos, que por todas partes les rodeaba.

El ya citado Dion Casio refiere que al aspecto de todas las magnificencias de Roma, el jefe breton Caractaco, conducido como prisionero, y perdonado despues por Claudio, exclamó: «¿Por qué, romanos, si poseeis ya cosas tan grandes y tan bellas, deseais apoderaros de nuestras pobres chozas?»

Nada se sabe de un modo completamente cierto sobre el número de habitantes de Roma; solo nos es permitido hacer sobre ello evaluaciones aproximadas y más ó ménos hipotéticas. La poblacion aunque sujeta siempre á grandes fluctuaciones, parece haber ido en aumento desde Augusto hasta Trajano, esceptuando los años de epidemia ó de guerra civil, y sin disminuir sensiblemente antes de las grandes pestes que la asolaron en tiempos de Marco-Aurelio y Cómodo. Puede admitirse, con mucha verosimilitut que varió frecuentemente entre un millon y un millon quinientos mil, en este período, y traspasó

tal vez en alguna ocasion esta última cifra, pero no es probable que haya escedido nunca mucho de ella, por más que algunos sabios distinguidos, como Bunsen, Zumpt, Hoeck y Marquardt, deduzcan de un cálculo el número de dos millones, cifra posible en la época de Trajano, pero á buen seguro exagerada para el siglo cuarto, que la disminucion de habitantes habia empezado anteriormente.

El consumo de trigo en la villa de Roma se elevaba, segun Aurelio Victor y Josefo, en tiempos de este último, á sesenta millones de medidas *(modii)*. Admitiendo que, por término medio, cada hombre consumiera en un año sesenta medidas, resultaria un millon de habitantes, pero como las mujeres, los niños, y las personas de buena posicion consumian mucho menos, hemos de creer que se ha de elevar más dicha cifra.

Gibbon, basando su cálculo en el número de casas, solo admite 1.200,000 almas, y aun Dureau de la Malle se ha limitado al número de 550,000 considerando que el espacio comprendido por la muralla de Aureliano solo representa las dos quintas partes de la superficie de París (antes de la anexion de las poblaciones inmediatas). Pero ya Zumpt ha hecho observar que á ser tan densa como la de los barrios que formaban el distrito cuarto de París, la poblacion de Roma, en los límites de estos muros, debia llegar á 1.153,000

habitantes. Sabido es que las casas de los antiguos como aun nos es dado juzgar por las de Pompeya, eran mucho más reducidas que las modernas. Además, importa hacer observar que el muro de Aureliano no abrazaba la totalidad de Roma, ya que más allá del muro comprendia barrios y arrabales considerables.

La clase elevada y la plebe, estos dos polos de la sociedad, eran los que mayores ventajas sacaban de esta fenomenal profusion de goces, escitaciones y espectáculos que ofrecia la capital del mundo romano.

La gran mayoría de la poblacion libre, en la que el número de hombres debia ser muy superior al de mugeres, era completa ó parcialmente alimentada á cuenta del Estado.

Las personas opulentas encontraban en Roma, para desplegar el lujo de una existencia fastuosa, muchísimas más ocasiones, facilidades y recursos que en ninguna otra villa del mundo.

Pero tambien en estas condiciones de la vida Romana, habia su parte contraria, parte que debia pesar principalmente sobre la clase media, haciendo menos envidiable su existencia. Los precios exagerados que tenian en la capital los víveres y todos los objetos de primera necesidad, contrastaban con la baratura á que se podian obtener en las villas municipales de Italia y las provincias, lo que hizo decir á Marcial:

Egisti vitam semper, Line, municipalem,
Qua nihil omnino vilius esse potest.

Ya en tiempo de Cesar los alquileres habian subido en Roma al cuádruplo de lo que se pagaba en las demás villas de Italia, y todo nos inclina á creer que los progresos del lujo metropolitano hicieron aun mayor la desproporcion, por más que hemos de creer que Juvenal exajeró cuando dijo que en Sora Fabrateria ó Frusino se podia alquilar una casa con jardin por la cantidad que costaba anualmente una mezquina y oscura habitacion, en la capital.

Todo era caro en Roma, y el que no pertenecia á la más infima clase social, se veia obligado constantemente por las exigencias de su posicion, á imponerse gastos ruinosos por lo excesivos. La costumbre ó la moda exigia, aun de las personas no muy acomodadas, la afectacion de cierto lujo exterior, que era frecuentemente superior á los recursos de que podian disponer. Era ridículo servirse en las comidas de una vajilla de loza ordinaria; era ridículo salir á la calle sin toga, y muchas personas se hubieran avergonzado de salir de su casa sin un séquito y comitiva de esclavos.

Por lo tanto, habia mucha miseria dorada, y las bancarrotas estaban á la órden del dia.

Este género de vida, de un brillo engañador,

contrastaba con la simplicidad y los modestos hábitos de la vida municipal y provincial, del mismo modo que la austeridad de costumbres que se conservó notablemente en las villas de la alta Italia, contrastaba con la corrupcion de la capital, donde una licencia desenfrenada, desbordando por todas partes, llevaba su ánimo hasta el extremo de celebrar sus orgías con una insultante publicidad.

La griteria y el tumulto no desamparaban nunca las calles de Roma. Ya Horacio se lamentaba de este ruido incesante, del dia y de la noche, y se esmeraba en huir del atropello de la multitud, de este mar perpetuamente agitado por la tempestad, buscando la calma y la soledad de los montes sabinos.

La efervescencia y bullicio causadas por el movimiento general de los negocios, se aumentaron mucho durante el primer siglo del Imperio, y tal vez estaban en su apogeo en la época á que hacen referencia las descripciones de Marcial y Juvenal.

Desde el amanecer los panaderos pregonaban sus panes; despues, en las escuelas, los niños empezaban á deletrear á coro, bajo la direccion del *ludi magister*, mientras en los talleres se ponian en movimiento sierras y martillos.

Oíanse los crugidos de las pesadas carretas, que conducian al sitio de la construccion cantos de

piedra, troncos de arbol y vigas enormes; los faquines y las acémilas, cargadas con exceso, atropellaban á los transeuntes; por todos lados; estos se veian empujados ó codeados ó pisados por la multitud, presentando así ocasiones, que no desaprovechaban los rateros, para ser robados.

Ovidio, en su *Arte de amar*, advierte á las damas que se guarden de los rateros astutos, que vestidos con elegancia, cuajados los dedos de sortijas, se acercaban á ellas echándolas requiebros y procurando distraerlas para apoderarse de alguna joya.

Mendigos, náufragos más ó menos reales, pedian limosna, salmodiando sus peticiones con gangosa voz.

Cien y cien vendedores ambulantes pregonaban á grandes gritos sus mercancias. Resonaban por un lado los alaridos de una procesion de sacerdotes de la gran madre de los Dioses, y por otro se oian salir de un templo de Isis, cánticos de devocion.

El ruido ni aun con la noche cesaba. Podíase dormir tranquilamente, sin ser turbado el sueño por el bullicio callejero, en los grandes palacios, donde los cuartos destinados á dormir estaban situados á la mayor distancia posible de la calle, pero esto era imposible en las habitaciones de los pisos alquilados. Como estaba prohibido el tránsito por el interior de la ciudad, de los coches de

viaje, durante la mayor parte del dia, el molesto ruido de su paso incomodaba por la noche. Unía-se á este ruido las disputas y riñas de los espadachines y vagos que rondaban, las serenatas de los galanes á sus damas, serenatas á cuyo término á veces se abria, y á veces se derribaba una puerta. Por Séneca conocemos el escándalo de las nocturnas escapatorias de Julia, hija de Augusto; por Tácito, Suetonio y Plinio, las orgías en que Neron y sus cortesanos tenian la costumbre de pasar la noche.

Cuando casas y tiendas y bodegones tenian echado ya el cerrojo á las puertas, las calles desiertas y completamente á oscuras, tomando un aspecto siniestro, ofrecian más peligro al que las recorria solo.

La falta de seguridad personal fué mucha en Roma durante todas las épocas. Los robos, con ó sin fractura, eran comunes, y no eran menos frecuentes los casos de personas atacadas á mano armada y robadas en mitad de las calles más frecuentadas.

Para evitarlo, en tiempo de Plinio el Viejo, las ventanas que daban á la calle, se cerraban cuidadosamente. De las puertas de las casas pendian campanillas ó timbres, para que previniesen al ser abiertas.

Otros peligros, ademas, amenazaban al transeunte que se dirigia á su casa, sirviéndose de

un cabo de vela para alumbrar su camino, si tenia la desgracia de encontrarse con algun jóven de gran familia, que, acompañado de numerosa y turbulenta comitiva, saliese á deshora de alguna orgía. El infeliz de quien se apoderaban era detenido, manteado ó víctima de otros poco caritativos entretenimientos.

En general, los escándalos y los desórdenes nocturnos, en las calles, era una de las diversiones favoritas de la juventud aristocrática.

Al constante peligro de estas desventuras, se unia el no menos comun de otros accidentes nada agradables; aquí se caia una teja de una carcomida barbacana; allí se oia el estrépito que producian al quebrarse chocando en el suelo, cacharros arrojados, tal vez exprofeso, con furia de las ventanas.

Una de las diferencias más notables que existen entre las grandes ciudades de nuestra época y las de los tiempos que tratamos aquí de describir, consiste en la poca circulacion de carruajes en Roma, durante este período. En los dos primeros siglos del imperio fué prohibida en la metrópoli la circulacion de estos vehículos, durante diez horas diarias, á partir de la salida del sol, esto es, en la parte del dia en que mayor era el tránsito de gente á pié por las calles. Solo se exceptuaban de esta prohibicion general, los carros empleados en el transporte y acarreo de materia-

les y de escombros, en la construccion de templos y en los trabajos públicos; las carrozas suntuosas de ciertas personas, tales como las vestales (á las cuales se asimiló más tarde. para disfrutar de este privilegio, algunas emperatrices), los flámines en los sacrificios públicos, y los generales que venian vencedores; los carros de que se servian en los juegos públicos, principalmente en las carreras del Circo; finalmente, las carretas del mercado que llegaban por la noche y salian vacías ó llenas de estiércol.

Los desniveles del terreno y la angostura de las calles de una ciudad tan populosa, exigian precauciones particulares. El emperador Adriano llegó á prohibir de una manera absoluta, sin duda interesándose en la conservacion del afirmado de las calles, la entrada en Roma de carros cargados con exceso.

En general, el movimiento de carruajes para proveer los mercados, para conducir materiales de construccion y para los viajeros, quedó limitado á efectuarse en las dos últimas horas del dia y durante toda la noche.

Para estos vehículos solo habia libertad completa de circulacion fuera de la ciudad, las inmediaciones de sus portales servian de estacion á los coches de alquiler *(cisiarii)* que transportaban tambien á los viajeros. En Pompeya se han encontrado sobre la gran vía, cerca de la puerta de Hércules, los restos de una caballeriza.

Un edicto de Claudio previno á los viajeros que no pudieran atravesar ninguna villa de Italia sino á pié, en litera, ó en una silla de manos. Sin embargo, Séneca se quejaba, en tiempo de Neron, del ruido molesto que producian los carruajes de los viajeros al atravesar las calles de Baïas, lo que me induce á creer que la policía no era tan exigente en las demás partes como en la metrópoli. Adriano y Antonino reprodujeron la prohibicion de recorrer la calle en coche ó á caballo. Si Artemidor que parece haber escrito en el reinado de Cómodo, dice que el uso de pasear á caballo por la villa era un privilegio de la nobleza, hemos de creer que no pretendió en esta palabra aludir sino á la cabalgata de ceremonia, tanto más cuanto el mismo autor afirma que el uso de coches solo era permitido á las sacerdotisas. En una época á esta muy posterior, Aureliano, antes de ser emperador, no se atrevió á entrar en coche en Antioquía á pesar de estar sufriendo de una herida, y entró montado á caballo para no chocar con las costumbres.

No obstante desde el siglo tercero empezaron á olvidarse en Roma las antiguas leyes de policía urbana, y el uso de carruages principalmente los de lujo, cuajados de adornos de plata, parece haber sido uno de los privilegios propios de la dignidad del prefecto del pretorio y de otros elevados empleos del imperio; privilegio que

se hizo luego extensivo á todos los senadores y que finalmente pasó á los mismos particulares. Amiano Marcelino habla de las grandes dimensiones que en su tiempo tenian las carrozas y del riesgo que ponian á los transeuntes sus carreras á escape.

Otros peligros constantes y terribles amenazaban á Roma á los inquilinos de las casas, casi todas construidas por contratistas, con una falta de solidez deplorable. El negocio de tales contratistas si era tentador por un lado, era expuesto por otro á grandes inconvenientes. Mientras los tiempos fueron prósperos, las casas rentaban mucho, pero luego, con la frecuencia de los incendios, se corria el albur de perder por completo el capital empleado en su construccion. Por consiguiente al construir una casa procuraban hacerla con el menor coste posible; aunque la solidez del edificio se resintiera de esta economía, para de este modo, aun en el caso de un siniestro, retirar del producto de los alquileres una suma superior á los gastos de construccion, ó por lo menos reintegrarse el capital.

Los últimos pisos eran de madera, como lo indican sus nombres de *tabulata, contignationes*. Tal era además el descuido en el modo de construccion empleado en las casas particulares, que frecuentemente se hendian y agrietaban las paredes y esto sucedia en una época en que se edificaban

con tanta solidez los monumentos públicos que aun hoy los vemos en buen estado, á pesar de los siglos y las catástrofes que por ellos han pasado.

Hasta en los mismos salones, adornados de pinturas, todo el mundo se hablaba con cuidado y dispuesto á echar á correr al menor crujido del techo ú otro síntoma cualquiera de hundimiento.

Gran número de casas de alquiler, tenian que ser á menudo apuntaladas, por amenazar ruina. Se desatendian las reparaciones más necesarias, ó se hacian de una manera provisional é incompleta. No hay que estrañar, por lo tanto, que los hundimientos de las casas, figurasen junto con los incendios entre las calamidades que más particularmente afligian á Roma, ya en los últimos tiempos de la república. La muerte del filósofo Ateneo de Seleucia fué, por ejemplo, causada por haberse derrumbado durante la noche, la casa que habitaba. Catulo cita irónicamente como una ventaja de que disfrutaban los pobres mendigos el no tener que temer nada de estas dos calamidades. Tanto y tan general era el miedo que ambas causaban que era bastante á hacer desagradable la permanencia en Roma de las personas temerosas, y no es probable que estos peligros disminuyeran en los siglos siguientes.

Los incendios, tan raros en la moderna Roma construida casi enteramente de piedra y ladrillo, no solo eran frecuentísimos en la Roma antigua,

sino que tenian á la par un carácter triplemente funesto, á causa de los defectos que ya hemos señalado en el modo de construccion, de la altura de las casas y de la angostura de las calles. El gran número de construcciones accesorias y dependencias subalternas, hechas de madera y adosadas á los edificios alimentaban principalmente el fuego y propagaban la llama por toda la villa con espantosa rapidez.

Ocurrió precisamente así en el incendio del año 237, de que Herodiano hace mencion. La historia de la ciudad de Roma, sin ocuparse de los incendios de pocas proporciones que en ella se repetian sin cesar, menciona una larga série de otros muchos más terribles, cuyas ruinas y escombros hacinados contribuyeron mucho á elevar gradualmente el nivel de las colinas.

Reinando Tiberio hubo dos grandes incendios: en el año 27 de nuestra era fué el Celio, en el 37 el Aventino que ardió con la parte antigua del gran Circo. En ambas circunstancias hizo Tiberio lo posible para reparar los perjuicios. Para el segundo se acordó una indemnizacion de 100 millones de sestercios. Calígula dió tambien crecidas sumas en parecidos casos. Las huellas de estos desastres eran todavía visibles en tiempo de Vespasiano.

Al incendio de Neron sucedió, reinando Tito, otro no menos espantoso, que desoló durante tres

dias y tres noches el Campo de Marte. Otro, en tiempo de Antonino Pio, destruyó 340 casas. El más formidable despues del de Neron fué el que estalló, en el reinado de Cómodo, en las inmediaciones del templo de la Paz; empezó por destruir almacenes llenos de mercancias de Egipto y Arabia y luego las llamas ganaron el monte Palatino. Inútiles fueron cuantos esfuerzos se intentaron para atajar los progresos del voraz elemento; el incendio solo se estinguió despues de haber reducido á cenizas y escombros gran parte de la villa, consumiendo entre otros suntuosos edificios, el templo de Vénus y habiendo devorado inmensas riquezas allí donde no encontró otro alimento.

No solo al incendio, á otras calamidades estaba tambien sujeta Roma, que se repetian á intervalos más ó menos cortos. No eran en ella raros los terremotos. Hubo uno en el año 5 de nuestra era, otros en el 15, 51 y 59 (el 30 de Abril). En 191, cuando Cómodo, el incendio que ya hemos mencionado fué precedido de un temblor de tierra, y otro que se sintió en 297, y que refiere Dion Casio, impresionó vivamente la supersticion popular.

Amenudo estos terremotos iban acompañados de inundaciones, frecuentes siempre en Roma. En ninguna parte los desbordamientos del Tíber se extendian á tanta distancia del lecho del rio

como en la villa misma. Lo propio viene á acontecer en nuestros dias. Vanos eran los trabajos que se empleaban para preservarse de esta calamidad; las aguas amarillentas del rio empujadas hácia atrás en su desembocadura por las tempestades del mar, y acrecentadas por torrenciales lluvias, salian siempre de madre en la primavera ó en el otoño é inundaban la parte baja de Roma.

Alcanzando algunas veces barrios más elevados arrastraban en su súbita crecida hombres y animales. De este modo fué destruido el antiguo puente de madera que habia sobre el Tíber.

De los barrios casi enteramente sumergidos por las turbias ondas solo quedaba en descubierto la parte superior de los edificios más elevados: por espacio de dias enteros solo podian atravesarse las calles con ayuda de lanchas, pudiendo así repartir alimentos á los habitantes aislados completamente por las aguas que interceptaban toda clase de comunicacion.

Grandes inundaciones tuvieron lugar en los años 27, 23 y 22 antes de nuestra era, como tambien en los 5, 15, 36 y 69 de Jesucristo y, más tarde, bajo los reinados de Neron, Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio. Es probable que las inundaciones destruyeran algunas veces los grandes acopios de cereales, situados en las inmediaciones del Tíber, y, por lo tanto, expuestos á estas calamidades.

Encauzadas de nuevo las aguas del Tíber, no tardaban en sucederse hundimientos de casas minadas por aquellas, y las epidemias y el hambre completaban el terrible séquito de las inundaciones.

No solo estos, sin embargo, fueron la causa de que Roma conociese los horrores del hambre. Los más estudiados afanes de los emperadores no fueron siempre suficientes para prevenir los accidentes capaces de ocasionar la escasez y el alto precio consiguientes de los primeros alimentos, en una ciudad cuya inmensa poblacion solo podía fiar en las cosechas de Ultramar para asegurar su subsistencia. Tampoco les era á los gobernantes más fácil salvar el peligro de los motines que de tal estado de cosas debian resultar.

Durante una época de carestía, que siguió á una inundacion del Tíber, y que se prolongó del año 6 hasta el 8 de nuestra era, el trigo alcanzó precios exhorbitantes. A fin de hacer más soportable la miseria se expulsaron de Roma gran número de esclavos y de extranjeros, y húbose de recurrir á otros esfuerzos extraordinarios para precaverse de la inminencia de una revuelta.

En otra carestía en el año 15, de que habla Tácito, faltó muy poco para que se produjese una crísis parecida.

Reinando Claudio hubo dos épocas de hambre en los años 41 y 52. La primera ocasionada por

el empleo de muchos nuvios en los trabajos del puente de Calígula, entre Puteoli y Baïas, en construccion desde el año 39, determinó el establecimiento del puerto de Ostia. Durante la segunda, causada por la pérdida de las cosechas, llegó á no quedar trigo sino para quince dias; estalló un motin y Claudio solo con mucho trabajo pudo escaparse de los furores de la ira popular. Afortunamente el invierno se presentó bien y las grandes recompensas ofrecidas por el emperador á la navegacion y al comercio de los cereales fueron suficientemente eficaces.

Nuevas hambres hallamos mencionadas en 69, en 138 bajo Antonino Pio, en 166 y en 188. Esta frencuencia de carestías que habia en Roma, nos las hace aparecer como plagas con que la fatalidad castigaba á la ciudad reina del mundo.

Los gérmenes de epidemias destructivas han sido siempre inherentes, por decirlo así, á aquel suelo. La insalubridad de la campiña Romana es de una notoriedad proverbial. Ya los más antiguos colonos de estos lugares habian elevado altares al mal génio que causa la fiebre, ya desde entonces endémica en Roma.

Galeno vió reproducirse tan solo en esta villa cuatro casos de una enfermedad que Hipócrates solo habia observado una vez en toda su vida.

Una atmósfera pesada gravitaba sobre Roma. Era el aire viciado, por la humareda salida de in-

numerables bodegones, cuyos vapores nauseabundos se confundian con torbellinos de polvo y hedores incalificables, de que habla Marcial. Al estar á alguna distancia de la villa se respiraba mas desahogadamente.

En tiempo de la república, como en el del Imperio grandes epidemias, pero de un carácter distinto y sin analogía con la peste de Oriente, se suceden en Roma, muchas veces en corto intervalo, y causan numerosas víctimas.

La que apareció en el otoño del 65 no respetó edad, ni condicion, ni familia; los cadáveres se hacinaban en las casas y por las calles solo se veian entierros. Treinta mil defunciones hubieron de incluirse en los registros de la Libitina ó empresa de servicios fúnebres por más que ordinariamente no se encargaba de enterrar los esclavos ni los pobres.

La erupcion del Vesubio, en el año 79, fué tambien seguida de una gran epidemia que hizo estragos en Roma. Otra epidemia diezmó su poblacion durante el reinado de Adriano, y con ella se presentaron el hambre y un terremoto.

Pero la epidemia mas desastrosa no solo de Roma, sino de toda la antigüedad fué la que trajo consigo de Oriente el ejército en 166, con L. Vero plaga que extendiéndose por todo el imperio Romano, acabó por introducirse en Roma, donde estalló, del año 187 á 189, bajo Cómodo, con una

violencia sin ejemplo, y continuó cebándose en la poblacion, con mayor ó menor intensidad en los años siguientes. Si hemos de dar crédito á Dion Casio amenudo morian en Roma hasta 2.000 personas en un solo dia.

Estas epidemias no correspondian por sus caractéres nosológicos á ninguna de las que conocemos. Algunos médicos, sin embargo, creen reconocer en ellas las viruelas.

Azotes tan numerosos, tan diversos y tan terribles, debian constantemente recordar á los alegres habitantes de Roma las palabras de Varron: *Divina natura dedit agros, ars humana ædificavit urbes* (Los campos son creados por Dios, y las ciudades hechas por los hombres).

El trato social

Recepciones matutinales en las grandes casas.
Materialismo y egoismo.— Ostentacion del trato social.
Festines.—Conversaciones que en ellos se mantenian.
Naturaleza é importancia de la conversacion
bajo un régimen que ahogaba la expresion
de la opinion pública.-Rumores, noticias.
Peligros de las conversaciones
políticas.—Policía secreta.
Agentes provocadores.
Delaciones.—Amor al escándalo.
Asuntos de conversaciones triviales.
Diálogos en los banquetes entre personas bien educadas.

En las casas principales como en la corte, el tiempo destinado á las recepciones de los clientes y de las visitas, estaba limitado á las dos primeras horas de la mañana.

Este uso correspondia á la division adoptada generalmente para el empleo del dia entre los Romanos, acostumbrados á ocuparse en sus negocios en pleno dia, terminando su trabajo, al mediodia, con la comida principal, de modo que solo al amanecer, podian cumplir en gran parte con las obligaciones sociales.

Así cada madrugada, desde el crepúsculo, se oian resonar por las calles los pasos apresurados de una multitud, ofreciendo la más abigarrada mescolanza que se dirigia á los grandes palacios de la imperial villa.

Los clientes de la casa, y entre ellos, muchas personas cubiertas de una toga sucia y haraposa y ostentando un calzado lleno de remiendos se amontonaban desde la aurora en los zaguanes, en tanto número á veces que llenaban la calle y no permitian el paso á los transeuntes.

No dejaban de verse alguna vez lacayos cubiertos con mantos rojos, con aire y ademanes marciales; que conducian en una litera, con las cortinillas corridas, algun romano opulento que continuaba allí su interrumpido sueño, bajo la proteccion de una escolta de clientes.

Si se oia el conocido grito del lictor anunciando la llegada de un cónsul, la multitud se colocaba en hileras ante los oficiales que le precedian abriendo paso al alto dignatario que ostentaba una toga galeonada de púrpura.

Entre la gente solíase ver algun pobre sabio griego que, solicitando una colocacion de preceptor en la casa, se imponia el crecido gasto, superior á sus recursos, de vestirse y adornarse con los colores y adornos, que eran más del gusto de la persona á cuyo favor iba á encomendarse; más comun era todavía, en la época de Marco Aurelio ver más de un filósofo griego, con su larga barba y su manto de paño burdo rogando á algun esclavo de la casa que le obtuviese una invitacion para la comida; distinguíanse tambien, entre aquellas apretadas filas, el caballero y hasta el

mismo senador con ánimos de intrigar, este el consulado, aquel un tribunado de legion. En una palabra, solo una cosa era comun en aquel heterógeneo conjunto, el guiar á todos el mismo deseo de alcanzar algun provecho: bien los compara Plutarco con las moscas en la cocina.

Al lado de la puerta, ostentando un junco, permanecia gravemente el portero, cuya benevolencia era necesario captarse con dádivas ó lisonjas y que las personas razonables, dice Séneca consideraban como el encargado de cobrar los derechos de pontazgo, mientras otros, bastante poco avisados para querer forzar el paso pasaban con él á vias de hecho. En cuanto á los clientes más infelices eran despedidos con mucha ceremonia, dándoles con la puerta en las narices.

El *atrio*, especie de patio descubierto, que aparece, desde el primer siglo, rodeado de pórticos, y destinado á las recepciones, era en las casas principales generalmente bastante espacioso para contener gran número de visitantes. Habia colocado en él, bancos para las personas que esperaban.

Las proporciones grandiosas y la magnificencia de estos vastos locales, construidos en mármoles de todos los colores, las séries sin fin de retratos de antepasados, numerosos criados elegante y caprichosamente vestidos, todo allí se reunió para imponer é intimidar al que no estuviese acostumbrado á este fausto.

Para penetrar y ser recibido allí era de todo punto necesario entrar en negociaciones con los esclavos y los libertos de la casa, á fin de ganarse su voluntad; el ujier *(nomenclator)* encargado de enumerar en alta voz los nombres de las personas admitidas pretendia tener necesidad para el ejercicio de sus funciones, de largas listas escritas, por más que generalmente eran elegidas para desempeñar este cargo, personas dotadas de escelente memoria. Del mismo modo que en las recepciones palaciegas, las visitas estaban divididas en categorías en las casas particulares. Por regla general ambas recepciones eran parecidas. A la puerta de Sejano la gente hacia cola como á la del palacio del emperador, á causa del cuidado en que estaban todos los que acudian de que fuesen vistos tarde, ó de que pasase por completo desapercibida su presencia. Senadores habia que presentaban sus respetos á la cliente del ministro, se inclinaban reverentemente y procuraban grangearse el aprecio de sus ujieres y libertos y se resignaban á sufrir insolencias ó admitir gustosos sus franquezas.

No solo las visitas de cumplido, deber social que era entonces mucho más rijido y estricto en la antigua que en la moderna sociedad, sino hasta muchas solemnidades que hacian precisa la presencia de personas invitadas, se celebraban por

regla general, por la madrugada; á causa de esto todos los que á ellas concurrian tenian la precision de levantarse todavía de noche á fin de no llegar demasiado tarde.

Entre estas solemnidades que acabamos de citar se contaban principalmente, el dia en que el adolescente revestia la toga viril, ya que esta fecha marcaba su entrada en una edad más grave y el carácter de legitimidad á su participacion futura á los actos de la vida pública. Habia luego los esponsales y las bodas, y habia igualmente solemnidades con motivo de la toma de posesion de los magistrados.

Ciertas ceremonias, como por ejemplo, los entierros, tenian solo lugar en horas ya más avanzadas de dia. Ocupándose á veces todo el dia en el cumplimiento de estos deberes, perdian mucho tiempo las personas cuyas relaciones sociales eran numerosas.

«Es sobre manera curioso, dice Plinio el jóven ver de que manera cree uno en Roma pasar balance y saldar las cuentas de cada dia, y ver como la cuenta es defectuosa é incompleta cuando se considera el trabajo hecho durante una série de dias. Preguntad á cualquiera lo que ha hecho durante el dia, y os contestará: He visto revestir la toga viril á un jóven; he asistido á unos esponsales ó á una boda; fulano me ha invitado á ir con él á sellar su testamento, zutano á asistir-

le en justicia, otro me ha rogado le acompañase á una sesion de consejo. Todas estas cosas parecen necesarias el dia en que se hacen; su importancia queda reducida á nada cuando se piensa que se han de repetir todos los dias, y se comprende aun más su inutilidad cuando se ha abandonado Roma.»

Las sesiones (*consilia*) de que habla Plinio en este párrafo eran las del Pretor, del prefecto de la villa de los ediles etc. Las obligaciones sociales mencionadas en el pasaje transcrito, como ejemplo, podian fácilmente ser aquellas que ocupaban y necesitaban para su cumplimiento todo un dia; pero habia otras, más pesadas todavía, que hacian perder más tiempo, porque es preciso considerar que, en tales ocasiones, el traje tenia que ser de la más rigurosa etiqueta, como tambien cuando se veian precisados á asistir á la redaccion de actas y testamentos, y que además las distancias eran inmensas en tan espaciosa villa.

Además de los testamentos, que los testigos tenian que firmar, añadiendo cada uno á su nombre la palabra *signavit*, y cuya presencia era tambien necesaria cuando se habian de abrir, gran número de otros documentos necesitaban ir acompañados de la firma y el sello de algunos testigos para ser válidos. La órden que se seguia para inscribirles en tales actas dependia del

rango de los firmantes y de las consideraciones que se les tributaban.

Se solia tambien para felicitar la fiesta del aniversario del nacimiento, visitar á los enfermos, y visitar para dar el pésame. Era necesario igualmente, alguna vez, comparecer en algun proceso, apoyar alguna candidatura, felicitar al candidato triunfante, irse á despedir de los empleados que se dirigian á las provincias para que habian sido nombrados. A veces se habia dado palabra á un abogado, á un profesor de elocuencia, de asistir á su defensa ó á sus lecciones, ó bien se aceptaba la invitacion de un poeta para oir la lectura del último fruto de su ingenio. Juvenal considera estas lecturas, que más de una vez se renovaban todos los dias, durante semanas enteras, en la primavera y el verano, como una de las plagas de Roma, despues de los hundimientos de las casas y de los continuos incendios.

En tales ocasiones era de rigor no solo la asistencia de los amigos y clientes, sino tambien la de cualquiera que hubiese tenido ó tuviese la más lejana relacion con las personas interesadas. El deseo de celebrar las fiestas con toda la compañía posible, junto con el de testificar y dar una prueba de gratitud por los favores que se recibian, hizo nacer y desarrollarse el uso, que parece haber existido en Roma desde principios del

segundo siglo, de hacer algun regalo á todos los que en ellas tomaban parte.

En medio de esta continua confusion y torbellino de relaciones sociales, era muy difícil que nadie viviese para sí, y los caractéres inclinados al recogimiento anhelaban salir de Roma y refugiarse en el silencio y la soledad de la campiña; pero no todos lograban desprenderse del yugo que el trato social le imponia y á cuyo peso debian forzosamente doblar su cerviz, no sin quejarse; los escritos de Séneca, por ejemplo, contienen, casi en cada página, lamentos elocuentes sobre las incomodidades y el vacío de la vida en la capital.

Roma ofrecia el verdadero alimento á esta pereza activa de la vida elegante, que se desarrolló como en ninguna otra ciudad y adquirió un inmenso desenvolvimiento. El número de personas que pasaban su vida en el cumplimiento de formalidades que no tenian sentido comun, y en pueriles demostraciones de galantería, era crecidísimo desde el principio de la era imperial; llegaban á formar una clase á parte, cuya irregularidad y estrañeza saltaba á la vista, y que mereció ser calificada con el nombre ó apodo especial de *Ardeliones*. Ignórase el orígen de esta denominacion; tal vez era el nombre propio de un individuo que hubiese creado primitivamente el tipo del género.

«Existe en Roma, dice un poeta que escribia bajo el reinado de Tiberio, un pueblo de Ardeliones, dispuesto siempre á recorrer rápidamente todas las calles, siempre atareado en su pereza, echando los bofes por una bagatela, ocupándose en todo y no haciendo nada, fatigándose mucho y no logrando sino importunar en el más alto grado á todo el mundo.»

Séneca compara estos ociosos activos que rebullian y se agitaban como azogados; que iban y volvian de aquí para allá por las casas, los teatros y las plazas públicas, semejantes á las hormigas que recorren sin causa ni objeto, un arbol en toda su altura, de la raiz á las hojas y de las hojas á la raiz.

Esta es la gente cuya vida es la inaccion perpétua sin reposo, que jamás tienen nada que hacer y siempre aparece preocupada y afanosa, la que el dia que aparece obliga á huir de su casa, sin objeto ni fin determinado, y que sale únicamente para engrosar la multitud.

Si deteniéndoles al salir de su casa, les preguntais. ¿Hácia donde os dirigis? ¿Qué os proponeis hacer? os contestarán á buen seguro. «La verdad es que no lo sé, pero quiero hacer alguna visita y luego quiero emprender algun trabajo.»

El que los oye siéntese lleno de compasion hácia ellos, y más al verlos correr y precipitarse por las calles como si se tratase de ir á apagar un

incendio, codeando á los transeuntes, atropellando en su febril carrera á la multitud.

Pero ¿por qué de esta manera corren jadeantes? Para hacer una visita que no les ha de ser jamás devuelta, para unirse á la comitiva del entierro de una persona que les fué completamente desconocida, para asistir á las controversias de algun pleito, ó á los esponsales de una mujer que se case amenudo.

Cuando, despues de recorrer toda la villa por los motivos más fútiles y triviales, vuelven á entrar en su hogar doméstico, cubiertos de polvo y bañados en sudor, os jurarán que ya ni se acuerdan del motivo que les impulsó á salir, ni tienen presente siquiera los sitios á donde han ido; olvido que, aunque muestra la inutilidad de sus correrias, no les impide repetirlas al dia siguiente, sin mayor objeto.

Y no eran solo los jóvenes: habia tambien ancianos que, sin perdonar el dintel de ninguna puerta, se arrastraban penosamente cada mañana de calle en calle, perdiendo el aliento de puro fatigados y con el rostro húmedo por los besos que recibian en toda la villa de Roma; ancianos de canosa cabellera que, recorriendo cada dia todos los barrios de la imperial metrópoli, hacian á cada dama su matutinal saludo; se presentaban á cada tribuno ó consul que entraba en turno; remontaban diariamente diez veces la calle

que conducia al palacio y tenian constantemente en los lábios los nombres de los cortesanos que estaban más en favor de la córte.

Puédese comprender, dice Marcial, que se entregue á este penoso ejercicio un jóven, pero con toda seguridad se debe afirmar que no hay nada más repugnante ni más digno de lástima que un viejo Ardelion.

Más de un siglo despues Galeno describe de la siguiente manera el empleo que hacian habitualmente del dia los romanos.

«En las primeras horas de la mañana cada uno hace sus visitas; despues la multitud acude presurosa al Foro á asistir á los debates judiciales; una multitud todavía mayor se dirije á los especcáculos de los conductores de carros y de los pantomimos; otras muchas personas matan el tiempo en aventuras amorosas, jugando á los dados, en los baños; bebiendo, ó entregándose á otros goces materiales, hasta que al caer de la tarde todo el mundo se encuentra en los banquetes, cuyas diversiones no consisten en conciertos musicales ni en conversaciones sérias é ilustradas, sino en orgias libertinas que frecuentemente se prolongan hasta la siguiente aurora.»

Sin embargo, por numerosos que los Ardelionnes fuesen en Roma hemos de creer que la gran mayoría de estos visitantes que sin cesar recorrian las calles, desde el amanecer, no eran solo

impulsados por el deseo de pasar el tiempo, sino por el afan del lucro y los favores.

En el fondo esta ambicion era realmente el verdadero y principal movil de la agitacion ruidosa é incesante que llenaba todos los dias las calles y los palacios; íbase á la caza de lo que se consideraba como el supremo bien, llave mágica que todo lo abria y hacia obtener, rango, cualidad, honores y consideracion; la caza al dinero, divinidad máxima que adoraba y á la que rendia ferviente culto todo el mundo, como ironicamente dice Juvenal.

Todo se hacia y se obtenia con el dinero.

El egoismo profundo, el materialismo grosero, trataban en vano de esconderse bajo el manto de las mas refinadas formas de la galantería y la buena educacion; nadie, á menos que estuviese ciego ó deslumbrado, se dejaba engañar por las apariencias.

No era para nadie un secreto en Roma que precisamente los más atentos y los más oficiosos entre las personas corteses, no tenian más rentas, ni posicion social, que la de ir á caza de herencias, estando á la mira, con un contínuo esfuerzo de espíritu, de la muerte de las personas á quienes en vida habian colmado de serviles adulaciones y de exajerados testimonios de amistad y de respeto; á veces no se contentaban con ir á consultar á los astrólogos para saber de antemano el dia

fijo de la anhelada muerte y llegaban á menudo tal vez á sobornar á algun médico de elástica conciencia para apresurar aquel suceso con ayuda de algun veneno.

Nada caracteriza mejor á Roma en esta época; nada arroja mejor luz sobre la odiosa farsa de toda esta vida de formas, que la gran escala en que se ejercia, como un oficio, el arte de saber captarse las herencias. Estraño fenómeno cuyo análogo será difícil, sino imposible, encontrar en otra alguna época de la historia.

La eleccion de esta via precisamente para alcanzar el suspirado fin de tener una posicion (via que no recorrian solo los caballeros de industria y los intrigantes de baja estofa) se relacionaba con el hecho, sin ejemplo y contrario á todas las leyes naturales, del desarrollo extremo del celibato y la falta de hijos en las clases superiores.

El matrimonio era, ya bajo la República, considerado como una carga que solo aceptaba el ciudadano como un deber, para vivir en regla con el Estado.

La cruda época de las guerras civiles habia completamente minado y corrompido las costumbres, destruyendo los lazos sociales, que ya encontró flojos; y la restauracion moral que intentó realizar Augusto, túvose de limitar á la superficie, ya que las medidas por él adoptadas, se dirigian simplemente á combatir los síntomas exte-

riores de un mal cuyas profundas raices no podia vanagloriarse con la esperanza de extirpar.

En vano se esforzó este emperador en estimular y favorecer el matrimonio con recompensas y distinciones otorgadas á las personas casadas y á los padres y madres de familia, como tambien con penas y castigos impuestos á los solteros y á los casados sin hijos; á los ojos de estos, ninguna ventaja igualaba á la de poder disponer libremente de su herencia; y su condicion social, considerada desde hacia mucho tiempo como la más dulce y la más exenta de cuidados causaba mas envidia que lástima.

Así vemos que en la misma época de Augusto el captarse las herencias habia llegado á ser un arte, sistemáticamente practicado con ayuda de ciertas reglas, que poseen su tecnicismo especial, y en cuyo ejercicio se distinguian las diferencias entre los prácticos consumados y los novicios.

Ya en esta época la sátira habia hecho uno de sus temas favoritos las relaciones que habia entre los captadores de testamentos y los ricos sin herederos.

Tales aduladores oficiosos, por lo que les tenia cuenta, llegaban á gastar enormes sumas, que á menudo les eran pura pérdida.

La salud de los ricos era objeto de la más tierna solicitud. Cuando caían enfermos se les pro-

digaban los más prolijos cuidados. Para lograr su curacion dirijíanse oraciones á los Dioses y se les hacian sacrificios, los muros de los templos se cubrian materialmente de *ex-votos*, se interrogaba á los augures y adivinos; llegaban hasta el extremo de hacer voto de sacrificar, á trueque de su restablecimiento, elefantes y hombres.

Si le gustaba la casa de un amigo, este le ofrecia en ella habitacion gratuita.

Cuando un incendio devastaba alguna propiedad, enseguida se abrian suscriciones para indemnizarle los daños que el voraz elemento le causara.

Si sostenian algun pleito se apresuraban á salir en su defensa y era preciso que el asunto fuese muy desesperado, para que no ganasen el proceso.

Cuando á alguno de estos potentados cuya hacienda inspiraba tanta envidia se le antojaba hacer versos, los productos de su musa eran extremada é hiperbólicamente admirados, se estrechaba el círculo de sus oyentes cuando de sus obras daba lectura; en fin sus más extravagantes fantasías, sus más peregrinos caprichos eran aplaudidos por aquella turba de aduladores, atentos solo á la obtencion de la soñada herencia.

Las mujeres dejábanse á menudo ablandar por sus demandas.

Cada mañana invadia el átrio de su casa gran número de personajes que iban á visitarles.

Marcial, en una de sus poesías menciona entre los servicios que el patrono exigia de sus clientes, la obligacion que estos tenian de acompañarle cada dia á casa de media docena de mujeres ancianas.

Al amanecer, dice Juvenal, vese á algun pretor que obliga al lictor que le precede, á que apriete el paso. ¿Por qué esta precipitacion? Es que está temeroso de que llegue antes que él algun otro colega á casa de una señora Modia ó Albina.

Pero si ya no era cosa fácil obtener la primacía entre tantos rivales, era todavía más difícil cubrir el repugnante interés que les impulsaba á esta infatigable obsequiosidad, con una capa de amistad desinteresada.

Todo lo que podia prolongar sus dias era objeto de cuidados; deseábanle herederos de su sangre al anciano que no tenia hijos; testaban á su favor suponiendo, naturalmente, la reciprocidad. Las disposiciones que se hacian con objeto manifiesto de captarse una herencia, parecen haber sido muy frecuentes, ya que se creyeron en Roma obligados á multiplicar los artículos de la ley que los anula.

Sin embargo, por regla general los que tales cosas hacian, los que no vacilaban en humillarse

ante la esperanza de ver estendido á su favor el testamento de algun potentado, no siempre veían coronados por el éxito sus esfuerzos; algunos de quienes esperaban heredar les sobrevivian á menudo, y más á menudo todavía, eran á su vez víctimas de los viejos que conociendo sus propósitos, y explotándolos en beneficio propio, se aprovechaban y ponian á contribucion el celo y el desprendimiento de sus aduladores, estimulándoles con algunas leves insinuaciones y vagas promesas que infundian en tales parásitos la más vana esperanza. Para avivar la generosidad de sus exagerados amigos nada le costaba renovar treinta veces al año sus testamentos.

Con el mismo objeto finjíanse á veces enfermos, tosian á menudo. Plinio refiere que Julio Vindex, el mismo que tan valerosamente trató de librar á Roma de la tiranía de Neron, no desdeñó, para burlar los captadores de herencias el uso de medicamentos que tenian la propiedad de hacer palidecer artificialmente el rostro.

Llegó á haber casos en que personas que eran maestras en parecidos artificios lograban, aun sin ser ricos, procurarse por estos medios todas las ventajas de la posicion de un potentado sin hijos. Inmensos bienes en Africa, embarcaciones llenas de mercancías expedidas, á cuenta propia, de Cartago, ejércitos de esclavos etc., de que sin cesar hablaban, servian de cebo á los incau-

tos. No faltaba quien aplaudia este modo de engañar á los estafadores.

Por el contrario el que deseaba evitar el que le tuviesen por un captador de herencias, se veía obligado á mantenerse en la mayor reserva con respecto á las personas acomodadas, sin posteridad. Plinio el jóven consideraba inconveniente el hacerlas el menor regalo.

Los escritores de todas las épocas del imperio, están contestes acerca el inmenso desarrollo que habian tomado estas estratagemas. Creeríase fabuloso lo que dicen, á no verse la perfecta conformidad que hay entre sus relaciones. Sin embargo, bueno es tener presente, que en ellos, como en casi todos los escritos de sus tiempos, se encuentra alguna exageracion declamatoria, que se escapa á su pluma en parte sin intencion marcada.

«En esta villa» escribia, reinando Neron, Petronio que trasladaba á Crotona la práctica usada en Roma, «nadie se dedica á los estudios, nadie se consagra á la elocuencia, ni en ella prosperan la honestidad y la pureza de costumbres; pero todos los hombres que veréis en ella, sean cuales fueren, están divididos en dos categorías: echan el anzuelo ó se dejan pescar. Nadie quiere reconocer hijos porque el que tiene herederos de su sangre ni es invitado á los festines, ni admitido á ninguna diversion; excluido de todas las ven-

tajas de la sociedad, vive oscuro y olvidado, confundido entre la gente cubierta de oprobio. Los que, por el contrario, no se han casado nunca, ni tienen siquiera parientes muy próximos, alcanzan los más grandes honores y son los únicos á quienes se considera hombres perfectos y sin tacha. Hoy semejará la villa un campo en tiempo de peste, donde solo se ven cadáveres y cuervos que los devoran.»

Que esta rigurosa descripcion no era simplemente un fantasma de la imaginacion, lo prueban con evidencia las quejas que se elevaron, hácia la misma época, en el Senado, con motivo de las adoptaciones simuladas por las cuales personas sin posteridad se procuraban subrepticiamente las prerogativas de padres de familia.

«¿No están por ventura las personas sin hijos, decíase, bastante favorecidas, ellas que sin necesidad del menor cuidado, obtienen el favor y los honores á título gratuito y sin cargas?

Todavía más, Séneca que habla frecuentemente con amargura de la captacion de herencias (falta de la que, entre paréntesis, fué él mismo acusado por sus enemigos), pudo, en uno de sus *Consuelos*, dirijido á una madre que habia perdido su hijo único, hablarle así «Para aplicaros un consuelo que puede parecer muy difícil de admitir, pero que no por esto deja de serlo, habeis de saber que la privacion de hijos dá, en

nuestra villa, más influencia que no procuran los hijos, y que el aislamiento que de su pérdida resulta conduce á la ancianidad, privada al parecer con tal motivo de sus apoyos naturales, tan seguramente al poder, que muchos padres, fingiendo enemistarse con sus hijos ó renegando de ellos, se crean artificialmente la posicion de personas sin posteridad.»

Plinio el viejo conviene tambien en calificar la captacion de herencia como la más provechosa de todas las industrias, además de que la condicion de personas sin posteridad era honrada y considerada en el más alto grado posible.

Tácito dice que esta condicion tenia el privilegio de procurar el goce de un poder igual en los prósperos como en los adversos dias, y no se descuida de citar la circunstancia de que no traía en sí ninguna ventaja en Germania, como una prueba de la pureza de costumbres en los pueblos de esta region.

Plinio el jóven, queriendo hacer formar el mejor concepto de las virtudes cívicas de uno de sus amigos, refiere que su matrimonio tuvo larga bendicion de hijos llegando á ser abuelo en una época en que las ventajas de la falta de posteridad, añade, hacen por regla general considerar hasta á un hijo único como una carga para su padre.

La gente sin prole era invitada por los ricos,

adulados por los grandes, gratuitamente defendidos en sus pleitos por los oradores; si llegaba á nacerles un hijo perdian instantáneamente amigos é influencia.

Todavia bajo el reinado de Marco Aurelio la captacion de herencias formaba, en el cuadro de la situacion moral de Roma, una de las manchas oscuras que más destacaban á los ojos del estranjero, y no es muy probable que dejase de seguir aconteciendo lo propio en el período siguiente y hasta en los últimos tiempos del imperio.

Hemos creido necesario ser tan extensos sobre este particular, no solo porque una anomalía tan peregrina y que tanto habia chocado á los contemporáneos no podia ser omitida en un cuadro de costumbres de la época, sinó tambien porque presenta el reverso de la medalla de estos alardes de cortesanía tan bien reglamentados, y prueba lo que estas formas cubrian, y los vergonzosos fines á que con ellos se encaminaban.

El uso de reunirse para el recreo y aun para tratar de negocios formales en sitios públicos que se llamaban estaciones ó en las plazas y las calles, en las termas y los templos, las bibliotecas y las tiendas de los libreros, puntos para donde se daban cita las personas letradas, ó en la de los barberos y vendedores de drogas sitios que elegia preferentemente la gente vulgar, daba á este co-

mercio de sociedad en Roma cierto parecido con la sociabilidad italiana de la época moderna.

Habia, con todo, la diferencia de que la práctica de este uso estaba mucho más extendida en la antigua Roma, tanto á causa del modo de vivir de los antiguos, como en razon de la multiplicidad y de la extension de los establecimientos públicos, cuya entrada no estaba prohibida á nadie.

Sobre el cesped del Campo de Abante una multitud innumerable se entregaba constantemente á todos los ejercicios físicos; acudíase allí á caballo y en coche, se ejercitaban en el juego de la pelota y del aro, al manejo de las armas y á la lucha; se complacian nadando en las amarillentas aguas del Tiber y los aplausos de los espectadores eran la recompensa al vigor y á la agilidad desplegada en estos ejercicios.

En horas ya más avanzadas del dia, se encontraba la gente bajo la sombra de las alamedas de laureles y plátanos, ó pasear debajo los pórticos, rica y expléndidamente decorados con estátuas, bien acabadas imágenes, y tapices suntuosos.

Terminados al fin los asuntos y negocios del dia, y antes de sentarse á la mesa para hacer la comida principal, el uso de los baños cuotidianos reunia millares de hombres en las salas y galerias de las termas, que eran espaciosas, elevadas y explendentes con magnificencia real.

Marcial describe del siguiente modo la vida de un hombre rico y desocupado:

> Sed gestatio, fabulæ, libelli,
> Campus, porticus, umbra, virgo, thermæe,
> Hæc essent loca semper, hi labores.

Creemos excusado decir que tambien los espectáculos servian de punto de reunion para los que en la conversacion entretenian sus ocios.

En ninguna parte se hace mencion de invitaciones á fiestas que se celebraran en las casas, independientemente de los banquetes, y como estos, absorbiendo por completo las horas libres de la caida de la tarde y de la entrada de la noche se prolongaban á veces hasta al amanecer, solo excepcionalmente se verificarian estas reuniones.

Designábase con el nombre de círculo (*circulus*) á toda reunion de personas, que en pié ó sentadas formando un circuito se entregaban á la conversacion. Cuando el principal interlocutor se colocaba en el centro del circuito este tomaba el nombre de *corona*.

Era costumbre en los banquetes el ofrecer á los invitados el mayor número posible de diversiones que debian naturalmente variar mucho segun el gusto, los caprichos y la educacion del anfitrion. A buen seguro Petronio no habrá incluido muchas exageraciones en su descripcion de las gro-

seras fiestas con que los libertos ricos agasajaban á sus huéspedes, de las ridiculeces que hacian de sus obsequios un tema en que se cebaba la sociedad de buen tono. Verdad es que la escena de su banquete de Trimalcion no pasa en Roma, pero es lójico creer que lo mismo debia poderse observar en la misma clase social. Por otra parte Plutarco ha citado entre las diversiones más en boga, aquellas que creia deber recomendar en más alto grado para complacer á los convidados de inteligencia no comun y delicado gusto. La conversacion á que se refiere tiene lugar en Queronea pero todo, abstraccion hecha de la dedicatoria á Sosio Senecion, hace suponer que se trataba, allí tambien, de una moda romana, ó por lo menos comun á Grecia y Roma.

En el mismo lugar menciona entretenimientos de un género extraordinario, como la representacion dramática de diálogos de Platon, moda poco extendida todavía que acababa únicamente de aparecer en Roma.

Tal vez la representacion de los Homeristas en la casa de Trimalcion, citadas por Petronio, no tuvieron nada de extraño.

Dábase tambien lectura de poesías épicas, aun en la mesa, imitando el ejemplo de los potentados que se complacian algunas veces en hacer cantar, en presencia de sus convidados, versos de los poetas antiguos, y principalmente de Ho-

mero; á menudo tambien el dueño de la casa leia versos ó prosa de su composicion.

A estos festejos venian á unirse otros, que más directamente se dirigian á los sentidos.

En las orgias de aquellos tiempos, hermosas Andaluzas ejercitaban sus famosos bailes al son de la flauta, y acompañándose con castañuelas, mientras se elevaba un coro de canciones obscenas; juglares y bufones aumentaban el regocijo general con sus chistes de subido color, y se representaban escenas mímicas que hacian ruborizar hasta á los mismos esclavos de los dueños que más procuraban respetar su casa.

En las de buen tono se podrian presenciar pantomimas y se veian representar escenas de comedias y trajedias, especialmente de la nueva comedia ática.

Por regla general puede decirse que además de la lectura, las diversiones más en uso eran las que procuraba la música vocal, coral é instrumental. Llegábase á abusar de los coros y de los cantos, de la lira y de la flauta, hasta llegar algunas veces á hacer retirar de puro-hastiados á los concurrentes. Marcial afirmaba que el mejor banquete era el en que no habia música.

No siempre esto se realizaba ya que hasta en los convites más sencillos y modestos no se omitia nunca la música, la declamacion ó la lectura.

La conversacion de la sociedad Romana era

bajo muchos aspectos, en esta época, muy distinta y de mucho mayor alcance y trascendencia que en ninguna ciudad de la Europa moderna, ya que solo ella ofrecia un pretexto, un medio de hacer circular muchas noticias y avisos, para cuya difinicion no existia órgano especial; el *Monitor*, diario, periódico oficial de aquel tiempo (*acta diurna*), solo contenia acerca los negocios públicos aquellas noticias que el gobierno juzgaba oportuno y conveniente publicar, esto es, apenas nada sobre los asuntos candentes que estaban á la órden del dia, y aun las noticias que insertaba eran desfiguradas, limitándose á un resúmen sucinto lo poco que comunicaba sin reticencias y relataba sujetándose á la verdad.

Iban continuados, además, en dicho periódico anuncios de los sucesos acaecidos en las familias del gran mundo, noticias que formaban la crónica local, etc.

La opinion pública, duramente ahogada, se manifestaba de vez en cuando, como sucede todavia hoy en Roma, por hojas sueltas pegadas á columnas ó estátuas; en la prontitud y la vivacidad con que el público acogia las alusiones que actores atrevidos se aventuraban á hacer desde la escena, y algunas veces por los clamores y demostraciones del pueblo reunido en los espectáculos, hasta en presencia de los emperadores que permitian en estos sitios una licencia que no se toleraba en ninguna otra parte.

Pero estas débiles y raras manifestaciones, estudiadamente improvisadas, escitaban naturalmente la curiosidad y en ningun modo bastaban para satisfacerla; y la esclusion severa de toda publicidad, en una capital á la que afluian precisamente sin cesar noticias del mundo entero y en la que se decidian los destinos de este mundo, solo podia tener por efecto el multiplicar hasta lo infinito las conjeturas, los rumores, los cuentos y las fábulas habilmente inventadas, y el mantener constantemente despierta la curiosidad y la imaginacion.

El gacetillero (permítasenos emplear esta palabra), segun el retrato que de él nos ha conservado Marcial, sabe lo que el rey Pacoro decide en el palacio de los Arsacides; cuenta exactamente las fuerzas de los ejércitos que operan sobre el Rhin y sobre el Danubio; conoce á ciencia cierta, y puede revelar antes de que se rompa el sello, el contenido del último despacho recibido del ejército de Dacio, y señala de antemano el laurel que debe anunciar la victoria. Sabe cuantas veces ha llovido durante el año en el Alto Egipto; cuantos navíos han entrado en los puertos de África; que poeta alcanzará la corona en el próximo certámen del Capitolio. «Guardad para vos vuestro talento», acaba diciendo el poeta, «podeis venir hoy á comer conmigo, pero con la expresa condicion de que no me habeis de contar nada nuevo».

Habia tambien mujeres que pretendian estar informadas de todo lo que pasaba en el mundo romano, recogiendo los rumores del dia ó haciéndoles nacer y circular ellas mismas, que se vanagloriaban de haber sido las primeras en ver al cometa que amenazaba al rey de los Parthos, y que no tenian reparo alguno en esplicar hasta en sus menores detalles, todas las inundaciones y todos los terremotos de que habia sido teatro el Estremo Oriente.

Si tales asuntos de conciliacion no estaban prohibidos, en cambio debia irse con suma cautela al intentar aludir á la política interior ó exterior del gobierno, bajo este régimen del más absoluto despotismo, allí donde pudiese alcanzar el espionage del gobierno.

Marcial, en uno de sus epígramas en que habla de una reunion de seis amigos, convidados á un modesto festin, expone el deseo de que no se entreguen, en el seno de la confianza, á una franqueza de lenguaje de que tuviesen que arrepentirse al dia siguiente. «Que mis convidados, dice, se entretengan hablando de los azules y los verdes del Circo, porque no quiero en ningun modo que nuestros brindis conduzcan á ninguno al banquillo de los acusados.»

El fragmento que acabamos de citar se encuentra en un libro de poesías cuya publicacion no es anterior al reinado de Nerva, lo que prueba que

el temor y la desconfianza no desaparecieron por completo, ni aun bajo el imperio de los mejores príncipes. «La dicha de pensar libremente y de poder decir sin miedo lo que se quiere» segun la expresion de Tácito, no se ha podido gozar jamás en la capital del imperio.

Dados estos antecedentes fácil es formarse una idea de la pesadilla que debia oprimir á Roma en estas épocas nefastas de terrorismo imperial, épocas en las que ni siquiera nadie se atrevia á deslizar una alusion, ni aun en la intimidad de un diálogo amistoso, ó en un momento de expansiva hilaridad bajo la influencia del vino, al ver que bastaba esto para ser objeto de una delacion. En tiempo de Tiberio la policía no rechazaba valerse de ninguna estratagema con tal que pudiese coger á aquellos cuya pérdida se habia de antemano resuelto, llegando á hacerles pagar con la vida un momento de imprudente confianza.

El espionaje hacia terminar bruscamente todas las conversaciones impidiendo hasta cierto punto el hablar y el escuchar. «Hubiéramos llegado» dice Tácito, «á perder con el uso del lenguage hasta la memoria, si hubiese dependido de nosotros el olvidar como el callar estaba en nuestra mano.

El mismo eminente historiador cuando dá cuenta de los procesos de lesa-magestad que serpentean como un hilo de púrpura al través de la

historia de este tiempo solo ha censurado duramente á estos elevados delatores sobre quienes se fijaban las miradas del mundo contemporáneo y que ejercian su infame oficio con la esperanza de obtener altos favores, pero no se ha dignado hablar de la accion no menos funesta de los espias y soplones que se deslizaban de la cumbre y lo huroneaban todo.

Solo indicios fortuitos poseemos del desarrollo que adquirió en aquella época la organizacion de la policía secreta, copiada tal vez de los reyes de la Persia, como tantas otras instituciones del imperio Romano. Segun Dion Casio, Mecenas habia creido necesario avisar á Augusto que, si bien tenia necesidad absoluta de mantener espias por todo el imperio á fin de estar informado de todo lo que exijia reglamentacion ó reforma, debia guardarse sin embargo de fiar demasiado en las noticias suministradas por esta gente, amenudo desnudas de todo fundamento é inspiradas casi siempre por los más odiosos y ruines móviles.

El mismo historiador ha puesto en boca de Livia consejos semejantes. Los espías, dice en este pasaje, denuncian frecuentemente á inocentes, por ódio, ó pagados por enemigos de sus víctimas, ó para vengarse de haber rehusado este á darles dinero; acriminan á la gente no solo por el daño que pueden haber hecho, ó haber pensado

hacer, sino aun por una sola palabra, y aun más, por haber guardado silencio ó haber reido ó llorado al verterse en su presencia alguna noticia atrevida.

Claudio se habia hecho dar por sus espías, relaciones detalladas de los asuntos públicos y privados de gran número de personas, todas, probablemente, miembros de las dos más elevadas cleses. Nos es permitido creer, que las noticias que por este conducto llegaban á su oido eran exajeradas, cuando no falsas por completo.

Durante la guerra civil, despues de la muerte de Neron, el emperador Othon, que habia dado el mando de su flota á su liberto Mosco, le encargó tambien que vigilase y observase escrupulosamente la conducta de las clases superiores. Esta alta policía del Estado tenia innumerables ramificaciones en los grados inferiores de la poblacion, y en las filas del ejército.

«Solo entregándose descuidadamente á la confianza,» dice Epicteto, caen en Roma los ciudadanos imprudentes á los lazos que les tienden los soldados. Un militar, en traje de paisano, se sienta á vuestro lado y empieza á murmurar del emperador; vos, por vuestra parte, creyendo que la iniciativa que se ha tomado vuestro vecino en este asunto, es una prueba de su sinceridad, decís tambien lo que se os antoja, de lo cual resulta que os veais detenido y conducido á la cárcel.»

El párrafo que acabamos de transcribir fué escrito probablemente durante el reinado de Adriano, del cual se sabe que empleaba en todos los cargos de policía, y principalmente en la policía secreta, un cuerpo especial, una especie de gendarmería, que se encuentra ulteriormente afectada al nuevo servicio. Este príncipe mantenia espías hasta en las casas de sus amigos.

En general, bajo su reinado, el abuso de la policía secreta, parece haberse llevado al extremo, convirtiéndose en un verdadero azote. Arístides, en un elogio del sucesor de Adriano, dice que á su advenimiento todo el imperio se encontraba oprimido y ahogado por el miedo; espías y soplones recorrian cautelosamente, sin cesar, las calles y las casas. para escuchar todo lo que se decia; añade que la supresion completa del razonable y legítimo uso de la franqueza, habia puesto á la gente en la imposibilidad de pensar y de hablar con libertad, temblando todos de su propia sombra. El nuevo emperador habia librado de esta desconfianza al espíritu público, devolviéndole su libertad.

Naturalmente, en ninguna parte la policía secreta era tan numerosa y tan activa como en la capital. En Filostrato vemos que Apolonio de Tiana, llama á Roma una villa en que solo hay ojos y oidos para todo lo que es, y aun para lo que no es, y en la cual nadie debe soñar en innovaciones

en el Estado, á menos de tener grandes deseos de morir; las personas razonables y circunspectas vacilaban y solo temblando se ocupaban de las cosas licitas.

A no dudar, las clases más elevadas de la sociedad eran las que más vigiladas estaban por la policía secreta. Caracalla declaró que los soldados que en tal objeto empleaba no podian ser juzgados por ningun tribunal, y tan solo el mismo emperador podia hacerles castigar. Con esta garantía las noticias que le trasmitian los espías eran sumamente detalladas, y llegaron aquellos á ejercer el más arbitrario dominio sobre los senadores.

El biógrafo de Alejandro Severo considera como un mérito en este príncipe el haber confiado el encargo de informarse de la vida privada de los que le inspiraban sospecha á hombres seguros y discretos, que nadie sabia estuviesen en tal asunto empleados. El mismo emperador decia que seria bastante el cebo de un lucro fácil para corromper á todos estos agentes.

Aunque la actividad y el poder de estos espías estuviesen limitados durante el reinado de príncipes dulces y clementes, tales como los Antoninos, excusado creemos decir que jamás, en ningun tiempo, fueron posibles bajo el imperio, en Roma, las conversaciones libres sobre asuntos públicos, en reuniones numerosas ó en lugares públicos.

Además, mil consideraciones, aun sin contar con las que imponia el temor á los espias, atentos siempre para la delacion, recomendaban la mayor reserva en el lenguaje que se usaba en esta capital, que Tácito llamaba una villa en que todo se oye y nada se calla.

No siempre era efecto de la mala intencion la publicidad dada á ciertos secretos peligrosos; la indicacion, la curiosidad y la imprudencia, hacian ya por sí solas bastante daño. Séneca atribuye estas ligerezas á la necesidad que tenian de ocupar en algo el tiempo las numerosas personas ociosas que pululaban por Roma.

«De esto se origina, dice, la más vergonzosa de todas las torpezas, la soplonería y el espionaje, aplicado á todo lo que se roza con los intereses públicos y los secretos de los particulares, como tambien la pretension y avidez de saber una porcion de cosas que no era posible escuchar ni decir sin grave riesgo.»

La grande estension de las clientelas y la multitud de personas que intervenian en los servicios domésticos de las casas principales, deben ser citadas como una de las circunstancias que más contribuian á estas indiscreciones.

Acusábase á los clientes, y todavía más, á los esclavos, cuya arma más peligrosa era la lengua, de este funesto hábito de hablar con demasiada ligereza. Divulgar un secreto de la casa les daba

más placer que vacíar un vaso de vino de Falerno robado, y no habia crímen que no imputasen á sus dueños para vengarse de los castigos que les habian impuesto.

Un hombre rico no podia tener nada secreto. «Si se callan sus esclavos, dice Juvenal, hablarán sus caballos y sus perros; las columnas de su vestíbulo y el mármol de los muros de su casa tendrán oidos; en vano cerrará las ventanas, inútilmente tapará todas las hendiduras y apagará la luz; trabajo perdido será el de alejar á todo el mundo de su alcoba: no por esto dejará de saber á la siguiente mañana, el tabernero de enfrente, lo que habrá hecho su rico vecino al segundo canto del gallo.»

Era fatalmente preciso, por lo tanto, que el conocimiento de toda clase de hechos referentes á elevados personajes, se extendiese prontamente por los círculos vecinos, y suministrase á sus expensas nuevo pasto á la curiosidad que ávidamente se apoderaba de ellos.

A la par de la torpe costumbre de la murmuracion, trabajaban sin descanso el amor, el escándalo y la calumnia. Ya Ciceron habia dicho que era difícil escapar de las malas lenguas en una villa en que tanto se murmuraba; y San Gerónimo creyó deber repetir sus palabras cinco siglos más tarde.

Lo que prestaba más asunto á la maladicencia

era, como es natural, la relacion entre personas de los dos sexos, fuere de la clase que quisiese. Propercio dice que las conversaciones del público eran como una especie de castigo para las bellas, al cual, por serlo, se veian expuestas, y las consuela diciendo que no deben hacer caso de las lenguas enemigas, que siempre el hallarse en boca del vulgo su reputacion, fué la pena de la hermosura.

Los demás poetas de la época hacen coro con él, y se lamentan del encarnizamiento con que se perseguia á los enamorados. En todas las calles, en todas las plazas, se oia contar una historia; en las mesas de todos los festines alegres aumentaba tal relacion el buen humor de los convidados.

En un epitalamio á las bodas de Stella con Violantilla Estacio, dice: «Por fin la villa ha podido ser testigo de estos abrazos de que hace tanto tiempo se hablaba.»

Las mujeres más especialmente mostraban una curiosidad exajerada en averiguar los menores detalles de una aventura galante.

Pero no únicamente á los amores se limitaban la murmuracion de la imperial ciudad. Un hombre acaudalado moria de repente sin haber hecho testamento; una persona sin fortuna daba un gran festin; bastaban estos dos asuntos para entretener la conversacion en todos los convites, en las thermas y en los espectáculos.

Murmurábase á veces de la corte y de las lujosas alquerias, ó se criticaba la manera de bailar de algun pantomimo célebre.

Pero, más que todo, los espectáculos suministraban una materia inagotable á la conversacion. De todos son sabidos los esfuerzos que hacian los emperadores para divertir al pueblo con espectáculos y por jigantescos que fueran los preparativos el éxito era más colosal todavía.

La aficion á la escena, á la arena y al circo parecia una epidemia que se hacia sentir lo propio en las humildes que las elevadas clases de la sociedad.

«La pasion por los gladiadores y las carreras de caballos,» dice Tácito, «se habia apoderado tan por completo de las inteligencias que no dejaba sitio en ellas para una cultura más noble.»

Este asunto, y el ocuparse del estado del tiempo, avivaba habitualmente la conversacion, aun entre personas del gran mundo, cuando empezaba á languidecer.

Epicteto, recomienda que se hable poco y que no se espliquen cuentos ni consejas; que no se trate de los juegos de los gladiadores, de las carreras de los carros, de las luchas de los atletas ni de las comidas suculentas, temas infantiles de todas las conversaciones, y dice que se debe evitar el citar á personalidad alguna, ni para alabarlas ni para deprimirlas ni para compararlas entre sí.

Indicábanse en el párrafo citado los principales lugares comunes de la conversacion trivial, y Marcial, al retratar una persona galante de aquella época, se refiere al mismo asunto, cuando dice: «Sois hombre encantador, Cotilo, segun dice la gente, pero ¿qué es un hombre encantador? Uno que dispone y peina con arte los bucles de sus cabellos, que exhala siempre el perfume de aceite de canela y otras esencias, que tararea las melodias de los bailes alejandrinos y españoles, que mueve sus tersos brazos á compás como un danzante, que pasa el dia en las tertulias de las damas y tiene siempre en sus labios una frase para deslizar al oido de su vecino, que escribe billetes amorosos y lee los que escriben las damas, que se guarda escrupulosamente de dar con el codo al vecino, que infaliblemente conoce la jóven hermosura objeto de vuestro amor, que corre de banquete en banquete y sabe de memoria la genealogia del que con más acierto guia los carros en el Circo. ¿Qué teneis que decir á esto? ¿Son estas las cualidades que forman un hombre encantador? Si es así, Cotilo, convengo en que no es cosa fácil ni descansada merecer este título.»

Uno de los primeros deberes del amfitrion en los convites era el de presentar hábilmente á sus convidados la ocasion de hablar sobre asuntos que les fuesen no solo familiares sí que tambien agra-

dables. Plutarco se ocupa muy extensamente sobre el arte de dirijir la conversacion por medio de preguntas ingeniosamente hechas, arte que juzga como elemento esencial del saber vivir. Cita numerosos ejemplos de cuestiones oportunas tocantes á cargos gloriosamente desempeñados, á audiencias concedidas por el emperador, á los rápidos adelantos de los hijos que tienen en los colegios, á las cosas agradables que hayan sobrevenido á los amigos, ó, lo que es todavía más hábil y más político, á las humillaciones y decepciones de que hayan sido víctimas los enemigos del interlocutor á quien se dirige.

Nadie tenia la manía de contar sus aventuras personales en mayor grado que los que habian hecho largos viajes marítimos en países remotos y poco conocidos. Epicteto mencionó la interminable historia del militar que con fruicion hablaba, viniese ó no á propósito, de sus hazañas en Mæsia, relaciones que indefectiblemente habian de empezar de este modo: «Ya os he esplicado la manera como escalé aquellas murallas, de.....»

Del mismo modo que el aficionado á la caza mas que en ninguna otra conversacion hallaba placer en la referente á los perros; el aficionado á los ejercicios gimnásticos oia con marcada predileccion las noticias referentes á los concursos del gimnasio; el devoto, el hombre de fervoroso culto, se complacia contando cuan milagrosa-

mente habia logrado algun propósito, gracias á la intervencion de los Dioses, con auxilio de los sueños y los sacrificios, y podia estar seguro de encontrar entusiasta auditorio quien presentase á los ancianos ocasion de referir alguna historia sobre cualquier motivo.

El arte de dar un banquete festivo y animado por placeres intelectuales era tenido en gran estima, tanto entre los Romanos como entre los Griegos, y muchos autores de nota han creido deberse tomar el trabajo de redactar instrucciones sobre este particular.

En vez de lo que acostumbraban á hacer las personas acaudaladas dando espléndidos festines en salones que podian contener treinta mesas, Varron establece como regla que el número de convidados no debia cambiar estrictamente sino entre el de las Gracias y el de las Musas, sin esceder nunca á este último, y que importaba ante todo escojerles de tal modo que pronto se hubiese de establecer con armonía una conversacion general.

En los banquetes en que se reunian pequeños círculos de hombres distinguidos por su ingenio y su educacion, las conversaciones íntimas eran más posibles y se encontraba en ellas un placer tanto mayor en cuanto en ellas se instruian los demás insensiblemente.

En ningun sitio como en la mesa podia desple-

garse tan libremente la chispeante originalidad de los meridionales; allí se podia aquilatar mejor la gracia y la facilidad con que usaban de la palabra, su talento de narradores elocuentes é ingeniosos, pero lo que en mayor aprecio se tenia era el espíritu espontáneo é incisivo, cuyo refinado aticismo, como solo se conocia en el recinto de la metrópoli, era el orgullo de los verdaderos hijos de Roma, de tal modo que juzgaban como un privilegio esclusivo aquel carácter esencial, que designaban con el nombre de urbanidad.

El dichoso mortal dotado de esta cualidad se veia solicitado por los poderosos que se lo arrancaban, por decirlo así, de unos á otros en los pórticos de los teatros, y lo invitaban siempre á sus orgías.

Verdad es tambien que el esceso en el recitar poesías y en otras diversiones llegaba á menudo á tal extremo, que apenas quedaba tiempo para entregarse á la franca y jovial conversacion en casa de aquellas opulentas personas acostumbradas á hacer del comedor un escenario, pero en cambio, estos mismos entretenimientos, dados en su justa medida, tenian la ventaja de impedir la monotonía de las conversaciones, dándolas una nueva direccion bien determinada. Así, por ejemplo, la lectura de poesías conducía naturalmente á hablar de las materias más delicadas, en materias de crítica y buen gusto, asunto en que las damas tomaban el más vivo interés.

Por regla general no hemos de juzgar la moda de ofrecer placeres intelectuales á los convidados, tomando pié en la exageracion y los abusos que se hacia de ellos. Esta moda es más bien una prueba de que la sociedad de aquella época comprendia, mejor que otra alguna, el refinamiento de los placeres.

El deseo de dar á las conversaciones en los convites un valor intelectual y un interés superior, era muy general, ya que hasta los mismos Trimalciones se aplicaban á ello por inclinacion y á su manera. Las discusiones familiares sobre asuntos científicos, literarios y artísticos, en casas y sitios oportunos, debian hacer de las conversaciones de sobremesa un comercio intelectual, agradable en extremo para las personas instruidas y de buen gusto. Aun las vulgares y sin cultura, sentian, segun Plutarco, la necesidad de una distraccion intelectual cualquiera despues de la comida, y la satisfacian aplicándose á proponer y á adivinar enigmas y otros problemas de esta clase.

Los filósofos y los sábios, y más aun los gramáticos, no podian á veces en estas ocasiones resistir á la tentacion de entregarse á disertaciones y discusiones interminables sobre cuestiones difíciles y abstractas, aburriendo y fastidiando á los demás convidados, incapaces de seguirles en sus elucubraciones. Habia tambien quien estudiaba

y seguia cursos de filosofía con el único objeto de excitar la admiracion del senador que la suerte podia darle como á vecino en una mesa, ó de maravillar á los convidados con una erudicion poco comun.

Semejantes manías se consideraban entonces ridículas, pero no tanto como en nuestros tiempos; en la época del Imperio, como en general, en toda la antigüedad, la instruccion y la cultura intelectual se adquiririan mucho mas fácilmente que hoy, con el trato social y el activo comercio de ideas que resultaban de la conversacion. Este género de aplicacion estudiosa, conducia entonces á multiplicar las ocasiones de estos banquetes de filósofos y sábios, que venian á ser lo que realmente se proponian, una especie de reuniones académicas.

En tiempos de la república, el apóstrofe *domine* salia tan solo raramente de los labios de un hombre libre; en esta época solo escepcionalmente se usaba. Pero durante el imperio su empleo se multiplicó, aunque no llega al extremo en que hoy lo oimos. Entonces se le prestaba una significacion de testimonio formal de respeto ó deferencia hácia los superiores, de delicadeza para con los inferiores y subalternos, y de consideracion particular entre iguales individuos de una misma familia y otras personas amigas.

La costumbre de llamar los niños á su padre

domine, en ciertas ocasiones, podria muy bien ser antigua y haberse perpetuado como un homenage conformes al principio y á la naturaleza del respeto filial. Sin embargo, Augusto, que tenia un especial cuidado en eliminar el uso de toda palabra que pudiese hacer sospechar en él la pretension de querer acostumbrar á los Romanos á tratarle como á príncipe, llevó esta afectacion hasta el extremo de prohibir de una manera absoluta, hasta á sus propios hijos y nietos, el llamarle *domine*, ni aunque fuese en broma.

Para convencernos de que el empleo de esta apóstrofe se conservó largo tiempo en muchas familias, basta recordar el epígrama, algo incisivo, de Marcial.

A servo scis te genitum, blandeque fateris,
Quum dicis Dominum, Sosibiane, patrem.

Es posible que aun en los tiempos antiguos, la muger llamase tambien *domine* á su marido, pero no hallamos suficientes ejemplos de ello. Sabemos, sí, que siempre se llamaba *domina* á la casada á quien se queria distinguir.

No era menos usada esta calificacion entre hermanos, parientes é hijos, del propio modo que entre personas principales, enlazadas íntimamente. Séneca dice, hablando de su hermano, *dominus meus Gallio;* Fronton refiriéndose al suyo *domino*

fratre meo. Este último llama *domine* á un Squila Galicano, un amigo, y *mi domine fili carissime*, á Arrio Antonino, jóven unido con vínculos de parentesco al emperador Antonino Pio.

Marco Aurelio y Lucio Vero emplean los mismos términos al escribirse mútuamente, y el primero al dirigirse á su maestro Fronton dice *Have mi domine magister*. Se han descubierto inscripcripciones sepulcrales en que la palabra *dominus* se vé aplicada á niños. Así se halla por ejemplo *domino filio Amantio, qui vixit ann. VI, m. II d. XV; filio et domino meo, vixit ann. IX etc.* Nada cambió el cristianismo en esta costumbre. Por otra parte el poeta pagano Simaco, que vivia bajo el reinado de Teodosio, escribia á su hija *domina filia*. Tratábanse tambien los amantes recíprocamente de *dominus* y *domina*, lenguaje que llega á prestar Ovidio en sus Metamórfosis, á los héroes de los tiempos mitológicos.

Habiendo dicho el emperador Tiberio en el Senado, que un buen príncipe debia ser el servidor de este cuerpo, añadió, dirigiéndose directamente á los senadores «me lisonjeo de tener en vosotros, como he tenido hasta ahora, buenos, fieles y entusiastas señores. En un documento dirigido por el ejército al Senado, despues de la muerte de Aureliano, se lee: *Hunc et inter deos referte, sancti domini*.

Claudio creyó conveniente exagerar su condes-

cendencia, á fin de alcanzar mayor popularidad, hasta el punto de interpelar personalmente en voz alta, durante los juegos de los gladiadores, á los concurrentes, cuyo buen humor queria animar.

Los artistas al recomendarse, desde las tablas, ó en otros sitios, á la indulgencia del público, le llamaban tambien *domini*, y Neron que remedaba con nimio servilismo las maneras de los que tocaban el laud, hasta en sus menores detalles, no olvidaba nunca antes de empezar de conciliarse el favor de la concurrencia diciendo: «Señores, dignaos oirme favorablemente.»

Ya en tiempos de este emperador era costumbre, entre personas bien educadas, el saludar con el solo nombre de *señor* á los conocidos con quienes se encontraban por la calle, y cuyo nombre no recordaban en aquel momento. Del mismo modo se saludaba á los esclavos.

En Epicteto vemos que los médicos y agoreros son frecuentemente tratados de *domine* por la multitud que acude á consultarlos, mientras en Aulo-Gelio (sin duda á causa de que el uso de esta palabra hallaba escrúpulos entre los astrólogos) los profesores y los sabios son más amenudo calificados de *magister*, *magister optime*, *philosophe*, *philosophorum amplissime*, etc., cuando no son llamados directamente por su propio nombre.

En general, pues, lo que parece caracterizar el

empleo de la palabra *domine* durante el imperio romano, es la intencion marcada de galanteria que supone siempre en los antiguos, y que hacian el uso de este calificativo menos trivial que el de la mayor parte de sus equivalentes modernos.

LA CORTE DE LOS EMPERADORES

Influencia de la corte en la sociedad romana.

Carácter primitivo de la corte imperial y sus transformaciones.—Influencias de los emperadores y de las costumbres de la corte en las formas sociales.—Ejemplos.

Mientras el mundo romano gravitaba al rededor de la capital, esta, no menos que las provincias, recibia esclusivamente el impulso de la voluntad del soberano, proclamado árbitro de sus destinos, segun sus pasiones, sus caprichos y los de aquellos que le rodeaban. Allí se concentraba todo el poder, se urdian todas las intrigas políticas y se movian todos los resortes del gobierno del imperio.

Como el establecimiento de este en Roma habia sido determinado por la elevacion de una familia de condicion priviligiada, la organizacion, las formas y el personal de la corte fueron tambien desde un principio montados como una gran casa particular. Pero despues esta corte que en sus albores diferia poco de la casa originaria de las otras grandes familias romanas tomó enseguida un carácter que le dió cada vez

mas el aspecto de las de los grandes reyes de la antigüedad. El deseo mas ó menos sincero de algunos emperadores de volver su corte á la primitiva sencillez, y sus reiteradas tentativas á fin de reabilitar aquel modo de ser, no lograron sino detener la marcha de esta revolucion. El siglo tercero bajo la presion irresistible de las influencias orientales apresuró aquella transformacion. La corte por su parte no podia menos de influir de distinta manera en las costumbres, en la manera de vivir y en la organizacion doméstica de las clases superiores á la vez que en las de todo el pueblo.

Las ideas, los caprichos y los gustos del emperador, de los miembros de su familia y de sus favoritos eran leyes en Roma, lo que no se concibe sino bajo el régimen del mas absoluto despotismo, y esta plaga no solo caia sobre la capital sino que alcanzaba al mundo entero segun claramente se ve por estos versos de Claudio.

Regis ad exemplar totus componitur orbis.

Cada cambio de soberano llevaba consigo un cambio en las formas y las costubres, no menos que en las medidas gubernamentales. Tan solo el filósofo Marco Aurelio que se complacia en los sueños de la abstraccion pudo ver eternamente la misma marcha en esta sucesion tan variada.

A mas le parecia que esto habia existido siempre y que forzosamente debia siempre existir. La corte de Adriano ó la de Antonino; las cortes de Felipe y Alejandro de Macedonia ó la de Creso, todo venia á ser absolutamente lo mismo para aquel estoico emperador: era una comedia antigüa desempeñada por otros actores.

¿Acaso no se habia visto durante los reinados de Vespasiano y de Trajano la misma série de vanos esfuerzos y de decepsiones? ¿Qué se debia deducir de eso? Que habiendo todo pasado y sido relegado al olvido, lo presente no podia tardar en volver al pasado y caer otra vez al olvido.

En el tono de resignacion de este lenguage, sellado por la fatalidad, hay algo profundamente triste que recuerda el tono del rey Salomon en su vejez, que pesa sobre todas la épocas en que el sentimiento de decadencia, apoderándose de los espíritus, hace dudar del porvenir y del progreso de la humanidad. Con todo, no habia nada fijo en la realidad, vista de cerca, y cualquiera que no apartase voluntariamente los ojos del espectáculo de los hechos y de los fenómenos de la vida diaria debia sorprenderse, de los grandes cambios que sin cesar se desenvolvian á su alrededor y de las súbitas metamórfosis que el entronizamiento de cada príncipe producia en la alta sociedad por lo menos en su superficie. Los contemporaneos nos han dejado abundantes tes-

timonios de ello. «Súbditos dóciles» dice Plinio el Jóven en su Panegírico de Trajano, pronunciado en el senado, á presencia de este emperador, «somos dirijidos por nuestro príncipe segun su antojo y en todo le seguimos, porque nuestra mayor ambicion se cifra en captarnos su amor y su aprobacion, lo que esperarian envano aquellos que ciegamente no le obedecieran. Con esta docilidad, continua, hemos llegado á este estraordinario resultado, por el que el mundo entero amolda su manera de vivir á la de un solo hombre. La vida del emperador, es para nosotros una fugaz censura: por él regulamos nuestras acciones, seguimos sus huellas, sin necesidad de que nos lo ordene porque nos basta su ejemplo.» «Y» dice el mismo escritor en otro lugar de su discurso «es evidente que la disciplina á que nos someten los príncipes arrastre tambien á la multitud.»

Estas metamórfosis jamás eran más aparentes que cuando una córte bien regida sucedia á otra ú otras córtes disolutas. La gradual disminucion en el lujo de la mesa, lujo que habia sido llevado al más alto grado en el siglo que transcurrió desde la batalla de Accio hasta la muerte de Neron, y la afectacion de más severidad en las costumbres, en los reinados sucesivos, fueron, segun Tácito, efecto del ejemplo de Vespasiano y de la antigua sencillez de su manera de vivir. La doci-

lidad hácia el emperador y el deseo de imitarle, fueron más eficaces que el terror á las leyes y á los castigos. El contraste entre las córtes de Cómodo y de Pertinax no fué menos vivo que la rápidez de los otros efectos producidos por este cambio de reinado. La imitacion general de las costumbres económicas de Pertinax, dice el biógrafo de este emperador, todo lo hizo bajar de precio en Roma. La vida de Alejandro Severo, ha sido tambien comparada á la magistratura de un censor. Los grandes de Roma siguieron su ejemplo, las altas damas romanas tomaron por modelo á la emperatriz.

Las tendencias intelectuales de los emperadores, y el interés que se tomaban por los trabajos de la imaginacion, no excitaban menos la emulacion. Bastó que Neron se ejercitase dos veces antes de ser emperador, y en el primer año de su reinado, en recitar un discurso, para que todo el mundo se dedicase con ahinco al estudio de la retórica, y para que Roma se viese inundada de profesores de aquel arte, y que se hiciese entonces para muchos un medio de elevarse de la condicion más ínfima al rango senatorial y á las mayores distinciones. Puede admitirse como á cierto, hasta á falta de una afirmacion positiva, á partir de esta época, que la pasion de Neron por la música produjo iguales efectos. «Los príncipes aficionados á la música, dice Plutarco, hacen los

músicos». Reinando Marco Aurelio, al filósofo emperador, se vió, por el contrario, multiplicar el número de los aficionados á la Ciencia; ó á lo menos, que fingian serlo, esperando llegar más fácilmente, con este disfraz, á los destinos y á la fortuna. Luciano no se cansa en sus obras de burlarse, á veces con una insistencia, enojosa al lector, de esos filósofos de oropel que tanto abundaban entonces en Grecia, y que infestaban calles y plazas, con sus largas barbas, sus rollos de libros, sus gruesos bastones y sus raidas capas. Gentes rudas y sin instruccion compraban bibliotecas, únicamente para llamar sobre ellos la atencion del emperador y conquistarse su simpatía. Luciano escribió contra un bibliófilo de esta especie.

Igualmente los manjares predilectos del emperador, se hacian pronto de moda. Así pasó con la inola *(inula)* que tanto gustaba á Julia, hija de Augusto, y en tiempo de Tiberio, con otra raíz, la chirivia, *(riser)* de que este se hacia enviar cada año una provision de la Germania. Añádamos que Marco Aurelio, habiéndose acostumbrado á tomar cada dia una dósis de teriaca, antídoto que era considerado como una panacea, se tuvieron durante su reinado, de preparar grandes cantidades en Roma, no pudiéndose servir todas las demandas. Es curioso, dice Galiano, ver como los ricos imitan ó intentan, por lo menos, imitar todo lo que ha-

cen los emperadores. Pero con la muerte de este príncipe cayó de repente en desuso su medicamento predilecto.

Así, pues, las tendencias y las costumbres en las capas superiores de la sociedad, las únicas de que tenemos datos más completos, no hacian sino reflejar más ó menos fielmente las costumbres de la córte bajo cada reinado. Es cierto que cuanto más súbitas eran estas transformaciones eran tanto más superficiales. Es carácter propio del despotismo inclinar á una vida de apariencias y substituir el espejismo de la adulacion á la solidez de la conviccion. Bajo un régimen de represion moral desaparecen con las virtudes cívicas la sinceridad y la franqueza de lenguaje.

Los oficiales, libertos y esclavos de la Córte Imperial.

Los principales oficios de la córte y de la casa del emperador fueron en su origen exclusivamente confiados á los libertos. Despues en su mayor parte lo fueron á caballeros.—Significacion de este cambio.— Los emperadores continuan eligiendo con preferencia sus grandes camareros entre los libertos.—Origen griego ú oriental de los libertos imperiales.—Griegos.— Sirios.—Egipcios.—Sus antecedentes.—Estado de los libertos cerca los emperadores del primero y segundo siglo.—Los libertos perpétuamente afectos al servicio de la córte.—Peligros de su estado.— Su riqueza y su opulencia.— No tienen más que débiles consideraciones exteriores.—Distinciones que el Senado les prodigaba.—Enlaces con la nobleza.—Orgullo de los libertos.—Los libertos en los empleos inferiores de la administracion y en los más altos destinos del imperio.—La Hacienda.—Claudio Etrusco.— Negociado de peticiones y demandas.—Polybio.— Negociado de la correspondencia.— Los grandes camareros.—Helicon.—Parthenio.— Los camareros de Cómodo.—Comediantes y danzantes de la Córte.—Pajes.—Libertos.—Concubinas.—Actea.—Cénida. —Pantea.—Marcia.—Los esclavos de la casa imperial.—Otros oficiales de la córte.—Preceptores de los príncipes.— Médicos y astrológos de la córte

La córte en la acepcion menos lata de la palabra, se componia del personal, muy numeroso desde un principio, y de la gerarquía en grados múltiples, de los oficiales y de los criados del emperador y de la familia imperial.

En sentido mas extenso comprendia además todos aquellos que se llamaban amigos del emperador.

Durante la mayor parte del primer siglo de nuestra era, los emperadores, lo mismo que los particulares empleaban sus esclavos y sus libertos no solo en todo lo que concernia al servicio de su casa sino tambien como ayudas y mandatarios en todos los trabajos; en la administracion de sus bienes y de las rentas consiguientes como á la gestion de toda clase de negocios. Tenian varias razones para obrar de esta manera: el deseo de conservar la córte imperial, frente á frente la multitud, para no chocar con las cos-

tumbres, y la tendencia política diametralmente opuesta, pero de ninguna manera inconciliable con esta afectacion de sencillez. Era de prever que estos funcionarios, aunque fuesen de las clases inferiores y á pesar de su condicion subalterna no dejarian de llegar pronto á un poder que deberia elevarlos sobre los hombres de mas alto nacimiento. Porque nada estaba mas conforme con la manera de ser del cesarismo, en el primer período de su desarrollo, que este modo de acentuar el desprecio que se hácia de los distintos estados sociales y la adopcion de un sistema nivelador para quebrantar las resistencias de la antigua aristocracia, y así manifestar que el capricho imperial lo dominaba todo, que tan solo de él dependia elevar un hombre del mas humilde estado á la mas alta posicion y que para él todos los súbditos del imperio eran iguales. A esto se referia Tácito evidentemente diciendo que, entre los germanos, los libertos tenian raramente influencia en los asuntos domésticos y comunmente nada podian en el Estado en las tribus gobernadas por reyes, donde alguna que otra vez llegaban á contrarestar á los nobles como los demás hombres libres; mientras que en las otras tribus su estado subalterno gradaba la medida su libertad.

Ya el primero de los cesares hacia gala del poco miramiento que la mo narquía nuevamente

establecida sentia por la tradicion y las antiguas leyes. Confió la direccion de la casa de moneda á los esclavos, les encargó el cuidado de la cobranza de una parte de los impuestos y nombró gefe de la legion que abandonaba á Alejandro Rufion, su antiguo favorito, hijo de un liberto.

Mas con el tiempo, con la marcha mas regulada de las formas é instituciones de la monarquía absoluta, en el imperio romano, los cargos de la casa y de la corte de los emperadores tomaron, en parte, la importancia y el carácter dignatario de altos empleos públicos, reservados á los hombres libres de nacimiento. La monarquía habia llegado á tal extremo que ya no era posible, ni siquiera deseable, salvar las apariencias del orígen democrático del trono. La necesidad de poner de relieve la omnipotencia imperial por la elevacion de servidores de baja alcurnia, habia igualmente desaparecido. Los libertos imperiales fueron entonces eliminados de algunos de los principales cargos de la córte. Se les reemplazó por caballeros, se les redujo á una posicion subalterna en la administracion de la cosa pública y no se les mantuvo en general sino como á criados de la persona y de la casa del soberano. Pero despues de este cambio tuvieron frecuentemente todavía bastante crédito y poder, aunque este no fuera el mismo. En el primer siglo del imperio se fundaba en parte en la importancia

de su posicion oficial; en el segundo y tercero no derivaba mas que de la influencia que se les reputaba ó que realmente tenian en la córte. Los libertos que reinaban en nombre de Claudio eran los jefes del ministerio de Hacienda *(a rationibus)* es decir de toda la administracion de las riquezas imperiales, del secretariado del estado *(ab epistolis)* y del negociado encargado de resolver sobre todas las peticiones y todos los agravíos *(a libellis)*; los libertos tan poderosos en la córte de Cómodo, eran simplemente ayudas de cámara.

Hasta Vitelio los libertos tuvieron el monopolio de los cargos de la córte, quien desde Calígula habia hecho pasar á sus manos cuasi todo el poder. Vitelio fué el primero que confirió algunos de estos cargos á caballeros. Sin embargo esta práctica durante mucho tiempo no fué constante; ya porque las conveniencias personales de los emperadores, que eran los únicos árbitros en este asunto, los conducian amenudo á nombrar servidores afectos y obedientes antes que gente principal, ya porque entre los libertos podian encontrar hombres de probada capacidad para llenar aquellos cargos.

Durante el reinado de Domiciano dos ó tres de los más importantes cargos eran desempeñados por libertos: el negociado de peticiones estaba encargado á Entelo y la secretaría de Estado á Abascanto. Y, segun parece desprenderse de un libro

de Suetonio, aquel príncipe con estos nombramientos habia querido derogar las prácticas de Vitelio, Vespasiano y de Tito. Más tarde, volvemos á encontrar confiado el cargo de secretario, dos veces durante el reinado de Nerva y una durante el de Trajano, á personas principales, como Titinio Capiton á pesar de encontrarnos tan bien con que Trajano posteriormente los confió á libertos. Adriano volvió á nombrar caballeros para aquellos cargos y desde entonces siguió esta costumbre.

Este emperador marcó los rasgos fundamentales de esta gerarquía de funcionarios cuyo sistema tan complicado y seguido despues hasta en sus menores clasificaciones llegó á su completo desarrollo cuando subió al solio Constantino. Lo cierto es que desde Adriano los vemos elevados, ya paulatinamente, ya de un salto, á las más altas dignidades del imperio, habiendo alcanzado el vireinado de Egipto y el gobierno militar de Roma. Otro tanto debemos decir de la hacienda imperial, y los libertos alcanzaron en este ramo los mejores puestos aun en las épocas en que tal empleo era la meta de las aspiraciones de la gente principal. Así Basseo Rufo, que imperando Marco Aurelio habia llegado desde la más humilde posicion á la prefectura del pretorio, desempeñó el negociado de cuentas (*procurator a rationibus*) y Cosmo, liberto imperial, le sucedió en este cargo.

Cuando todos los otros cargos hubieron enteramente cesado de ser asequibles á los libertos, el oficio de gran camarero *(cubicularius, a cubiculo)* fué el único que les quedó para poder lograr mejores puestos. La importancia que adquirió entonces es tan característica para los últimos tiempos del imperio como la de los otros altos oficios lo habia sido para los de la época del cesarismo. Aunque los ayudas de cámara hubiesen tenido en todas épocas grande influencia, su posicion oficial habia sido demasiado humilde en sus principios; pero con la invasion sucesiva de los usos orientales, el encargado del dormitorio del emperador *(præpositus sacri cubiculi)*,como se le llamó desde entonces, alcanzo más dignidad. La costumbre de conferir este cargo á eunucos prueba la transformacion de la etiqueta hacia las costumbres orientales. No solo los Eusebio y los Eutropo gobernaban en Bizancio y en Ravena como á dueños absolutos, lo mismo que en Roma los Narciso y los Palas, si que tambien ocupaban posicion tan elevada como los más altos funcionarios del imperio. Un decreto del Código de Theodosio trata á los grandes camareros de iguales á los prefectos del pretorio y de la ciudad. Sobre este oficio de chambelan se modeló posteriormente en las córtes de los reyes francos el de mayordomo. Pero antes de entrar en más detalles sobre las atribuciones de todos estos funcionarios, de-

bemos fijar bien la posicion de los libertos imperiales y echar una ojeada sobre las modificaciones que experimentó bajo los reinados de los dos primeros siglos.

En las regiones de Oriente, cuna de la civilizacion antigua, en la Grecia, el Asia Menor, la Siria y el Egipto, se reclutaban casi esclusivamente en esta época los criados para el palacio imperial y para las grandes casas de Roma.

Mientras qne el Norte y el Occidente proporcionaban casi exclusivamente la guardia del emperador, este escogia con preferencia griegos y orientales para su servicio particular y para la gestion de sus negocios. Por este motivo continuamente se encumbraban al poder hombres salidos del seno de las naciones más despreciadas por el orgullo romano.

En una de las famosas sátiras de la época el griego apareció en Roma como hombre dotado de genio vivo, voluble, de lenguage capaz de doblegarse á todo, maestro en el arte de lisongear y fingir, desimulado desde la cuna, de un descaro sin ejemplo, sin escrúpulos y sin vergüenza en la eleccion de medios para llegar á sus fines. Tácito ha sabido juzgar la imaginacion de los griegos fácil á escitar, arrastrada á todo lo nuevo y maravilloso, diciendo que estaban convencidos hasta

de lo que fingian. El cuadro de Juvenal es tal vez recargado de color. Olvidaba demasiado las cualidades que aun distinguian á este pueblo hasta en su decadencia, la alta instruccion de los griegos, los delicadas formas de su imaginacion, la elegancia de sus maneras, su ingenio y sobre todo su gran habilidad en los negocios, por la cual ya en época remota se habian hecho en la córte de Suse y de Persépolis tan indispensables como despues en la de Roma.

Los sirios eran considerados como extremadamente prudentes, muy hábiles en la chanza, burlones, frívolos y amigos de la novedad, pero tan pérfidos como astutos.

El carácter nacional de los egipcios presentaba á juicio de griegos y romanos una mezcla estraña de cualidades opuestas, pero eran ariscos y malos la mayor parte, lo que solo el cruzamiento de tantas raza podia explicar. Se ponderaba la elevacion y la sagacidad de su talento, considerado tan cáustico é incisivo como obsceno y burlon. Chocaba la insolencia y jactancia, atrevimiento y descaro sin ejemplo de su lenguaje. Sensuales y voluptuosos soportaban con admirable constancia el tormento; violentos é irrascibles, pendencieros y volubles eran al mismo tiempo de refinada astucia y de una obstinacion que ponia más en relieve su ciego fanatismo religioso.

Los cargos de estos servidores en la córte impe-

rial en que algunos llegaron á encadenar á su voluntad á sus propios señores se pueden considerar como estravagancias de la época. Muchos entre ellos llevados á Roma para ser vendidos, se inauguraron en el estrado, en donde era costumbre esponer los esclavos á la vista de los aficionados, que venian á examinarlos de cerca. Antes de entrar, por compra, donacion ó sucesion, al servicio de la Casa Imperial ó de ser admitidos en ella como á libertos pasaron tal vez de mano en mano y sufrieron todas las humillaciones de la servidumbre. Lo mismo que los libertos de un emperador pasaban despues de su muerte al dominio de sucesor, los libertos de los que le habian instituido heredero eran despues sus protegidos. Podian entonces conservar el nombre de su antiguo dueño ó tomar el del emperador.

Los libertos, como se ve por las inscripciones de la época, ocupaban en la córte imperial y en las casas de los grandes en Roma toda clase de empleos.

El cargo de inspector de mesa era sin duda el cargo de aquel Eufeme á quien Marcial rogó entregara estos versos al emperador Domiciano en el momento más á propósito, dirigiéndole con este motivo esta recomendacion.

Hora libellorum decima est, Eupheme, meorum,
Temperat ambrosias cum tua cura dapes.
Tunc admitte jocos, etc...

El inspector de las aguas era ya de un rango más elevado y el que más frecuentemente se concedia á personas de clase senatorial, agregándoseles como ayudantes ó procuradores á caballeros ó libertos imperiales. En la primera mitad del tercer siglo se remuneraba á estos procuradores con 100,000 sestercios.

En cuanto al cargo de *procurator castrensis* solo se sabe que por su importancia estaba cerca del de procurador de provincia y al que rara vez llegaban los libertos.

Un contemporáneo de Nicomedes, Prosenes, liberto de Marco Aurelio, segun la inscripcion de un sarcófago que se encontró cerca de la Via Labicana empezó por ayuda de cámara *(a cubiculo)* y pasó despues á tesorero *(procurator thesaurorum,)* oficial cuyas funciones en la córte comprendian las de intendente de la guardaropía y de las joyas, á intendente del dominio privado *(proc. patrimonii)*, de los juegos *(munerum)* y de los vinos ó tributos agrícolas de ciertos distritos vinícolas de Italia *(vinorum,)* á la administracion que recibió más tarde el nombre de *arca vinaria* y cuyo elegido se le conoció entonces con el título de *rationalis*, en muchos casos sinónimo de procurador. La última promocion de este liberto á un empleo superior en la intendencia del cargo *(ordinatus in castrense)* fué expedida por Cómodo.

La posicion de los libertos dependia enteramente de la clase de sus relaciones con el soberano: la consideracion y el poder que gozaban como servidores de una casa, hasta fuera del círculo de sus atribuciones oficiales, diferian naturalmente segun las inclinaciones personales y las ideas de gobierno de cada emperador. Pero aunque su influencia extra-oficial fuese moderada en el reinado de los buenos príncipes, no era despreciable ni aun entonces como vamos á ver. Solo es preciso tener presente que los casos que han llegado á nuestra noticia, no tienen otra autoridad que la de hechos aislados, cuyo recuerdo ha sido perpetuado por el escándalo que causaron.

Augusto que se esforzaba en llevar al trono el rigorismo de un simple particular mostraba una extrema severidad con sus esclavos y sus libertos siempre que en Roma se permitian abusar de la situacion favorable que en su casa tenian. Pero en las provincias estaban á sus anchas. El galo Licino, viejo esclavo de César, ejercia como procurador de Lion un poder absoluto en su distrito y supo procurarse enormes sumas con sus exacciones. Se hizo célebre por su division del año económico en catorce meses, para los impuestos, que cada mes se recogian, alegando que noviembre y diciembre, debian segun su nominacion contarse por el noveno y el décimo, de-

biéndose por consiguiente añadir dos más que llamó meses augustos. A pesar de las quejas de los galos y del descontento de Augusto, logró asegurarse la impunidad por un gran sacrificio de dinero, sacrificio que le dejó suficientemente rico para que su riqueza quedase proverbial y le colocase al nivel de los Crasos y de los Pallas. Su soberbio mausoleo de mármol cerca la Via Salaria que parecia erigido para la eternidad, debia aun prestarse á las amargas reflexiones de las generaciones posteriores é inspirar el siguiente epígrama.

Marmoreo Licinus tumulo jacet, et Cato parvo,
Pompejus nullo. Quis putat esse deos?

Demuestra el gran valor que se daba, ya en esta época, á los buenos servicios de los libertos de la casa imperial, el testamento de Herodes, quien les dejó una parte en sus legados.

Tiberio, sin embargo, estaba dotado de un caracter demasiado aristocrático para conceder á los esclavos influencia sobre su voluntad. En la primera época del reinado de este emperador, «sus esclavos eran modestos, dice Tácito, y su casa limitada á muy pocos libertos.» Despues, desde la muerte de Druso esto cambió probablemente, como cambió sobre todo toda su conducta.

Pero la monstruosa anomalia de un gobierno en el cual hombres despreciados y hasta privados

de una parte de los derechos civiles, se hallaban ostensiblemente colocados al frente de un imperio que abrazaba el mundo entero, y decidian de sus destinos segun su capricho. no comenzó realmente á desarrollarse hasta Calígula. Se vió entonces á Calisto que habia sido esclavo de un particular, que le vendió mas tarde, y despues esclavo de la casa imperial, llegar por el favor de este príncipe casi á igual poder que su dueño y en posesion de una inmensa fortuna; y mas de una vez su antiguo amo tuvo que hacer antesala al que habia sido su esclavo. La intercesion de este favorito fué bastante poderosa para salvar la vida de un hombre que habia acusado á la madre del emperador. Habiendo entrado en la conjuracion contra Calígula logró conservar su posicion bajo el sucesor de este. El reinado de Claudio fué una eterna saturnal para los libertos; Calisto, Narciso y Palas se repartieron el poder, y de acuerdo con los otros libertos de la corte, cuyos nombres Séneca y Suetonio nos han transmitido, y de acuerdo tambien con Mesalina, comerciaron no solamente con el derecho de ciudadanía y con la concesion de empleos y mandos, si que tambien con la impunidad de los culpables y con las sentencias de muerte; y no fué menos el poder de los libertos en el reinado de Neron. En el año 61 Policleto, uno de los ladrones mas desvergonzados de esta corte, fué enviado á

la isla de Bretaña para dirimir las diferencias entre el comisario y el procurador de esta provincia y con la mision de pacificar el país agitado por tribus rebeldes. Viajando con un innumerable cortejo, cuyos consejos mas de una vez oprimieron á Italia y las Galias, apareció en el lugar de su destino como motivo de terror para el ejército y de burla para los bárbaros, quienes, ignorando el poder de los libertos, no podian comprender como un ejército con un general victorioso á su cabeza tuviese que inclinarse ante un esclavo. Helio, que Neron cuando su viaje á Grecia habia dejado en Roma investido de plenos poderes, usó de ellos con tan poca reserva que no temió ejecutar decretos de confiscacion, de muerte y de destierro contra caballeros y senadores, sin advertirlo á Neron, lo que hizo decir á Dion Casio que Roma tenia entonces dos emperadores y que la duda estaba sobre cual de ellos era peor.

Este mismo Helio, liberto de Claudio, y despues intendente de los dominios de su sucesor en Asia habia sido ya instrumento de Agripina en el asesinato de Junia Silana; Suetonio menciona una de la cartas que dirijió desde Grecia á Neron.

Galva hizo dar muerte á Helio y Policleto y á otros muchos libertos de su predecesor cuyos nombres eran los mas señalados á la vindicta pública y entre los cuales figuraba tambien Patrobio á quien aludió Marcial diciendo:

Vexat sæpe meum Patrobas confinis agellum,
Contra libertum Cæsaris ire times.

Esto no impidió á Galba mostrar por sus propios libertos la mas vergonzosa debilidad. La autorizacion de exigir impuestos ó de perdonarlos, la aplicacion de penas á los inocentes ó dejar impunes los crímenes, continuaron siendo objeto de negocio y favor en la corte.

En la corte de Vitelio, Asiático, liberto del emperador, se elevó desde una condicion miserable á la cima del poder; fatigado de su dueño que habia abusado de él, se escapó á Puteoli donde se ganó la subsistencia vendiendo una bebida que consumian únicamente las gentes de mas baja condicion. Detenido y vuelto mas tarde al favor de su señor le irritó nuevamente, al estremo de que este en su furor lo vendió al gefe de una cuadrilla de gladiadores que recorrian las férias y mercados; pero habiéndole otra vez vuelto á su favor, á pesar de todos estos antecedentes, acabó por manumitirlo.

Desde el dia del entronizamiento del nuevo emperador, Asiático fué promovido á caballero, y en menos de cuatro meses cometió todos los crímenes que habian dado fama á los libertos mas corrompidos. Probablemente murió con su dueño crucificado.

Pocos datos se tienen sobre los libertos de los

primeros Flavios; sin embargo durante el reinado de Vespasiano, Hormo, hombre muy mal reputado, que habia tomado una parte activa en la guerra civil y al cual se imputó la destruccion de Cremona fué elevado á caballero. Suetonio cuenta que á Vaspasiano le gustaba mucho otorgar los empleos lucrativos á sus mas rapaces procuradores á fin de proporcionarse ocasion de condenarlos y apropiarse el fruto de sus rapiñas, conducta que pone mas de rélieve la avaricia de aquel emperador. Es cierto que bajo Domiciano los libertos lograron cargos importantes y gran poder. Los camareros Partenio y Sigerio alcanzaron mucho favor en esta corte y el emperador, al conferir al primero la jurisdiccion criminal sobre las tropas, le hizo casi igual al gefe civil y militar de Roma.

Los reinados de Nerva y de Trajano ocasionaron un cambio considerable en la posicion de los libertos de la casa imperial. Sin embargo el tono con que Plinio ensalza las nuevas máximas de gobierno da á conocer que eran aun bastante poderosos. «La mayor parte de los príncipes anteriores», dice, eran á la vez dueños de los ciudadanos y esclavos de los libertos, cuyos consejos guiaban al emperador, que tan solo oia por sus oidos y hablaba por su boca. Las preturas, las dignidades sacerdotales y el consulado se solicitaban por la intermediacion de los libertos. «Otor-

gais, Señor, á los libertos los honores debidos, pero tratándoles como á gentes de su clase, convencido de que una reputacion de honradez y de integridad debe bastarles suficientemente, porque sabeis que el aire de grandeza de los libertos rebaja al príncipe. Por otra parte todos los que teneis á vuestro servicio son estimados de vos, de vuestro padre y de todos los hombres honrados. A más no pasa dia sin que les repitais que sepan ceñirse á su posicion y que jamás se consideren iguales á vos: de esta manera así como se hacen dignos de nuestro aprecio no nos vemos obligados á festejarlos.» A pesar de esto, segun dice el mismo autor, se consideraba asunto muy delicado acusar á un liberto.

Parece que Adriano, para asegurar su adopcion, no desdeñó ganar la voluntad de los libertos de Trajano con regalos y atenciones. Es verdad que procuraba que los de su casa no se comunicasen con el pueblo y jamás estuvo dispuesto á concederles influencia sobre su voluntad. Severo decia á los que se jactaban de tener influencia sobre él, que los emperadores de los primeros tiempos traian sobre sí el estigma de los vicios de sus libertos.

Antonino Pio era muy severo con ellos. Pensaba, con razon, que el medio más seguro de inutilizar la influencia de su servidumbre é impedirla vender sus comunicaciones, era hacer

directamente sus informes. Pero Marco Aurelio era demasiado dócil, por lo menos á la influencia de los libertos Gemino y Agaclito, favorecidos por su colega Lucio Vero, para romperla, y sufrió que Vero enlazase á Agaclito con la viuda de su primo Anio Libon que murió en el gobierno de Siria. Despues de la muerte de Vero alejó bajo pretextos lícitos á todos los libertos de su colega á escepcion de Eclecto que más tarde fué el asesino de su hijo. En el reinado de Cómodo los libertos desplegaron un lujo de arbitrariedad tan desenfrenado como en tiempos de Claudio y uno, de nombre Leandro, ocupó realmente el cargo de gobernador militar de Roma que era el más honorífico. Pértinax se atrajo el ódio mortal de su servidumbre con las enérgicas medidas que tomó contra sus escesos, y este ódio contribuyó en mucho á su caida.

En fin, entre los emperadores que le siguieron y que salen del cuadro de este período debemos mencionar á Séptimo Severo como muy rígido con sus libertos, quienes volvieron á alcanzar en tiempos de Caracalla el ascendiente que el padre de este les negó. Bajo Heliogábalo continuaron las saturnales de los libertos.

En general á cada cambio de reinado la servidumbre de la casa imperial pasaba íntegra de la corte del emperador difunto á la de su sucesor. Esto permitia á la mayor parte de sus miembros adquirir cierta esperiencia que les enseñaba el arte de conducir la nave por todos los mares. Claudio Etrusco que murió octogenario, llegó niño á la corte y sirvió á diez emperadores sin caer una sola vez en desgracia. Seis de estos príncipes habian muerto asesinados, varias antiguas familias habian desaparecido en el transcurso de estos sangrientos reinados, terribles conmociones habian revuelto el mundo. Esto no impidió al viejo liberto vivir tranquilamente en pleno goce de la consideracion que habia obtenido y de sus inmensas riquezas. Así medraron en los palacios de los emperadores centenares de libertos, que supieron doblegarse á la voluntad de todos sus señores. La seguridad de su posicion iba no obstante disminuyendo á medida que se iban elevando, como se puede haber visto por el ejemplo anterior y por el de Doriforo, uno de los libertos mas poderosos de Neron por haber querido impedir su matrimonio con Poppea. En el momento que sus riquezas empezaban á escitar la codicia

del emperador, cuando á su señor ó á otros favoritos les hacia sombra su poder ó que en las revoluciones de palacio ó en las conjuraciones que se desencadenaban al rededor del trono se hallaban entre los vencidos, á menudo corria peligro su vida. Estos peligros eran tanto más terribles para ellos en cuanto á menudo se veian envueltos en las conspiraciones contra los emperadores, en la eleccion de sus esposas ó en la adopcion de sus sucesores.

Las riquezas que afluian á sus manos, eran una de las principales causas de su poder. Es cierto que en esta época en que se hizo proverbial la opulencia de los libertos, pocos particulares podian competir con ellos. Palas poseia trescientos millones de sestercios ó sean setenta y cinco millones de francos; Narciso, Calisto, Doriforo, Epafrodito y otros, pasaban por ser igualmente ricos, y no faltaban libertos que á pesar de ocupar posicion mas ínfima gozaban de bueua posicion. Cuando Claudio se quejaba de que su tesoro estuviese exhausto, decia todo el mundo que si Narciso y Palas compartieran con él sus riquezas, nadaria en la abundancia. Epicteto cuenta que uno de estos Cresos, al cual se habian arrebatado las riquezas, se arrojó á los piés de Epafrodito manifestándole la miserable condicion en que quedaba con solos sesenta millones de sestercios.

Independientemente de lo que les producian los lucrativos cargos que desempeñaban, los libertos tenian, tanto en las provincias como en Roma, en las administraciones fiscales como en el particular servicio del emperador, mil ocasiones de acrecentar su fortuna. Los libertos empleados en el servicio de la corte se hacian pagar sus buenos oficios para con el príncipe y á menudo estos no eran mas que humo, segun la espresion de Marcial.

Las reiteradas medidas que para atajar las falaces relaciones y el comercio que con ellos hacian los libertos tomaron los emperadores, prueban lo muy difícil que era hacer desaparecer tan grave mal. En la *Historia augusta*, se alaba el rigor con que Antonino Pio y Alejandro Severo, procedian contra los que se habian hecho cómplices de tales crímenes. Este último llegó al estremo de hacerles crucificar y no titubeó en hacer asfixiar en la picota, en la plaza pública, á Vetronio Turino, quien habiendo sido su amigo habia hecho aquel tráfico.

Durante la ejecucion el heraldo no cesaba de gritar: Así perece ahogado por el humo aquel que con el humo comercia. Lo que nos cuenta el autor de la *Vida de Heliográbalo* sobre el tono pueril de las biografias de los emperadores de esta época y de la conducta de un favorito de aquel príncipe puede aplicarse á otros tiempos. Este fa-

vorito llamado Aurelio Zotico, hijo de un cocinero de Esmirna se hacia rico haciendo nacer esperanzas quiméricas y engañando con la perspectiva de inmensas riquezas contando todo lo que hácia y decia el emperador. Amenazando á unos y embaucando á otros engañaba á todo el mundo. Cuando salia del palacio del emperador se dirigia á este ó á aquel diciéndole: Hé aquí lo que acabo de saber de vos; lo que me ha dicho referente á vuestros asuntos; os sucederá tal ó cual cosa. A menudo aunque el príncipe se apercibia de estos embustes que á su alrededor de desarrollaban no podia poner remedio al mal. Por lo menos así se deduce de esta exclamacion de Diocleciano: *Venden al emperador*!

Posesores de tan inmensas riquezas, los libertos de la casa imperial eclipsaban á todos los grandes de Roma con su lujo y magnificencia. Sus palacios sobrepujaban en explendor al Capitolio; la naturaleza les ofrecia sus mas ricos productos. Cornelio Balbo estaba orgulloso de tener en su teatro cuatro columnitas de ónyx y Plinio el viejo vió mas de treinta columnas de aquella piedra preciosa entre los adornos de un comedor que se habia hecho construir Calisto.

El lujo que los libertos poderosos desplegaban en sus baños era fabuloso. Stacio y Marcial nos han dejado la descripcion de una pequeña sala de baños que el hijo de Claudio Etrusco hizo construir

durante el corto destierro de su padre. En su ornamentacion entraban los mas raros mármoles. Las bóvedas estaban adornadas con mosáicos de vidrios de colores como los ventanales de nuestras iglesias. Grandes cúpulas permitian entrar abundante luz. Agua límpida corria por conductos de plata cayendo á los surtidores y atravesaba el mayor de ellos, todo de mármol: la sala del juego de pelota era calentada por un calorífero subterráneo. Probablemente Abascanto fué quien mandó construir en uno de los principales barrios de Roma el baño de su nombre.

En los invernaderos de estos libertos opulentos maduraba en pleno invierno la purpúrea uva, y sus parques y jardines eran los mas extensos y hermosos de las cercanias. La fama de los jardines de Palas y de Epafrodito ha llegado hasta nosotros.

El primero que naturalizó el plátano verde en Italia fué un rico eunuco, que lo cultivó en su granja. Los libertos en interés de su popularidad enbellecieron á Roma y otras ciudades del imperio con soberbios edificios y construcciones de utilidad pública. Cleandro fué quien mandó construir las termas que se atribuyen á Cómodo; los inventos del mas refinado lujo llevaban el nombre de los libertos: así sucede con los baños llamados *Bajæ Posedianæ* que eran calentados por un chorro de agua termal de Baïas.

En las exequias de los libertos se desplegaba una pompa oriental. Stacio en sus silvas describe las de Priscila, esposa de Abascanto, y las de Claudio Etrusco. Sobre la urna cineraria se alzaban monumentos de dimensiones colosales, en cuyo adorno las artes contribuian á porfía, pudiéndose citar los mausoleos de Palas, cerca la via Tiburtina, y el de Aurelio Nicomedes en los que en pretenciosos epitafios se proclamaban las cualidades del difunto.

Por mas que interiormente sintiese por ellos profundo desprecio, la mas alta aristocracia se prosternaba delante de los libertos del emperador y se esforzaba en tributarles sus obsequios por mas que de sus ojos jamás se borrase la imágen de su antigua esclavitud. No por sus riquezas alcanzaban un rango mas elevado en las clases romanas y aun los que el emperador y el senado elevaron á superior categoría nunca pasaron del órden ecuestre al que ya llegaron desde el primer siglo del imperio algunos libertos.

Claudio, al conferir á todos sus procuradores jurisdiccion en materia fiscal, elevó hasta sí, como lo hace notar Tácito, á los libertos que habia propuesto á la administracion de su dominio particular. Narciso y Parfenio llevaron espada, insignia de una alta jurisdiccion criminal. El derecho de usar litera en la ciudad y el de dar espectáculos al pueblo, concedidos por Claudio á su liberto

Ha pocras parecen haber sido privilegios de órden senatorial. Tambien algunos llegaron al sacerdocio y alcanzaron distinciones militares. Claudio Etrusco obtuvo de Claudio poder formar en el cortejo cuando el triunfo de Judea con la corona de olivo que se daba á los que, sin haber tomado parte en la guerra, habian organizado la ceremonia triunfal.

Hecha abstraccion de algunos períodos de corta duracion las distinciones exteriores de la servidumbre de la Casa imperial eran ciertamente muy modestas.

Por lo menos en el exterior todo el mundo procuraba hacer resaltar su rango subalterno y la inferioridad de su orígen frente los dignatarios imperiales de alta alcurnia, á cuyo nombre daban mas brillo toda suerte de pompas. Pero la posicion de los nobles no era tal que amenudo no debiesen doblar la cerviz delante de estos esclavos tan despreciados. Necios aduladores imaginaron para Palas un árbol genealógico que le hacia descender del rey de Arcadia y un descendiente de los Escipiones propuso el senado una comunicacion á este vástago de una casa real dándole las mas fervientes gracias porque subordinaba al bien del Estado su antigua nobleza y por haberse prestado á servir al gefe del imperio. Por mocion de uno de los cónsules se le ofrecieron las insignias de la pretura y quince millones de sestercios. Pa-

las solo aceptó las primeras. Siguió otro decreto que Plinio el Joven encontró mas tarde en los archivos del senado y que le hizo sonrojar de vergüenza. En él el senado aprobaba que el Erario público le entregase una suma considerable, y cuanto mas desinteresado se mostrado el liberto mas se afirmaba el Senado en sus pretensiones, al estremo de rogar al emperador que hiciese valer su influencia cerca su gran tesorero para que aceptase los dones que la patria le concedia. Pero como el emperador, segun el deseo de Palas rehusó el presente, el senado se apresuró á declarar que apesar de su voluntad y de las razones que habia tenido al conceder tal recompensa se sometia al criterio del príncipe cuya voluntad no se debia contrariar en manera alguna. Este decreto grabado en una plancha de bronce fué expuesto públicamente al lado de una estátua de Julio César, revestido de su armadura, y el posesor de una fortuna de 300 millones de sestercios, cuyo origen se prestaba á tantas hipótesis, citado como un modelo de desinterés. Mas tarde el rígido y virtuoso Severo desaprobó en términos muy vivos el intento del Senado de votar sumas á favor de su liberto Euhodo. L. Vitelio, hombre de alta posicion y padre del emperador del mismo nombre, pero de una bajeza que escandalizó á sus contemporáneos, habia asociado al culto de sus dioses Penates bustos dorados de Narciso y de Pa-

las. Amenudo se vió pasear entre los dos cónsules á Polibio, el amante de Mesalina, á cuya instigacion fué condenado á muerte. Nada prueba mas la posicion á que habian llegado los libertos que muchas veces lograban casarse con las hijas de las mas nobles casas y hasta parientes de la familia imperial en una época en que la nobleza se mostraba tan orgullosa de su orígen histórico y del nombre de sus antepasados. La ley Julia prohibia dar en matrimonio á los libertos las hijas, nietas y biznietas de los senadores, descendientes por línea masculina; pero el emperador podia dispensar esta prohibicion como la que impedia á los senadores casarse con las libertas. El procurador de Judea, Felix, hermano de Palas fué esposo de tres hijas de reyes: la primera, Drusila, era nieta de Antonio y de Cleopatra, otra, llamada tambien Drusila, hija del rey Herodes Agrippa: el nombre de la tercera se ignora. La esposa de Claudio Etrusco cuya rara belleza admiraban todos, era hermana de un cónsul que habia mandado las legiones en la primera guerra contra los Dacios en el año 86. Antistia Priscila, la primera esposa de Abascanto era de noble linaje. De estos casos, cuyo conocimiento casualmente ha llegado hasta nosotros, debemos deducir que los enlaces matrimoniales entre libertos y nobles no eran raros.

Así todo se reunia para sobrescitar al más alto

grado el orgullo de estos hombres afortunados, salidos de la más ínfima clase. La insolencia de que hacian gala era tanto más provocativa en cuanto sabian eran más despreciados por los hombres libres y de alta alcurnia. Segun un verso de una pieza dramática, «nada hay más insoportable que un criado que haya sido vareado.» Habiéndose un dia recitado en la escena, al escucharlo Polybo, liberto al que todas las miradas se dirigian, sin desconcertarse, replicó inmediatamente: «Si, pero el mismo poeta ha dicho que se han visto cabreros que han llegado á ser reyes.» Palas, cuyo sombrio orgullo no se desmintió jamás, ni en presencia de Neron, á quien habia ayudado á subir al trono, fué llamado en justicia bajo acusacion de crímen de alta traicion en el año 55. Al alegato de que varios de sus criados habian tenido conocimiento de sus designios, contestó que en su casa solo daba las órdenes por signos ó ademanes; y habiendo tenido que dar ciertas esplicaciones las dió por escrito para no tener que rebajarse, dirigiéndoles la palabra. Es verdad que jamás los libertos gozaron de más poder ni tuvieron tanta arrogancia como en el reinado de Claudio, á pesar de que siempre la mostraron excesiva. Entre las mil anécdotas que circulan, hay una que nos ha sido transmitida por Plutarco y que merece ser narrada. Un liberto de la casa imperial que acababa de obtener su libertad, des-

pues de haber aburrido con incesantes y groseras chanzas á un filósofo que se encontraba entre los convidados, acabó por preguntarle en que consistia que las habas negras y las blancas producian una harina amarilla. Es por la misma razon, replicó el sábio, que las correjuelas blancas y las negras producen cardenales. Estos libertos en nada encontraban más gusto que en mortificar á los sábios, haciéndoles preguntas indiscretas. Marcial, que en uno de sus versos no se cansa de alabar la firmeza de los libertos de Domiciano, no merece en esto más fé que los otros elogios de este reinado. «En otro tiempo, dice, los criados de los príncipes eran detestados y el orgullo de las gentes de palacio odiado en Roma. Pero ahora las gentes del emperador son tan estimadas que todo el mundo hace más caso de ellas que de los miembros de su casa: tanta es la dulzura con que tratan á todo el mundo. Ningun liberto hace valer su personalidad; todos regulan sus acciones á las de su señor. Tal es el género de administracion de esta poderosa córte.

En la administracion, propiamente dicha, los libertos no ocuparon sino en casos escepcionales altas posiciones oficiales; era costumbre desde el primer siglo del imperio la elevacion de

los caballeros á aquellos puestos. En el empleo de los procuradores y otras administraciones las inscripciones mencionan casi esclusivamente miembros del orden ecuestre. Entre veinte y dos inscripciones relativas á procuradores del impuesto del 5 por 100 sobre las sucesiones, una sola se refiere á un liberto. Pero en las gerarquías superiores de la administracion fiscal de las provincias, los libertos son más frecuentes. Las inscripciones marcan ocho, entre ochenta procuradores provinciales, constando en ellas sus nombres y cualidades. Algunos no fueron más que oficiales de distrito, pero la mayor parte parecen haber sido jefes de administracion de provincias enteras tales como la Panonia superior y la Galia Lionesa, como por ejemplo Licinio que ya hemos dado á conocer como á procurador. Pero generalmente los libertos, no figuran en gran número en empleos inferiores como adjuntos ó subalternos. Con todo los intendentes ó administradores de los dominios imperiales parece haber sido todos sacados de esta clase. Sus tratamientos comunes no podrian haber sido muy elevados; tal vez lo que su cargo les producia dependia tan solo de las circunstancias y de la actividad que desplegaban. Y nunca les faltaban ocasiones para enriquecerse. Segun eso deberíamos admirarnos de que durante todo el primer siglo del imperio hubiesen sido titulares de las tres más altas comisiones: la de

cuentas, la de peticiones y la del secretariado y que hubiesen sido investidos de tales cargos en el siglo siguiente. Esto depende de que en el nombramiento de estos cargos no se daba tanta importancia á la consideracion personal del funcionario como cuando se trataba de la eleccion para los puestos de laa dministracion provincial, sobre todo, y que solo se atendía á su fidelidad, á su desinterés y á su actitud. Y es por esta razon que los procuradores del patrimonio del emperador eran tan amenudo escojidos entre los libertos.

En el departamento de cuentas iban centralizados los ingresos de las cajas imperiales y se ordenaban los gastos del tesoro. En unos versos de Estacio varias veces citados, que compuso por encargo del jóven Cláudio Etrusco en honra de su padre, despues de su muerte, se hallan algunas indicaciones sobre la importancia de la esfera y estension de las atribuciones de este cargo. Otros datos que se tienen sobre la manera de llegar los libertos á la córte y á la posicion que en ella ocupaban pueden servir para completarlas. Si faltaba á Etrusco padre, dice el poeta, una antigua familia y un árbol genealógico la fortuna se lo dispensó. No se vió obligado á sufrir los caprichos de ningun amo vulgar y tan solo tuvo que sujetarse á aquellos á quienes el oriente y el occidente prestaban homenaje. No tuvo que avergonzarse porque, qué es lo que podria subsistir en la tierra

y en el cielo sin la ley comun de obediencia? El sol, la luna y todas las estrellas del firmamento acaso no obedecen á leyes inmutables. Etrusco habia venido de Esmirna despues de servir á Tiberio desde la infancia. Emancipado jóven por este emperador, habia conservado su posicion bajo Calígula y obtenido una plaza modesta cuando su viaje á las Galias. Bajo Claudio habia comenzado su prosperidad y cuando el entronizamiento de Neron su posicion no se resintió en lo más mínimo.

Despues (probablemente aun bajo Neron) le confiaron el depósito sagrado de los tesoros imperiales es decir la administracion general de las rentas del imperio. Como el activo Palas acababa de resignar este empleo en el año 56 fácil es que se complacieran dándole por sucesor á un hombre hasta entonces poco importante. El producto de las minas de oro de Iberia y de Dalmacia, el de las cosechas de Africa y de Egipto, de los bancos de perlas de los mares orientales, de los rebaños tarentinos, de las fábricas de cristales transparentes de Alejandría, de las selvas de la Numidia y de los mercados de marfil de la India, la cobranza de todos estos tributos, llevados por los vientos de todos los puntos cardinales al puerto de Roma, está esclusivamente sujeto á su administracion. Por sus manos pasan cada dia todas las sumas necesarias para pagar los ejércitos, las distribucio-

nes de trigo en Roma, la construccion de templos, acueductos y diques, el embellecimiento de los palacios imperiales, la ereccion de estátuas á los dioses, la moneda etc. Sus sueños y sus comidas son cortos: siempre dedicado al trabajo: jamás se entrega al placer. No se sabe de fijo cuanto tiempo Etrusco ocupó este punto. Parece que ya no lo desempeñaba cuando cayó en desgracia en tiempo de Domiciano y fué abandonado en las costas de Campania. Con todo se permitió á su hijo acompañarle en el destierro, mientras que su colega ó secretario íntimo fué tratado con más rigor desterrándole á Ultramar. El anciano Etrusco no tardó en obtener el perdon y murió octogenario. Su tumba fué cubierta de flores del más esquisito aroma y las esencias más delicadas se mezclaron á sus cenizas en la urna que las encerraba. Pintores y escultores se desvelaron en inmortalizar por la pintura y el relieve sobre los más costosos materiales las facciones del antiguo esclavo y los dos poetas más célebres de su tiempo Estacio y Marcial le ensalzaron en elogios que han transmitido su nombre y su historia á la posteridad.

El cargo ó jurisdiccion de las peticiones era desempeñado durante el reinado de Claudio por Polibio de quien hemos hablado muchas veces y á quien Séneca dirigió desde su destierro en Córcega, con motivo de la muerte de un hermano

menor del ministro, consuelos cuya entonacion era digna de un filósofo. Halla un motivo de alivio para el hermano del difunto, la importancia de su cargo que le obliga á no abandonarse á los excesos del dolor. Todas las miradas están en vos fijas. Ninguna debilidad os es permitida: el pueblo os lo pide y espera de vos grandes cosas.

Antes de la organizacion del secretariado, Augusto habia escrito á Mecenas rogándole le enviara á Horacio á quien queria á su lado, para mejor servicio de la correspondencia. Despues de la organizacion de este departamento sus jefes fueron por regla general libertos hasta el fin del primer siglo. Las dos divisiones, griega y latina, cada una tenia su jefe particular. Sin embargo, la direccion suprema del departamento durante el primer siglo del imperio, estuvo constantemente en una sola mano. Era imposible que el poderosísimo Narciso encargado del secretariado cuando Cláudio, no hubiese sido más que un simple jefe de division porque esta posicion no le hubiera permitido estar á la altura de Calixto y de Palas. Tambien bajo Domiciniano el llamado *ab epistolis* dirigia el conjunto de este departamento. En efecto, Abascanto, secretario imperial de la época, parece haber estado, segun Estacio, en correspondencia con todo el imperio, tanto de los países de lengua griega como de los de lengua latina y por parte en este autor contemporáneo se

vén errores groseros y palpables que no pueden concebirse ni siquiera como á licencias poéticas. Pero en el siglo siguiente hubo un cambio, tal vez en la época de la administracion imperial por Adriano. En efecto, las oficinas de la correspondencia latina y de la correspondencia griega, parece que se separaron entonces en secciones completamente distintas. La acumulacion extraordinaria de negocios haria reconocer entonces la oportunidad y la urgencia de esta separacion, tanto más cuanto la escesiva centralizacion hizo aumentar en este ramo el trabajo; porque, dice Estacio, hablando del emperador.

..... Ille subactis
Molem immensam humeris et vix tractabile pondus
Imposuit (nec enim numerosior altera sacra
Cura domo), etc..... .....

Esta cita está tomada de una poesia dirigida por el autor de las silvas al liberto Abascanto despues de la muerte de su esposa Antistia Priscila. Dice haberla compuesto en su aplicacion constante á manifestar en la medida de sus medios la profunda veneracion para todo lo que rodeaba la augusta casa del soberano, porque el que adora á los dioses con fé debe adorar tambien á los ministros de sus altares. El emperador, á cuya penetracion no habia escapado la capacidad y las raras cualidades de Abascanto, jóven

aun no habia titubeado en echar sobre sus hombros la enorme carga del departamento mas dificil de su casa sagrada. Priscila espresó su alegría y su reconocimiento al príncipe arrojándose á sus piés. Abascanto desde entonces tuvo que expedir las órdenes de su señor á todo el mundo, dirigir las fuerzas y administrar todos los recursos del imperio, recibir los mensajes de victoria del Eufrates, del Danubio, de las orillas del Rin, de los países mas remotos y de la misma Tule, en una palabra, desde los mas apartados paises, que habian podido dominar los ejércitos romanos, porque bajo un reinado glorioso jamás es la pluma mensajera de malas noticias, y tan solo con la lanza rodeada de laureles llegan los mensajeros.

El es quien hace las promociones en el ejército, por él se sabe quien ha obtenido un mando de una centuria ó un tribunado militar, la gefatura de una coorte ó de un escuadron de caballería. Está obligado á informarse si el desbordamiento del Nilo ha sido suficiente para asegurar la cosecha, si ha llovido en Africa etc. Abascanto siguiendo á su panejirista conservó siempre despues de su elevacion el mismo buen humor, y la misma calma, su probidad y su modestia.

Por lo frugal de sus comidas y el sobrio uso que hacia de las bebidas, su manera de vivir era la de los aldeanos de la Apulia ó de la Sabinia y

sin embargo parece haber sido muy rico. Estacio nos muestra á Priscila en su lecho de muerte incitando á su esposo á que levantáse en su nombre en el Capitolio una estátua del emperador de oro de peso cien libras representando un valor de 450.000 sestercios. Sus exequias fueron celebradas con real magnificencia. Se prodigaron todos los perfumes del Oriente para embalsamar su cuerpo extendido sobre cojines de seda, rodeada de púrpura. Fué sepultada en la Via Apia cerca del Almo. Su mausóleo era un palacio. La imágen de Priscila se veia reproducida bajo la figura de distintas divinidades de Ceres y de Ariana en bronce y de Maia y de Venus en mármol. Segun Morelo y Markland la momia de Priscila se encontró intacta en 1471 bajo el pontificado de Sixto IV. Despues de la muerte de Antistia Priscila Abascanto, que pasó enseguida del secretariado de estado á otro cargo, casó en segundas nupcias con una liberta imperial, llamada Hespéride. La tumba de Abascanto está adornada con la imágen de un célebre guia de carros llamado Escorpio de quien fué sin duda un gran protector.

La direccion del departamento de la correspondencia exigia cierto grado de instruccion literaria, ó á lo menos estar versado en las lenguas á las que se debian verter todas las cartas imperiales.

Algunos nombres de libertos empleados en es-

te departamento indican poseer esta instruccion, y estar versados en trabajos científicos: tales los de Claudio el Filólogo, Flavio Hias etc. Y no es por coincidencia puramente accidental que se encuentran oficiales de este ministerio empleados en las bibliotecas. Claudio Alcibiades, por ejemplo, conservador de la biblioteca latina de Apolo figuraba al mismo tiempo como redactor en la division de la correspondencia latina Habiendo aumentado la consideracion que se daba á los jefes de este departamento sobre todo desde que se estableció la costumbre de conceder los empleos á los caballeros solamente, podemos deducir que se generalizó la costumbre de no hacer recaer el nombramiento sino en personas de reconocida capacidad literaria. Zitinio Capiton que dirigió el secretariado bajo Nerva y Trajano es citado como una eminencia del siglo por Plinio el jóven que le llama restaurador de una literatura moribunda. Bajo Adriano el secretario imperial fué Suetonio, escritor docto y fecundo, en una de cuyas obras *Vida de los emperadores* se reconoce perfectamente el estilo claro y preciso, y la sobriedad de redaccion propios de un hombre versado en el manejo de los negocios. Perdió su empleo por haberse mostrado excesivamente familiar de la emperatriz Sabina. En el segundo siglo la direccion del servicio de la correspondencia helénica parece haber sido

la meta á que aspiraban los retóricos y los sofistas griegos algunos de los cuales llegaron á desempeñar tal cargo. Es que en él no veian tan solo la sancion imperial á su fama literaria, sino un medio para llegar á mas elevados y lucrativos puestos. El retórico Avidio Heliodoro que ocupó el secretariado bajo Adriano llegó al vireinato de Egipto y su hijo Avidio Casio pudo osar pretender la corona imperial.

¿Por otra parte, para hombres á cuyos ojos el arte del lenguaje y del estilo aparecian como el supremo fin de toda aplicacion estudiosa no era acaso un magnífico resultado la adquisicion cierta de un empleo cerca el emperador para su elevacion al secretariado como los hombres mas encumbrados de su época? Así era como ellos y sus amigos comprendian é interpretaban este alto favor. Frínico el ático alaba al retórico Cornelio encargado del secretariado helénico bajo Marco Aurelio y Cómodo, diciendo de él que se espresa con la mayor pureza antígua y el único capaz de volver la retórica á su antigua forma. Le atribuye el mérito de haber *helenizado* con su aticismo la alta corte, de justicia del emperador, y le propone como maestro y modelo á todos los otros tribunales, no solamente por su diccion correcta si que tambien por su exterior, manera, mirada, voz, y firmeza. Por estas cualidades, continua nuestro ático con un enfasis y una exagera-

cion ridícula, los emperadores han juzgado á Cornelio digno del primer puesto del estado y le han confiado la administracion de todos los asuntos helénicos colocándole á su lado como un guardian, nombrándole oficialmente su secreterio, pero elijiéndole realmente para su colega. El cargo *a cognitionibus* que el mismo parece haber desempeñado, despues del secretariado, como mas tarde Marcio Agripa, habia sido antes desempeñado por Abascanto.

Los grandes camareros imperiales tardaron mas en ocupar una elevada posicion en la córte. Estaban al frente de un numeroso personal formado en parte de libertos y en parte de esclavos.

En los primeros tiempos del imperio los *cubicularii* jamás fueron libres. Si una prueba faltara de que los que se sabian aprovechar de las circunstancias podian adquirir gran influencia, nos la proporcionaria en la córte de Calígula el egipcio Helicon. Este, segun Filon, esclavo primero de un particular que le habia hecho dar cierta educacion y que despues lo cedió á Tiberio, llegó á obtener el cargo de ayuda de cámara del emperador Calígula. Que Caius jugase á pelota ó se entregase á otros ejercicios corporales, que fuese al baño, comiese ó se acostase, siempre el ayuda de cámara estaba cerca al emperador con quien podia comunicarse á todas horas mas fácilmente que ningun otro. Segun Filon, debió esta influen-

cia al especial talento que tienen los hombres de su nacion para la burla, el sarcasmo y los chistes, que sazonaba siempre con el agudo veneno de su malicia egipcia. Él fué quien comunicó al emperador el ódio qúe desde su cuna y por educacion profesaba á los judíos. Se le suponia ganado por los alejandrinos al objeto tambien de prevenir é indisponer á Calígula contra los judíos, en parte por su oro y en parte con la perspectiva de los honores que se le debian tributar en Alejandría si despues del emperador pasaba á visitarla. Los judíos por su parte habian pensado en los medios de obtener su favor; pero nada consiguieron por no haber encontrado quien osara hablarle, á causa de sus maneras altivas y abruptas para con todo el mundo. Filon le califica de esclavo, bien que se sospecha fuese liberto. Claudio despues le hizo matar por otras maldades.

En la córte de Domiciano sus dos camareros, Parthenio y Sigerio, eran considerados personajes importantes. Marcial, haciendo el retrato de un viejo loco que hacia gala de sus familiaridades en la córte dice que se le veia remontar la calle del palacio diez veces al dia, teniendo siempre en la boca los nombres de Parthenio y de Sigerio. De estos dos camareros el primero es el que ocupa mas alta posicion. Suetonio lo califica de encargado del *cubiculo præpositus*, título que despues se hizo mas general. Poseia en alto gra-

do el favor de Domiciano, quien le confirió, como ya se ha dicho, una jurisdiccion militar probablemente limitada al palacio. Marcial, rogándole presentara su quinto libro al emperador, añade: «Conoceis los momentos de serenidad de Júpiter, cuando tranquilo nada rechaza á los suplicantes.» Parthenio y Sigerio tanta parte tomaron en la muerte de Domiciano como en la elevacion de Nerva, en cuya córte Parthenio obtuvo tambien favor. Tenia tantas peticiones á resolver que apenas le quedaba tiempo para dedicarse á las musas, no faltándole, segun su protegido Marcial, númen poético. Este poeta le dedicó una poesía en el quinto aniversario del nacimiento de su hijo Burrhus y otra con motivo de haberle Parthenio regalado una toga. Otra vez Marcial rogó al camarero que le recomendara sus poesías al emperador si es que, como raramente sucedia, el emperador estuviera de humor algun momento. Pero cuando en el año 97 los pretores reclamaron de Neron el castigo de los asesinos de Domiciano y los mataron apesar de su negativa, Parthenio pereció con ellos. Apesar de afirmarlo solamente Aurelio no por esto deja de considerarse menos cierta su muerte.

Esta era la posicion de los camareros en el primer siglo del imperio. Cien años mas tarde bajo Cómodo ya la vemos completamente cambiada. Ya entonces, como antiguamente en los grandes

y despóticos imperios de Oriente, los vemos sucederse como poderosos lugartenientes del emperador, tanto mas en cuanto este, entregado á los placeres, todo lo abandonaba al capricho de sus libertos y la mayor parte del tiempo estaba ausente de Roma.

Saotero de Nicomedia que obtuvo del Senado para su villa natal el derecho de instituir una fiesta periódica y de erigir un templo en honor del emperador, fué un hombre muy poderoso. Cleandro lo suplantó y le entregó al verdugo con otras víctimas. Cleandro, frigio de nacimiento, conducido como esclavo á Roma para hacer el oficio de costalero, fué vendido públicamente y despues pasó al servicio del emperador donde se elevó hasta el cargo de camarero. En esta posicion ejerció un poder jamás visto, al estremo de espedir en un año veinte y cinco nombramientos de cónsules y juntó con exacciones de todo género un fortuna colosal.

Despues que el prefecto del pretorio por sus instigaciones fué entregado al furor de la soldadesca, nombró y destituyó durante cierto tiempo los oficiales de este oficio, el mas poderoso despues del imperio y acabó por ocupar el cargo asociándose á dos colegas. Se le acusó de aspirar al poder soberano. La cólera popular se desencadenó contra él á causa de una gran carestía. Comodo lo abandonó en 189. Le cortaron la cabeza

que pasearon por las calles de Roma al estremo de una lanza y con él cayeron sus parciales. El último camarero de Cómodo fué el egipcio Eclecto quien viendo su propia vida amenazada por los despóticos caprichos del emperador, conspiró contra su vida con el prefecto Leto y Marcia, la querida predilecta de su señor, y luego encumbró al trono á Pértinax que no tardó en hundirse con él, destrozado por los soldados despues de una heróica resistencia.

Bajo los siguientes emperadores concretémonos á mencionar al camarero de Séptimo Severo, Castor, asesinado por Caracalla, al camarero de este, Festo y Aurelio Zótico, ya de nosotros conocido, por el favorito de Hiliogábalo.

Despues de las grandes dignidades de la córte, los comediantes, mimos y danzantes de esta merecen tambien una distincion en este capítulo por mas que no fuesen todos ellos libertos del emperador. La infinidad de papeles que esta clase de artistas desempeñaron en el palacio imperial, carecteriza la época. Los mas célebres entre ellos adquieren entonces gran nombradía. Tales fueron los Batilos, los Pilados, los Mnester, los Paris. Sábese que Batilo fué liberto de Mecenas y que á la muerte de su amo pasó probablemente á

la casa imperial. Supónese que Pilado fué liberto de Augusto. En cuanto á Marco Lépido Mnester que murió el año 48 de Jesucristo, con Mesalina, parece haber sido un liberto de Lépido de quien tomó el nombre. Hubo otro Mnester liberto de Agripina. El pantomino Paris, primero de este nombre, que tanta influencia ejerció sobre Neron y que murió el año 67, era liberto de Domicia, tia de este emperador; un segundo Pilado pantomino querido de Trajano parece haber recibido la libertad de Adriano. Hubo un discípulo mas célebre aun del mismo nombre que fué emancipado por Marco Aurelio y Lucio Vero de quienes alcanzó favor junto con Apolaustus. Este último logró gran poder en la corte. Arrastrado por la caida de Cleandro murió con él. El danzante Teócrito á quien Caracalla dió el mando de las tropas de Armenia habia sido esclavo de Saoteros, camarero de Cómodo.

Entre el gran número de actores pertenecientes á la casa imperial estaban en primera fila los pantominos. Sobre todo las clases elevadas eran las mas entusiastas por esta clase de representaciones escénicas, y en especial las mujeres. Mas de uno hubo que pudo lisonjearse de los favores de una emperatriz. La intercesion ó la proteccion de un danzante era con frecuencia mas eficaz y mas poderosa que cualquier otra. Varios solicitantes, dice Epicteto, reflexionaban ya al levan-

tarse á quien de la casa imperial debian ofrecer sus respetos, decir algo halagüeño ó hacer un regalo, como podrian agradar á un danzante ó ganar la voluntad del uno calumniando al otro. Bajo Domiciano, Paris, que reinaba en la escena, escitó en tal grado los celos del emperador que este repudió á su mujer é hizo asesinar al pantomino en la via pública. Dicen que á él se aplicó este primer ensayo del númen de Juvenal «lo que los grandes no podrán hacer por vos, lo podrá un danzante; ya podeis solicitar en la córte; será una Pelopea la que nombrará los prefectos y una Filomela los tribunos.» Estos versos de una sátira que fué publicada mas tarde fueron de fatal consecuencia para el poeta. Como habia en la córte en la época de su aparicion, (en la de Trajano ó tal vez en la de Adriano) otro pantomino en gran favor y cuyos protegidos lograban lo que pretendian se creyó que á estos hechos se referia la alusion del autor y se le desterró para castigarle de tal falta de respeto, esta vez quizás involuntaria.

Cítanse aun otros artistas de teatro que ejercieron grande influencia en la córte. Apeles de Ascalon, el mas célebre trágico de su tiempo, fué el consejero inseparable de Calígula y pudo como á tal hacer todo lo que osan hacer las gentes de su especie, al llegar al poder. Los judíos enviados de Alejandria á este emperador creyeron que,

enemigo de su pueblo, como Ascalonite debia haber sido como el camarero Helicon quien mas les habia indispuesto con el emperador. Pero mas tarde perdió el favor de Calígula por no haberle sabido responder de pronto á esta pregunta: Cual de los dos conceptuaba mas grande Júpiter ó el emperador. Este no contento con hacerle azotar alababa el hermoso timbre de voz de aquel desgraciado cuando el dolor le arrancaba gritos y sollozos. El bufon Alityre, judio que gozaba el favor de Neron, fué quien presentó en Puteoli á Josefo á la emperatriz Poppea. De esta manera pudo este obtener la libertad de algunos sacerdotes de su nacion á quienes el procurador Félix habia hecho poner grillos y los habia mandado al emperador. El bufon Latino, maestro en su arte se mostraba altivo de que todos en la capital le conocieran por servidor de su Júpiter, como se vé por los siguientes versos:

Vos me laurigeri parasitum dicite Phœbi
Roma sui famulum dum sciat esse Jovis.

Daba al emperador todas las noticias del dia y sus delaciones le hacian temible á todo el mundo:

Respecto al ejército limitémonos á mencionar los pages y los favoritos (*delicati*), sin levantar mas el velo, que vale mas dejar tendido en esta parte de las costumbres antiguas. Basta men-

cionar á Antinoüs para recordar el grado de influencia que aquellos alcanzaban. Antinoüs fué esclavo ó liberto como el copero de Domiciano Earino. Nada sabemos sobre este punto y nada podemos afirmar.

Poco debemos decir de la condicion de la mujer en estas córtes, en las que estaban, bien á título de libertas (*libertinæ*), bien como esclavas. Sin embargo no debemos pasar en silencio algunos hechos característicos para su posicion. Así la judía Acmé, esclava de Livia, se dejó ganar mediante fuertes cantidades por Antipater, bastardo de Herodes el Grande, en la intriga que tramó contra Salomé, hermana de este. Habiéndose interceptado una carta por la que resultaba comprometida, Acmé pagó su imprudencia con la vida. Othon, que mas tarde fué emperador, habia entrado en intimidad con Neron por los buenos oficios de una liberta muy influyente que colmó de atenciones y de la que fingió estar enamorado, aunque ella ya estuviese en edad avanzada.

Es natural que de todas las mujeres de palacio las concubinas del emperador tuvieran mas influencia en el poder. Narciso se servia de dos concubinas de Claudio para delatar á Mesalina. Algunas lograron ejercer sobre los emperadores una fascinacion duradera. Con todo no alcanzaron nunca tanto las queridas en el imperio romano que dominaran en él. Este capítulo es el

único en el cual los partidarios del escándalo corren peligro de alguna contrariedad. Esto estriba en la diferencia esencial en las relaciones de los dos sexos en los antiguos y en los modernos tiempos. El primer emperador que se prestó á semejante union amorosa fué Neron, cuando no era mas que un jóven de diez y nueve años: enamoróse de Actea, jóven y hermosa esclava; oriunda del Asia Menor; pero esta union era tan contraria á las ideas de la época que el jefe de la guardia nocturna, Anneo Serenus, tuvo que pasar ostensiblemente por el amante de Actea. La madre del emperador encolerizóse cuando llegaron á su noticia estos amores que amenazaban paralizar su influencia, en tanto que los amigos mas antiguos de aquel veian con gusto esta inclinacion, por juzgarla un medio de arrastrar al jefe del Estado por pendientes mas funestas. Su pasion por Actea fué tal que resolvió casarse con ella. Hubo cónsules que se prestaron á firmar bajo juramento que era de la sangre real de los Attales; pero la llama amorosa no tardó en cambiar de objeto. Otras suplantaron á la favorita y Poppea acabó por encadenarlo. Con todo sobrevivió á Neron y hasta llegó á tributarle honores supremos con dos de sus antiguas ayas. Sus exequias costaron doscientos mil sestercios, lo que prueba que era suficientemente rica para soportar estos gastos. Sobre el monte Celio en los

jardines de la villa Nattei se han hallado piedras sepulcrales de algunos de sus esclavos y libertos.

Cénida sin tener el esplendor de la juventud y de la belleza, supo conservar por otras cualidades bien distintas el amor de Vespasiano, hasta la muerte. Habia sido liberta de la madre de Claudio (Antonía), la que, sacando partido de su memoria estraordinaria y de su talento tan distinguido como su fidelidad, la habia confiado la redaccion de cartas importantes. Vespasiano en sus mocedades la habia conocido y amado. La puso en su casa al faltarle su muger Flavia Domitila, fallecida antes de que ocupara el trono y la trató casi como á esposa legítima. Tendria ella entonces unos cuarenta años. Suetonio refiere como á rasgo de la insolencia que desde un principio mostró el jóven Domiciano que habiendo querido Cénida abrazarlo, segun costumbre, á la vuelta de un viage, le tendió la mano para que la besara.

La influencia que tenia con el emperador le proporcionó medios de adquirir inmensas riquezas. Preténdese que Vespasiano se sirvió de Cénida para llenar sus arcas, porque ella recibia dinero de todas partes, vendiendo empleos, procuras, mandos militares, dignidades sacerdotales y hasta decisiones soberanas. Si Vespasiano no envió á la muerte á nadie por deseo de apoderarse de sus bienes, no obstante perdonó á muchos mediante la entrega de ciertas sumas. Si bien es

verdad que Cénida era la que cobraba el dinero, se sospechaba que el emperador lo compartia con ella. Con todo no gozó mucho tiempo del poder, pues murió en el año 71 de nuestra era, un año despues de la subida al trono de Vespasiano. Despues de su muerte otras concubinas le sucedieron en el favor del príncipe. Antonino Pio tuvo tambien una querida que llegó á ejercer la suficiente influencia para que el rumor público le atribuyese el nombramiento de un prefecto de la guardia del emperador. Esta muger que el biógrafo de la época no nombra parece, segun una inscripcion, haber sido una liberta de su mujer Ania Galeria Faustina.

Una querida de Lucio Vero, la esmirniota Pantea, ha legado su apodo á la posteridad á causa de los homenajes entusiastas que la dirigió Luciano, el mas espiritual escritor de su tiempo, en una corta estancia en Esmirna durante el año 162. Su belleza, dice en una obra que le dedicó, no puede ser descrita, á no ser que uno se imagine todas las perfecciones de las obras maestras del pincel y del cincel griego, reunidas en una persona. Su voz es lo mas suave que pueda oirse. En el arte de la melodía aventaja al ruiseñor; Orfeo y Anfion gozarian escuchándola siguiendo cada una de sus notas y pulsa el laud con la misma perfeccion. No solo tiene por la poesía el gusto mas delicado sino que conoce á fondo tambien las obras

de los historiadores, los oradores y los filósofos. En experiencia, en inteligencia política, sagacidad y rápida concepcion se parece á Aspasia, ó mejor, tiene sobre ella la misma superioridad que el imperio romano á la Atenas de Pericles. Su panegirista la compara á Theara mujer de Pitágoras, á Saffo y á Diotima. Nunca se cansa de alabar su belleza y su afabilidad, su dulzura y sus bondades para los solicitantes, su modestia y su fidelidad á su amante augusto. La fortuna no la vuelve orgullosa; habla con todos los que se le acercan sin que le cause molestia y á todos trata por igual. Su amabilidad gana los corazones, porque en ella no hay afectacion, reconociéndose hasta en sus menores detalles una mujer superior. Un numeroso y brillante séquito de mujeres, eunucos y soldados la rodeaba. Esta muger encontró el elogio del escritor exagerado, con lo cual le proporcionó ocasion de mantener sus alabanzas añadiendo á todas ellas el de un ejemplar modestia.

Segun parece Panthea fascinó por largo tiempo á Vero y hasta se cree que le sobrevivió muchos años. Marco Aurelio hace mencion de ella en una de sus consideraciones melancólicas sobre la vanidad de las cosas humanas. «Panthea y Pergamo», dice, «estan sentadas aun cerca el ataud de su señor? ó Cabrias y Diotimo cerca de Adriano?» Pero esto moveria á risa. Y aunque así suce-

diera los difuntos tendrian por ello el menor sentimiento? y si tuvieran el sentimiento, les gustaria? y aunque gozasen en ello serian acaso inmortales? ¿Acaso no está escrito en el destino de sus compañeros y favoritos: envejecer para morir despues? Y cuando unos mueren, qué pueden hacer los otros? Si, todo es vanidad, polvo y podredumbre.

En el harem de Cómodo, que no encerraba menos de trescientas concubinas y un número igual de esclavos, la liberta Marcia ocupaba el primer lugar, en el que supo mantenerse por espacio de nueve años. No pasó al harem del emperador hasta el suplicio de Quadratus de quien habia sido concubina. Cómodo gustándole verla vestida de amazona, se hacia llamar á sí mismo Amazonius y quiso absolutamente, que, guiada por su amor, apareciera en la arena con traje de amazona. Gozó todos los honores de mujer legítima y hasta los honores de emperatriz con la sola diferencia de que no la precedia el fuego sagrado. Cristiana ó por lo menos inclinada al cristianismo como varios de los libertos de esta córte tenia inteligencias con Victor, obispo de Roma. Bastó una palabra suya para que diesen libertad á los cristianos condenados al trabajo de las minas de Cerdeña. Créese haber encontrado su retrato en ciertas monedas, que presentan al lado de la efigie de Cómodo una cabeza de

muger junto á un escudo de amazona. Puede creerse, segun una inscripcion, que contribuyó á la restauracion de las termas de Anagni, con el liberto imperial Euhodo, nacido en esta villa. Viendo su vida en peligro preparó la muerte del emperador, junto con Leto y Eclecto que pasa por haber sido su amante. Pero pronto Didio Uliano la hizo morir.

Hasta los esclavos de la casa imperial algunas veces se consideraban como gente importante. Amenudo eran muy ricos, y muchas veces los romanos tenian que solicitar su favor y sufrir su arrogancia. Adriano, viendo á uno de sus esclavos pasear entre dos senadores, le hizo dar un bofeton, amonestándole que jamás se permitiese tal familiaridad con hombres que podian ser sus dueños. Pero estos ejemplos de severidad de los emperadores para con sus esclavos eran raros, pues de otra manera ni Suetonio se hubiera ocupado de Augusto ni Dion de Claudio.

¿«Cómo es» pregunta Epicteto, «que de repente adquieran este hábito altanero y esta soltura los que obtienen el mas pobre nombramiento? ¿Qué es lo que nos hace decir enseguida: Feliciano me ha hablado con tanta razon? Quisiera que le sepa-

rasen del cargo de las letrinas que obtuvo para verle otra vez hecho un nécio. Epafrodito vendió un esclavo zapatero por no servirle para nada. Mas tarde el mismo esclavo, por una feliz coincidencia fué comprado por una persona de palacio y pasó á ser zapatero del rey. Entonces era de ver como Epafrodito le honraba. ¿Qué hace Felicion, preguntaba sin cesar, ó, encontrando á su antiguo servidor, no se descuidaba de decirle: no puedes considerar, amigo mio, lo que te considero. Igualmente cuando alguno de nosotros preguntaba por Epafrodito nos respondian invariablemente: Lo encontrareis con Felicion... «No quisiera vivir,» exclama el filósofo en otro lugar «si hubiese de vivir por gracia de Felicion ó tuviese que sufrir los dardos de su orgullo y de su insolencia de criado.» Pero pocos pensaban como Epicteto. Se besaban las manos de un Numerio y de un Simforo; se pasaba la mitad de la noche haciendo antesala en su puerta, esperando desperlara. Les enviaban regalos para asegurarse su favor cuando se creia poder adelantar en la carrera. Y hasta los candidatos á la pretura y al consulado festejaban á los esclavos de palacio.

Entre los esclavos mas considerados en la casa imperial distínguense los distribuidores de mercedes y cajeros no solo en la corte sino en las numerosas administraciones de la capital y de las provincias. Juzguese de la importancia de los ingre-

sos: Othon arrancó á un esclavo de la casa imperial, en paga de haberle hecho dar una de esas plazas en el reinado de Galba, un millon de sestercios. El esclavo Rotundo, que Drusila habia pasado á Claudio y tuvo uno de estos destinos en la España citerior, poseia un vaso de plata de 500 libras, de un trabajo tan esmerado que requirió para su construccion un taller especial. Muchos de sus allegados tenian vasos semejantes aunque de menos valor. En un *columbarium* en la via Apia al lado de la tumba de los Scipiones se ha descubierto el epitafio de un tesorero de las arcas de la Galia lionesa, esclavo de Tiberio. Proviene de diez y seis de sus esclavos que le habian acompañado en un viage á Roma donde le sorprendió la muerte. Por esta escolta se puede juzgar del brillante estado de su casa. Se componia de tres secretarios, dos ayudas de cámara, dos cocineros, dos lacayos, dos plateros, un médico, un encargado de la guarda-ropia, un agente de negocios, un intendente y un criado cuyo empleo no era designado.

Inútil es decir que muchos servicios necesarios en una corte, por sunatu raleza no podian ser desempeñados por libertos ni por esclavos, es-

pecialmente aquellos que exigian el conocimiento de un arte ó de una ciencia profesional. Entre las personas afectas al servicio de la corte sin pertenecer por esto á la casa imperial aquellas que mas hemos mencionado, eran los médicos particulares del emperador, los astrólogos de la córte y los preceptores de los príncipes.

Los preceptores de la familia imperial fueron algunas veces personas respetables por su posicion. Séneca era ya senador cuando fué llamado á dirigir la educacion del jóven Neron que en aquella sazon tenia ocho años; probablemente tambien tenia tal dignidad Fronton cuando se encargó de la instruccion de Marco Aurelio y de Lucio Vero, cuando el primero se llamaba aun M. Antonio Vero, y el segundo L. Cómodo. Se puede admitir que la eleccion se hacia siempre recaer sobre personas que en su carrera hubiesen descollado notablemente. Quintiliano ejercia ya desde veinte años atras el arte de la oratoria en Roma cuando se encargó de la instruccion de los nietos de su hermana Domitila. El famoso retórico Zeodoro de Gadara fué tambien preceptor de Tiberio. Cuando estos maestros eran de humilde posicion habitaban el mismo palacio. Cuando Augusto nombró preceptor de sus nietos al célebre gramático Verrio Flaco, le tomó en su palacio con todos sus alumnos, no exigiéndole otro compromiso que al de no admitir mas, y le

señaló una pension de 100.000 sestercios. El retórico Apolonio, que Antonino Pio habia hecho venir de Chalcis para la instruccion del jóven Marco Aurelio rehusó habitar el palacio de Tiberio donde vivia su discípulo, y como insistiese en que este fuera á su casa á recibir sus lecciones, el heredero del trono se trasladó efectivamente á ella. Ausonio nos ha dejado, aunque no completa, la lista de los sabios romanos que obtuvieron la distincion de honores consulares á título de preceptores de príncipes. Séneca y Quintiliano como en 143 Herodo Atico, preceptor de Marco Aurelio, Fronton y mas tarde tambien Ticiano, gozaron de aquellos honores.

Aunque la casa imperial tuviese un personal médico numeroso, pues la medicina de aquella época reconocia especialistas hasta para el mal de oido, la eleccion dependia del emperador quien lo tomaba entre los mas reputados profesores. Los otros oficiales empleados, sus subalternos en este ramo, tenian en la gerarquia un lugar inferior: como nos lo prueba una antigua inscripcion que distingue perfectamente un médico director (*supra médicus*) y un decurio de los médicos (*decurio medicus*). Los médicos del emperador en los primeros tiempos del imperio recibian una pension anual de 250.000 sestercios. Entre ellos se citan á Antonio Musa que fué tal vez liberto del triumviro y el médico de Augusto, Marco Antonio Ascle-

piade, á quien se erigió un monumento en Esmirna. Q. Stertinio hizo aparecer como un sacrificio que se imponia en prueba de cariño á la casa imperial contentarse con el doble de la suma indicada mas arriba, certificando por la enumeracion de las familias que visitaba que percibia anualmente por honorarios mas de 600.000 sestercios. El hermano de Stertinio obtuvo igual pension de Claudio y aunque los dos hubiesen gastado gran parte de su fortuna en grandes trabajos de embellecimiento de Nápoles, cada uno al morir dejó una fortuna de treinta millones de sestercios. Tambien en la córte de los emperadores hubo muchos médicos griegos. Tales fueron entre otros el médico de Claudio Jenofonte; el primer médico de Neron Andrómaco de Creta; el de Adriano Hermógenes. Jenofonte, de la familia de los Asclepiades de Cos, obtuvo en el año 53 de nuestra era la inmunidad de impuesto para esta isla. Pasa por haver envenenado junto con Agripina á Claudio en el año siguiente. En general los médicos de aquella época amenudo se veian acusados de envenenamiento ó de adulterio en las princesas, con las que fácilmente podian trabar relaciones por la condicion especial de su carrera. Plinio menciona á Vetio Valens, de Ariminio, donde se han encontrado algunos monumentos de su familia como á amante de Mesalina, con quien compartió el suplicio en el año 48. Jenofonte fué tal

vez el médico que le reemplazó. Endeme, médico de la nuera de Tiberio, Livia, citado por el mismo autor, fué el confidente de las relaciones adúlteras de esta princesa con Sejano, y hasta vivió en adulterio con aquella princesa

Jamás faltaban astrólogos en las córtes romanas. Casi siempre eran griegos ú orientales. La astrología tenia sin embargo sus peligros, particularmente amenazadores por parte al trono. Sus predicciones despertaban las pasiones de su sueño y escitaban á los siniestros pensamientos é impelian á los adeptos á la accion prestándoles el valor del fanatismo. Por esto contínuamente se renovaron las prohibiciones poniendo interdicto en la práctica de la astrología y dictando órdenes de destierro y otras penas rigurosas contra los caldeos. Pero fueron inútiles tales disposiciones, pues los mismos emperadores consultaban á los astrólogos y algunos entre ellos, especialmente Tiberio, Adriano y Severo, estaban profundamente iniciados en los misterios de aquella pretendida ciencia. La córte atribuia al astrólogo Thrasylo, que fué el inseparable compañero de Tiberio, una influencia decisiva sobre este príncipe, generalmente tan taciturno. Vespasiano, no menos entregado á esta supersticion, concedió como un favor especial, á ruegos del astrólogo Barbillo, la institucion de una fiesta periódica en Efeso acompañada de juegos. Esta villa fué la sola que obtuvo tal

privilegio. Muchas inscripciones de vencedores hacen mencion de los juegos Barbilonianos. Barbilo fué el famoso astrólogo á cuyo consejo, á la aparicion de un cometa en el año 65, Neron hizo ejecutar á varios gefes de la nobleza para desviar de él los peligros que creia le amenazaban. El destino de las altas familias dependia muchas veces del capricho de un astrólogo.

Aquél á quien el horóscopo prometia el trono se veia en la alternativa de conspirar ó de verse expuesto á grandes persecuciones. Tiberio, Domiciano y Caracalla ordenaron la ejecucion de varios de sus súbditos sin otro mayor motivo. Domiciano hizo morir á Metio Pomposiano por un augurio que la supersticion popular atribuia á su nacimiento. Parece que la muerte de Nerva estaba ya casi resuelta en el ánimo del mismo tirano, cuando un astrólogo, amigo del primero, imaginó para desviar el peligro hacer creer al emperador que á Nerva le quedaban pocos dias de vida.

Los astrólogos y los médicos podian, como otros sabios, hallar en la córte una posicion mas elevada que la de otros servidores especialmente cuando se podian honrar con el nombre de amigos y compañeros del emperador. Sin embargo jamás en tal cualidad alcanzaron las consideraciones á que por sus talentos podian aspirar.

Los amigos y compañeros del emperador.

Los amigos de los hombres de Estado de la República.—
Los amigos de los emperadores.
—Obligaciones que estos tenian.—Se instituyeron segun las
cortes de Oriente.—Division de los amigos en tres
clases.—Las dos primeras.—Eran admitidas
en la mesa imperial.—
Comitiva de los emperadores en sus viajes.—Prodigalidad
de los emperadores para con sus amigos. —Peligros
de su posicion.—Desgracias.
—Consecuencias de un cambio de reinado.
—Amigos educados en el palacio imperial desde su
mas tierna edad.

Ya en los últimos tiempos de la república, comprendíase bajo la denominacion general de amigos, como aun hoy sucede en el lenguaje parlamentario inglés, á todos los que, sea cual fuere el número, seguian la fortuna de un personaje político eminente.

En esta multitud, habia naturalmente que observar muchas gradaciones, desde los mas íntimos confidentes del gefe, á quien daban sus consejos y eran partícipes en todas sus aventuras, hasta los más humildes adherentes, que formaban el núcleo del partido al que habian subordinado su línea de conducta. Los que, como Pansa, Hirtio, Balbo, Opio, Matio, Postumio, que Ciceron llamaba familiares de César *(Cæsaris familiares)*, fueron llamados mas tarde por Suetonio amigos de César *(Cæsaris amicos)*. G. Gracco y Livio Druso pasan por haber sido los primeros que die-

ron á la masa de su partido una organizacion fundada en la distincion de sus miembros en tres clases. Los de la primera eran recibidos en el círculo íntimo del gefe y podian entrar en las reuniones poco numerosas que celebraban; los de la segunda eran admitidos en las reuniones ya más numerosas; los de la tercera solo podian acudir en las grandes recepciones. De esta manera tuvieron, segun la irónica observacion de Séneca, amigos de primero y de segundo orden, sin jamás tener amigos verdaderos. No obstante el sentimentalismo del filósofo nos parece fuera de lugar, puesto que se trataba de una organizacion política que más fácilmente podia dominar en cuanto fueran mas numerosos los que seguian al gefe de la misma.

Durante el imperio, el valor convencional del nombre de amigos, abstraccion hecha de los verdaderamente tales se modificó de tal suerte que solo sirvió en adelante para designar á los que por regla general eran invitados por los emperadores á sus deliberaciones en consejo y á las reuniones que daban, con lo que no se quiere decir que se significara con dicho nombre á todos los que eran recibidos en la Corte, pues por derecho ya era admitido en ella todo el órden senatorial y gran parte del órden ecuestre. Se cree que el emperador daba el tratamiento de *carissime* á sus amigos, pues así lo indica el apóstrofe que

empleaba Trajano escribiendo á su amigo Plinio el jóven.

Frecuentemente, si no siempre, era regla que los amigos, sobre todo los de primera clase *(amici primæ admissionis)* fuesen al mismo tiempo consejeros del príncipe, pero no sucedia esto necesariamente, como tampoco absolutamente era preciso que figurasen en la lista de amigos del emperador los miembros del consejo, sobre todo despues de la estension dada por Adriano al mismo. Habia por otra parte consejeros que solo le prestaban sus servicios en caso estraordinario y que solo en esta ocasion instruian al emperador, mientras que la elevacion de una persona á la categoría de amigo de este le procuraba tal título por toda su vida, á menos de caer en desgracia. Parece que Plinio el jóven solo gozó temporalmente de los honores del consejo. Si hubiera sido miembro ordinario del mismo de seguro que en su gran vanidad lo hubiera repetido una y mil veces.

En una monarquía absoluta, el bien y el mal dependen en gran parte de los que rodean al gefe del Estado. Por consiguiente la eleccion de sus amigos era uno de los más importantes actos de este. Como principalmente eran ellos quienes formaban la comitiva del emperador en sus viajes y en sus campañas, se les llamaba sus compañeros *(comites)* y por la misma razon les aplicaban la

denominacion de cohorte *(cohors)* con la que tambien se designaba durante la república á los que rodeaban á los gobernadores y al estado mayor de los generales. Las dos calificaciones de amigos y de compañeros, ciertamente idénticas, eran á menudo empleadas en el mismo sentido.

Los diversos miembros de la familia imperial tenian cada uno su propia corte, y sus particulares amigos y compañeros. Domitio, padre de Neron, formaba, como Sejano, parte de la cohorte de C. César. El astrólogo Thrasylo figuraba entre los compañeros de Tiberio, cuando aun vivia Augusto. El ilustre Germánico tuvo sus amigos y compañeros particulares. La cohorte de Druso, hijo de Tiberio, estaba formada de amigos del mismo emperador. Menciónanse tambien particulares que tenian compañeros de la nobleza : tal vez eran deudores del personaje cuya comitiva formaban.

Las relaciones de los amigos y compañeros con el soberano tomaron ya en la corte de los primeros emperadores formas especiales, en cuya determinacion no se limitó ya á seguir simplemente las tradiciones mencionadas mas arriba, como en la division de los amigos, sino que preferentemente se dedicaron á copiar los modelos del ceremonial de las antiguas córtes de Oriente. La nobleza de la corte de Persia presentaba una gerarquía en diferentes grados, basada en la mayor

ó menor intimidad de las relaciones naturales de sus miembros con la persona del rey y, en la que se distinguian los parientes, amigos y comensales, clases que tenia cada una sus privilegios é insignias particulares. Alejandro el grande transportó esta organizacion á la corte de Macedonia, desde donde pasó á las de las dinastías fundadas por sus lugartenientes, de los Seleucidas y de los Ptolomeos sobre todo. Probablemente en Roma tomaron por inmediato modelo la corte de Egipto. De esta manera la denominacion de amigo perdió completamente su sentido natural y fué cada vez mas un título oficial, completamente independiente de los lazos de amistad personal y tal vez anexo siempre á ciertos altos dignatarios tales como los principales prefectos. Podemos creer, en efecto, que no solamente los emperadores elejian casi siempre los prefectos entre sus amigos si que tambien los prefectos eran contados en el número de ellos, aunque antes del nombramiento el emperador no tuviese con ellos la menor relacion.

La division de los amigos en tres clases, que Suetonio menciona por vez primera en su *Vida de Tiberio*, tuvo naturalmente otra significacion muy distinta que bajo la república, á la que hace remontar al orígen de esta division. Las dos primeras clases estaban formadas por personas que ocupaban altos puestos. El órden gerárquico de-

pendia menos de la cualidad de sus miembros que de la naturaleza de las relaciones personales de estos con el emperador.

Los de la primera clase eran llamados *primi amici*, *cohors primae admissionis*, *prima cohors* y mas vagamente aun *intimi amici*, *potissimi amicorum*, etc.

Comprendia los principales senadores, los cónsules y sobre todo los personajes consulares, pero tambien figuraban en ella algunos jóvenes que al concluir sus estudios encontraban en ella un medio de darse á conocer y de labrarse un brillante porvenir, como Lucano á veinte y dos años, y el que más tarde fué emperador, Othon, quien no tenia mas edad que el primero cuando fué admitido en el círculo de los amigos de Neron. No es dudoso que varios miembros del órden ecuestre fueron admitidos cn la primera clase porque se sabe que algunos amigos de Augusto, tales como Mecenas, el historiador Salustio y Matio llegaron á ella despues de Sejano y de Curtio bajo Tiberio á quien acompañaron á Caprea. Por otra parte los emperadores continuaron eligiendo una parte de sus amigos entre los caballeros, hasta en épocas en que ningun motivo les impulsaba á elevar su consejo íntimo para rebajar la importancia del Senado. Es mas que probable que todos los altos prefectos que pertenecian á esta órden, especialmente los gobernadores civiles y

militares de Roma y los vireyes de Egipto eran siempre amigos del emperador: los prefectos del pretorio, Sejano, bajo Tiberio; Luzio Geta, bajo Claudio; Cornelio Fusco, bajo Domiciano; etc.; el prefecto de la ciudad, Pegaso, bajo el mismo reinado; Turranio, prefecto de las provisiones (annonæ), bajo Claudio; el prefecto de Egipto, Planta, etc. todos calificados de amigos de estos príncipes, como una multitud de otros caballeros, senadores y personajes consulares, cuya lista seria larga de enumerar.

Esto en cuanto á las dos primeras clases. En cuanto á la tercera parece haber sido formada totalmente ó, por lo menos, en su mayor parte de las personas que el emperador elegia para distraer sus ócios con sus agudezas ó para aprovechar sus especiales conocimientos, sin que se hiciera absolutamente caso de su orígen, estado, ni posicion social. Se componia de sábios, filósofos, literatos, poetas y artistas, segun las aficiones del príncipe, y á veces de algun bufon. Sus miembros eran amenudo estrangeros; por regla general griegos. Entre estos se cita como un hombre estraordinariamente favorecido en la córte de Augusto al filósofo Areo de Alejandria, compañero inseparable del emperador, que vivia en su mismo palacio y gracias á cuya intercesion se perdonó á los alejandrinos despues de la batalla de Accio. Sus hijos Dionisio y Nicanor se queda-

ron en la córte, en parecidas condiciones. Augusto se aprovechó de su intimidad para estender el círculo de sus conocimientos en literatura griega. El estoico Athenodoro, de Tarso, que habia sido preceptor de Augusto en Apolonia, vivió tambien por largo tiempo en la córte de su ilustre discípulo, quien continuó demostrando por su antiguo maestro toda clase de atenciones y no le dejó retirar á su ciudad natal sino despues de haber alcanzado de el que permaneciera otro año en Roma.

Muy versado en la literatura griega y latina, Tiberio gozaba presentando cuestiones difíciles á los gramáticos que le acompañaban en la mesa, que algunas veces fueron causa de desagradables escenas. Habiendo sabido que el gramático Seleuco se informaba por sus criados de lo que leia para prepararse para las preguntas que le harian, comenzó por separarle de su palacio y le obligó por fin á darse la muerte. Neron se rodeó de versistas, que debian ayudarle en sus ensayos poéticos. Concedia tambien, despues de la comida, segun nos dice Tácito, algunos momentos para entablar discusiones entre campeones de principios distintos, y algunos hubo que prescindiendo de la severidad de su aire y de sus palabras se prestaban de buena gana á estos caprichos del príncipe. En general los llamados filósofos debieron amenudo desempeñar un po-

bre papel. Sin embargo Plutarco les recomienda que no se aparten en absoluto de la córte. Nada hay mas característico para la córte de Neron que la posicion que en ella obtuvo un tal Vatinio. Criado en una tienda de zapatero de Benevent, por su aspecto disforme solo le admitieron en la córte como objeto de risa. Pero por su bajo servilismo supo hacerse pronto agradable á Neron, y á fuerza de acusar y calumniar á la gente honrada adquirió tal poder que no tardó su influencia en aventajar la de los mas malvados servidores de aquella corte. Parece que su nariz disforme contribuyó en mucho á su fortuna, é hizo grabar su nombre en una copa de forma particular que servia para él únicamente.

La deformidad física era un motivo de éxito para los bufones de la corte.

Claudio ya antes de su elevacion al trono tenia algunos entre sus amigos. Juvenal y Marcial mencionan á Galba y á Capitolino.

Volviendo á los sábios, diremos que Trajano distinguió de tal manera á Dion de Prusa que varias veces se vió á este en el coche imperial. El emperador Adriano, sucesor suyo, trabó íntima amistad con los filósofos Epicteto y Heliodoro y con muchos otros gramáticos, retóricos, músicos, pintores, matemáticos y astrólogos. Favorino de Arles ocupaba un lugar distinguido en aquel círculo.

Los amigos de la clase tercera eran los únicos que vivian en el palacio del emperador. Cuando este viajaba, su comitiva era formada por los amigos de la primera y de la segunda categoria. En Roma pasaban á saludarle por la mañana y algunas veces eran invitados á su mesa.

En cuanto á la manera como los emperadores trataban en la mesa á sus amigos nada se puede precisar. Adriano les invitaba siempre. Antonino Pio les reunia en sus festines públicos y privados. Marco Aurelio hacia valer como una prueba de su indulgencia no haberles jamás obligado á acompañarle en sus comidas. Poco conocia este emperador á estas gentes, que si una gloria apetecen es la de ser admitidos en presencia del soberano. Aquello, pues, que él conceptuaba su mérito, no fué apreciado mas que como un esceso de orgullo. Algunos amigos de Alejandro Severo acudian á las comidas de palacio muchas veces sin prévia invitacion.

Cuando los emperadores emprendian un viaje ó cuando salian á campaña no eran menos exigentes en verse acompañados por sus amigos en la mesa, y estos se hacian un deber de cumplir con sus soberanos la obligacion impuesta. Marco Aurelio se alaba de no haberse jamás mostrado tan exigente en este punto como en sus salidas de la capital. Por haberse encontrado indispuesto Galba, se le hizo, cuando formaba parte de la

cohorte de Claudio, el insigne honor de dejar para el dia siguiente la expedicion de Bretaña. Durante el viaje los amigos vivian en la misma casa del emperador ó, por lo menos, tenia este obligacion de proporcionarles alojamiento, y en campaña tenian siempre un lugar señalado, próximo á la tienda imperial. Inútil es decir que los gastos de viaje iban á cargo del emperador, y Suetonio menciona, como ejemplo de la avaricia de Tiberio, que no concedia pensiones á las personas de su séquito y sí les hacia distribuir víveres. Tan solo una vez, y antes de ser emperador hizo entregarles dinero de la caja de Augusto. La primera clase recibió entonces 600.000 sestercios, la segunda 400.000 y la tercera 200.000. De las observaciones del historiador que narra el hecho puede deducirse que los emperadores se mostraban ordinariamente mas generosos. Augusto en el último viaje que hizo distribuyó á su séquito cuarenta monedas de oro, con la precisa condicion de no emplearlas mas que en compras de mercancías traidas por un buque de Alejandria, cuya tripulacion acababa de saludarle al llegar al puerto. Esta mezquindad de Augusto para con sus amigos fué muy criticada. Al contrario sucedió á los amigos de Calígula quienes por su mandato debian hacer compras ruinosas para ellos.

Antonino Pio cuyos viajes se extendieron mas allá de las fronteras de Italia, consideraba que el

acompañamiento de los emperadores era una onerosa carga para las provincias.

Estos por su parte concedian á sus amigos el mismo trato y cuanto mas afables eran con ellos ó querian serlo, mas buscaban ocasiones de hablar con ellos con la mayor familiaridad. Tiberio, al principio de su reinado, asistia á sus amigos en justicia, tomaba parte en sus festines, iba á visitarles solo, cuando estaban enfermos y en las exequias de algunos de ellos pronunció su oracion fúnebre. Claudio, al contrario, cuando pasaba á visitarles lo hacia con su acompañamiento. Cossin, caballero romano y amigo de Neron, recibió los ausilios de un médico egipcio que el emperador llamó á Roma. Es citada la afabilidad de Trajano y de Adriano. El primero pasaba sin guardias á la casa de sus amigos. El segundo llegó demasiado lejos su manía de popularidad, visitando á algunos caballeros romanos y á libertos enfermos, llevando consuelo por todas partes y asistiendo á los banquetes de sus amigos: cambió con ellos algunos regalos, en las fiestas Saturnales; les enviaba parte de lo que cazaba; iba á sus palacios de la ciudad y del campo, donde aquellos tenian á grande honor ofrecerle hospitalidad. Hubo algunos emperadores que toleraron de sus amigos algunas libertades y lecciones. Así sucedió con Trajano quien, habiendo preguntado á Valerio Omulo de donde habia sacado las

columnas de pórfiro que adornaban su palacio, siendo así que solo daban esta piedra las canteras imperiales de las cercanías del mar Rojo, el propietario enojado respondió: En casa ajena se debe ser sordo y mudo. Por otra parte el uso exigia de los amigos que comprendieran al soberano entre sus herederos. Augusto adquirió de esta manera en los últimos veinte años de su vida hasta 1.400 millones de sestercios y él á su vez instituyó herederos de una parte de su fortuna á algunos amigos.

Hemos hablado ya de la influencia de la eleccion de los amigos de cada emperador sobre todo el sistema de su gobierno. Tácito dice que no hay instrumentos mas poderosos para la ejecucion de la voluntad de un buen príncipe. El biógrafo de emperadores Mario Máximo pretendia que para el estado era preferible ser gobernado por un emperador malvado, que no estuviese rodeado de amigos que por un emperador bueno, pero rodeado de amigos perversos: porque, dice, los buenos pueden ponerse de acuerdo para neutralizar los efectos de la maldad del señor, mientras que un hombre solo, aunque sea el soberano, nada puede contra la coalicion de muchos malvados. Alejandro Severo pasa por haber acertado en la eleccion de amigos á quienes el biógrafo de este príncipe cita á los emperadores como modelo.

Lo que los cortesanos ambicionaban como un

supremo honor parecia á los observadores filósofos y á las personas extrañas á la Corte un yugo insoportable, y les hacia considerar la condicion de amigo del emperador como la mas miserable que se pudiese imaginar, llena de cuidados y tormentos de toda especie. Su sueño no es tranquilo y desde que se levantan, tienen mil preocupaciones y emociones. Si no son invitados en la mesa imperial, esto les causa disgusto. Cuando son invitados á ella, comen como esclavos en casa de su señor y se observan contínuamente por miedo de decir ó hacer alguna torpeza. Y qué es lo que temen, ser castigados como los esclavos? No: temen exponer su cabeza apesar de estar encumbrados á la posicion que ambicionaron. Hasta en el baño, cuando se entregan á ejercicios corporales, su espirítu no está tranquilo. Y á mas de todo esto, este cargo trae consigo la obligacion de doblarse á todas las exigencias y caprichos del soberano.

Amenudo el emperador detestaba en el fondo de su corazon aquellos que se llamaban sus amigos, y la corte de Domiciano no fué la sola en que se vió palidecer el rostro de los grandes delante el siniestro augurio de la amistad de un señor omnipotente, ó, como dice Juvenal;

. . . . . Vocantur
Ergo in consilium proceres, quos oderat ille;
In quorum facie miserœ magnæque sedebat
Pallor amicitiœ.

El disgusto y la confianza del príncipe eran facilmente escitados allá donde la intriga y la calumnia trabajaban continuamente. Suetonio alaba la constancia de Augusto en sus amistades, haciendo observar que á pesar del entibiamiento de relaciones con algunos de sus amigos, ninguno, á escepcion de Salvidio Rufo y Cornelio Galo, cayó en completa desgracia, y todos conservaron hasta la muerte su poder y sus riquezas. No debia Suetonio descuidar entre los que habian caido en desgracia á Fabio Máximo que fué completamente olvidado por el príncipe. De todos los amigos de Tiberio, tan solo dos ó tres lograron conservar siempre su favor. Calígula no trató mejor á sus amigos y parientes. Lucano se vió arrastrado por la desgracia de Veron á la conspiracion de Pison. El grande Adriano no fué tampoco mas constante en sus amistades, pues tan pronto colmaba de beneficios á sus amigos como prestaba ávida atencion á las insinuaciones que contra ellos le dirigian. Hasta aquellos á quienes mas distinguia, se vieron tratados como enemigos y algunos acabaron su vida suicidándose ó en el suplicio. Era aterrador caer en desgracia del soberano. Los que eran excluidos de la familiaridad de que antes habian gozado, sentian esto tanto como si se les impusiera la mas horrible sentencia y se consideraba necesario ir al destierro para escapar á la cólera del principe.

En efecto aquellos que perdian su favor podian esperar mas funestos resultados. Habiendo Augusto prohibido á Galo la entrada en su palacio y la residencia en sus provincias, esta desgracia fué bien pronto seguida de la defeccion de todos los adherentes á este personaje é inmediatamente fué víctima de mil acusadores y el Senado se apresuró á proscribirle y á confiscarle sus bienes. Galo previno la ejecucion del decreto, suicidándose El consular Fabio Máximo, uno de los mas íntimos amigos de Augusto, reveló á su esposa un secreto importante, que él solo conocia; habiéndolo sabido el emperador, le manifestó su encono y el rumor público pronto calificó de voluntaria la muerte del desgraciado. Sexto Vestilio hombre de rango pretoriano, muy ligado con Druso el Anciano, habia sido recibido á este título entre los amigos de Tiberio. Cuando el emperador le escluyó de su sociedad el anciano con mano temblorosa probó de darse muerte; despues volviendo en sí, vendó sus heridas é imploró la gracia por escrito; pero pronto la negativa de Tiberio le sumió en la mayor desesperacion y se arrancó el vendaje.

Sin embargo á pesar de todos estos ejemplos, habia en la admósfera de la Corte algo que atraia á los que una vez eran admitidos en ella. Epicteto cuenta haber conocido un hombre anciano, invertido de las altas funciones de prefecto de las

provisiones de cereales que habia tenido que salir desterrado. Al volver á su patria, protestó de su firme resolucion de pasar retirado el poco tiempo que le quedaba de vida y habiéndole Epicteto predicho que cambiaria de idea no bien hubiera vuelto á respirar el aire de Roma, respondió: que me infamen si vuelvo á pisar los umbrales de palacio. Pero apenas volvió á la capital, un billete del emperador le hizo desistir de su resolucion y otra vez se sumergió en los abismos de la carrera de los empleos.

Sin embargo estos amigos nobles no perdian siempre en absoluto su posicion con la muerte del emperador: es probable que la conservasen ordinariamente en la nueva Corte, á menos que sus relaciones, con el difunto emperador no hubiesen sido completamente íntimas ó que se hubiese operado un cambio radical en los principios ó en el personal del gobierno. Por otra parte los humanos respetos y mil otras consideraciones obligaban al nuevo soberano ó tratar con todas las consideraciones á los amigos de su predecesor, y se consideró como un flagrante atentado contra esta costumbre los procedimientos de Domiciano y de Cómodo, que alejaron de la Corte y persiguieron, este á los amigos de Tito y el otro á los de su padre y de su propio hermano. Las revoluciones violentas arrastraban la caida de los amigos y mas sucedia esto en cuanto á estos les unian

con el último emperador mas estrechos lazos; pero hasta en estos casos habia ejemplos de haberse reintegrado en el nuevo reino. Uno de los mas fieles partidarios de Galba, el consul llamado Mario Celso fué admitido entre los mas íntimos confidentes de Othon, al cual este paso, bien calculado no solo le hizo constantemente un amigo seguro y desinteresado de uno de sus adversarios sino que le ganó las simpatías de toda la aristocracia. Nerva, tolerando en su Corte á los amigos de Domiciano, que se habian hecho detestar por todo el mundo, fué excesivamente dócil. Un dia en presencia de uno de ellos, llamado Fabricio Vejenton, de quien habla tambien Juvenal, la conversacion versó sobre otro personaje del tiempo de Domiciano y el emperador preguntó: ¿Qué le sucederia si viviese ahora? Nada, comeria con vos, repuso uno de los comensales.

Ya habemos mencionado el hecho de que algunas veces los amigos habian frecuentado ya desde su mas tierna infancia el palacio del emperador. Esto dependia, en parte de la costumbre de hacer educar en la corte los hijos de las mas altas familias, así como á los príncipes extrangeros. Este uso se habia generalizado tanto como en la corte de Pérsia. Augusto, como ya lo hemos hecho notar, acogió en su palacio al gramático Verrio Flaco con toda su escuela. Hizo educar á un gran número de hijos de reyes ex-

trangeros con sus nietos. Claudio habia introducido en sus comidas la costumbre de hacer comer á sus hijos con niños y niñas de las familias nobles, sentados en los piés de los adultos. Entre los que se educaron en la Corte debemos mencionar Tito, cuyo padre Vapasiano, habia ya subido mucho por el favor de Narciso. Camarada del jóven Británico recibió igual instruccion de los mismos maestros: los dos jóvenes eran tan íntimos amigos que se dice si Tito probó el licor de la copa que envenenó á Británico. A menudo las mas íntimas amistades comenzaron en la mas tierna edad.

El ceremonial.

La salutacion matutina.—Recepcion de los amigos, senadores y otras personas.—Recepciones en el palacio de las emperatrices.—Multitud que se agrupaba delante el palacio.—Hora de la recepcion matutina.—Servicio de guardia. —Visita de las personas admitidas en la recepcion.—Servicio de los ujieres de la corte.—El emperador y sus visitantes vestian toga. —Audiencias particulares.—Beso que daban los emperadores á sus amigos.—Cortesania de los emperadores para con los senadores. —Los festines públicos. —Número y condicion de las personas invitadas.—Invitaciones especiales para los senadores.—Extraordinario caso que se hacia del honor de una invitacion.—Actitud de los emperadores en le mesa.—Librea de los criados.—Los convidados asistian con toga. —Supresion temporal de los festines públicos.

El ceremonial

La salutación marcial.—Recepción de los amigos, acompañeros y otras personas.—
Recepciones en el palacio de las emperatrices.—Multitud que se agrupaba delante el palacio.—Hora de la recepción imperial.—Servicio de guardia.—Visita de las personas admitidas en la recepción.—
Servicio de los oficiales de la corte.—El emperador y sus visitantes vestidos toga.
—Audiencias particulares.—Deep que daban los emperadores á sus amigos.—
Costumbre de los emperadores para con los senadores.
—Los festines públicos.
—Número y condición de las personas invitadas.—Invitaciones especiales para los senadores.—Ceremonial seguido que se usaba del á mesa de una invitación.—Actitud de los emperadores en la mesa.—Libros de los eruditos.—Los convidados sentados con toga.
—Suspensión temporal de los festines públicos.

Un privilegio particular de los amigos, aunque tal vez solo de los de primera clase, era ser admitidos cada mañana á ofrecer sus respetos al emperador. Se duda si este recibia otras personas durante el dia. Los prefectos del pretorio y de la ciudad eran del círculo de amigos y además sus funciones mismas les llamaban al palacio imperial. Plinio el viejo, que, segun su sobrino, tenia la costumbre de pasar á casa Vespasiano antes de amanecer fué ciertamente amigo suyo. Esta prerogativa era al mismo tiempo un deber, que no se podia olvidar impunemente, sin la escusa de un impedimento mayor, aunque no todos los emperadores fuesen, como se comprende, igualmente rígidos respecto á esto. Fronton se alababa de poseer el afecto de su alumno Marco Cèsar, aunque no se sujetase á ir al palacio al despuntar el dia.

Se veia amenudo á los senadores presentarse al soberano, así que abandonaba el lecho, individualmente ó en corporacion, para saludar en su persona á la primera dignidad de su órden. Estas visitas eran sin ningun género de duda de regla en todas las ocasiones de cumplidos ó de fiesta solemne. Cuando en el año 63 Poppea dió á Neron una hija, en Accio, todo el Senado pasó allá para felicitarle. Tan solo Thraseo el jefe de la oposicion, no fué recibido: suportó esta afrenta, precursora de su inmediata ruina, con gran inmutabilidad Augusto que afectaba aun el respeto de las antiguas formas republicanas jamás sufrió que el senado pasara á visitarle los dias de sesion é iba á saludar á sus miembros en la curia y no permitia que se moviesen de sus asientos. Llegado á una edad mas avanzada, les rogó le dispensaran estas visitas. Tiberio, al principio de su reinado invitó á los senadores á que le visitaran en corporacion para evitarles el disgusto de encontrarse cogidos separadamente en la multitud. Parece que las mujeres y los hijos de las familias senatoriales eran tambien algunas veces presentados al emperador. Preténdese qne Augusto predijo al jóven Galba en una visita que este le hizo con otros niños de su edad, su futura elevacion al imperio. Entre las personas que se presentaban á las recepciones de Claudio menciónanse tambien mujeres y niños de los dos sexos.

Algunas veces los emperadores recibian despues de los miembros del Senado á los caballeros y de vez en cuando á las personas del orden tercero. En estas ocasiones se colocaban multitud de taburetes y el soberano se aplicaba á mostrarse galante.

Neron, por ejemplo, al principio de su reinado dió pruebas de una memoria sorprendente apostrofando por sus nombres á personas de toda posicion. Vespasiano, sobre todo fué extremadamente accesible. Durante todo el dia la puerta de palacio en los jardines de Salustia, donde moraba comunmente, permanecia abierta y todos podian presentarse al emperador. La recepcion general (*publica, promiscua salutatio*) parece que se fijó para los dias de fiesta. El aniversario del encumbramiento del soberano se instituyó probablemente dia festivo. En comprobacion de esto tenemos una carta en que Fronton da sus escusas á Antonino Pio por no haberle ofrecido sus respetos en aquel dia.

En el dia de las kalendas de Enero ó del año nuevo, sobre todo, la recepcion era muy solemne. El palacio se decoraba espléndidamente. Los emperadores recibian ofrendas (strenæ) que consistian á veces en dinero á las que respondian con otros regalos. Augusto empleó todo el dinero que en este concepto recibió en la compra de estátuas con que adornó todos los barrios de Roma. Tibe-

rio al principio de su reinado tenia la costumbre de responder á cada regalo con otro de un valor cuádruple. Pero importunado durante todo el mes de Enero por los que no habian podido llegar á él el dia de año nuevo tomó el partido de ausentarse de la ciudad aquel dia. Calígula por un edicto se declaró presto á aceptar ofrendas para llenar sus arcas. No se desdeñaba de recibir él mismo los regalos que una multitud de gente de todas condiciones venia á depositar en el vestíbulo de palacio. Claudio por otro edicto suprimió este abuso, pero no es probable que la costumbre de ofrecer regalos en esta ocasion se perdiera completamente.

Las emperatrices solo recibian alguna que otra vez en sesion solemne á un órden ó cuerpo del Estado. Solo se mencionan dos ó tres princesas que participasen realmente del gobierno ó que procurasen simular su participacion en él. Dion dice de Livia que despues del advenimiento de su hijo al poder elevó considerablemente sus pretensiones por encima de las de todas las mujeres que la habian precedido, de manera que recibia en toda ocasion al senado y á las personas de otra condicion que deseaban presentarse á ella y hacia insertar el boletin de estas visitas en las efemérides oficiales. Dice el mismo Dion que lo mismo acaeció con Agripina y Lulia Domna á quien su hijo Caracalla transfirió sus poderes en

su ausencia. En cuanto á la costumbre de que la mayor parte de la gente de alta posicion y especialmente las mujeres presentaran sus respetos á las emperatrices naturalmenta ha debido existir. Sin embargo, Alejandro Severo prohibió á las mujeres que daban mucho que hablar á la multitud que fueran á saludar á su madre y á su esposa.

Los dias de recepcion el vestíbulo de palacio estaba lleno de una multitud de condicion diferente que aguardaba á que el emperador se dignase recibirla. Es probable que este vestíbulo estuviera los demás dias tambien frecuentado. Filostrato en la *Vida de Apolonio de Tyana* compara esta multitud, reunida delante del palacio, á la que aguardaba delante las termas. A mas de las personas á quienes su posicion ó sus negocios les llamaban allá se veia discurrir delante del palacio del emperador mucha gente por el solo gusto de verle y saludarle ó para entregarle memoriales.

La recepcion tenia lugar en las primeras horas de la mañana que era la hora en que se hacian las visitas en Roma. Así algunas personas se presentaban al apuntar la aurora. Vespasiano recibió antes del amanecer á algunos íntimos amigos con los que desde la cama y mientras se vestia conversaba sobre los negocios públicos. Como los espectáculos comenzaban tambien á las primeras horas del dia, los emperadores, para evitar á las

personas que debian hablarles las molestias de un largo tránsito, pasaban la noche precedente y á veces durante algunas noches consecutivas á la casa de algun liberto próxima al teatro de los juegos ó, como Adriano, aquellos dias determinaban no dar audiencia.

En el palacio habia una cohorte de mil pretorianos que daban la guardia y sin duda alguna constantemente habia en la puerta uno de centinela. Dion Casio ha creido de su deber mencionar que en la puerta del palacio de Vespasiano jamás se vió soldado ninguno. Este ejemplo fué imitado por mas de uno de sus sucesores. Existia tambien una guardia de germanos afecta al servicio de la familia imperial.

A veces se registraba á los que pedian audiencia para cerciorarse de que no llevaban armas escondidas. Augusto usó de este proceder hasta contra algunos senadores cuando para purificar un poco el senado eliminó algunos de sus miembros. El pusilánime Claudio hizo mas riguroso este registro. Con gran trabajo se logró que las mujeres y los niños que deseaban verle no fuesen registrados y que los acompañantes ó secretarios de las personas recibidas pudiesen guardar en sus estuches los lápices de que se servian para escribir. Es verdad que en una grande recepcion se encontró un puñal á un caballero. Las personas á quienes Claudio queria favorecer con el

libre acceso recibian un anillo de oro con su efigie.

En el interior del palacio una seccion de la servidumbre imperial tenia el encargo de velar por la conservacion del órden y anunciaba á los visitantes. A esta especie de ujieres se les llamaba *admissionales*.

Las dificultades y formalidades de la admision variaron mucho naturalmente. Plinio el jóven hace resaltar el contraste de las recepciones de Trajano con las de su predecesor. «Aquí, dice, no hay cerrojos ni vejaciones; no sucede como antes que el que lograba franquear cien puertas se encontraba con que debia pasar otras cien. Delante y detrás siempre vereis el mayor silencio: todo se hace sin ruido y con los mayores miramientos.» En la época en que la pompa oriental lo invadió todo, Alejandro Severo daba audiencia como un simple senador. Las mamparas del gabinete imperial estaban abiertas.

El emperador lo mismo que los que le visitaban usaba toga y esta costumbre se mantuvo en Roma mucho mas allá del segundo siglo de nuestra era. Marco Antonio y Alejandro Severo llevaban la toga hasta cuando estaban en otras villas de Italia. Delante los amigos tan solo el emperador usaba la túnica, trage que se consideraba de confianza.

Neron fué tachado de grosero porqué recibió á

los senadores vestido con una túnica adornada de flores y con un pañuelo de muselina al cuello. Hasta en estas cosas dicen que se burlaba de la tradicion, al punto de aparecer en público con túnicas flotantes sin ceñir.

Los amigos de la primera clase durante la república eran recibidos individualmente, en audiencia particular, pero ignoramos lo que el imperio conservó de esta costumbre. Los datos que tenemos nos dicen que se abusó de estas audiencias particulares para propagar noticias. Asi Alejandro Severo no era visible sin testigos mas que por un prefecto, Ulpiano, y recibia colectivamente á los otros amigos de su casa.

Los amigos, ó por lo menos los de la primera clase eran recibidos con un beso, forma de salutacion ordinaria entre iguales, por lo menos desde el principio del imperio. Se interpretó como una altanería que Tiberio al partir para Rodas no abrazase al despedirse de las personas que le acompañaban sino á muy pocas.

Esta costumbre del beso tenia un precedente en las costumbres de la corte de Persia, donde era un privilegio de los parientes poder abrazar al rey, y esta costumbre, como otras muchas, se generalizó en Macedonia por Alejandro el Grande. Pero en la corte imperial de Roma se exageró esto permitiendo igualmente á diez miembros del órden senatorial poder dar al emperador el

beso matutinal. En la relacion que nos ha dejado Plinio el jóven de la entrada de Trajano en Roma como emperador, dice el panegirista. Todo el mundo se mostró satisfecho al veros recibir al senado con un beso, lo mismo que con un beso los despedísteis al salir de Roma; tambien os admiran porque en todo sabeis distinguir á los personajes que son el orgullo del órden ecuestre, llamándolos por sus nombres, sin necesidad de que nadie venga en ausilio de vuestra memoria; tambien los halagais al saludar á vuestros clientes con vuestra amabilidad característica. Las diferentes maneras como el emperador saludaba á las tres órdenes se aplicaban tambien á las recepciones de la corte. La manera con que uno de los mas serviles aduladores de Tiberio se esfuerza en justificar las decisiones del emperador respecto á este ceremonial demuestra cuanto chocó con el caracter de los romanos. Calígula abrazaba á pocos, pues hasta para los senadores se limitaba á tenderles la mano para que la besasen. Así los que recibian un beso lo consideraban como una merced que debian agradecer toda su vida por mas que cotidianamente se le viese abrazar á los pantomimos. La costumbre de este loco era no solamente hacerse besar los piés, sino que se hacia adorar y rendir homenaje á estilo oriental. Claudio prohibió estas demostraciones por demasiado serviles, pero parece que Domiciano las exi-

gió nuevamente. Plinio el viejo cuenta que en la mitad del reinado de Claudio se propagó en Roma una especie de lepra contagiosa, y atacó á tanta gente que nadie abrazaba á otro sin temor. El primer emperador que se hizo adorar como los reyes de Persia fué Heliogábalo. Alejandro Severo abolió esta moda servil, pero despues de su muerte los homenajes de este género se fueron generalizando. Neron manifestó su ódio al senado cuando su marcha y su llegada de Grecia no abrazando á ningun senador y no respondiendo á sus salutaciones. Esta violacion de la costumbre chocaba tanto mas en cuanto la cortesía del emperador hácia los miembros del primer órden tenia entonces menos importancia y se habia hecho muy general.

Así hasta en la corta entrevista que Domiciano tuvo con Agrícola á su vuelta de Bretaña el emperador por más que le hizo la más fria recepcion y ni siquiera se dignara conversar con él, creyó sin embargo deber abrazarle.

Era sin duda el rango de las personas lo que decidia el órden en el cual recibian el abrazo del príncipe. Marco Aurelio para distinguir á Junio Rústico, con quien le unian íntimas relaciones y á quién elevó dos veces al consulado, le abrazó delante el gobernador militar de Roma que tenia en aquella época la prerogativa de recibir el primer abrazo.

Sin embargo es pocomenos que imposible el que todos los que acudian á las recepciones recibieran el beso del soberano. Fronton cuenta que su augusto discípulo, Lucio Vero, le recibió primero en su cuarto de dormir, á fin de poder abrazarle sin dispertar celos, y se extiende en consideraciones sobre el derecho que tenia á ello.

En general los emperadores procuraban en las grandes recepciones distinguir al primer órden con testimonios de una gran cortesía. El desden con que algunos lo trataron, fué vivamente sentido. César recibiendo sentado al Senado que le traia en corporacion decretos que aumentaban sus honores, se concitó un rencor implacable. Augusto y Tiberio se mostraron más corteses: este último llevó su cortesanía hasta las formas más respetuosas. Los únicos emperadores que en los dos primeros siglos mostraron aversion al Senado; hasta en su actitud exterior fueron despues de Calígula y Neron, Domiciano y Cómodo.

Plínio el jóven describe el contraste de la manera de recibir de Trajano y Domiciano: aquel recibió siempre con la mayor afabilidad á sus visitantes, mientras que al visitar al último todo el mundo temblaba.

Antonino Pio tenia la costumbre en su vejez de tomar un bocado de pan antes que abandonar á los visitantes. Pértinax fué igualmente muy afable. Alejandro Severo invitaba á los senadores á

sentarse. Caracalla al contrario hizo esperar muchas veces al senado durante todo el dia delante su palacio sin dignarse recibirlo. La costumbre de Heliogábalo de recibirlo en la cama fué criticada.

Independientemente de las audiencias públicas y de los grandes banquetes ofrecidos al pueblo entero en el circo, en el teatro ó en otras partes los emperadores daban tambien y hasta con alguna frecuencia festines públicos en su casa, de los cuales participaban gran número de comensales. Julio César, Augusto, Claudio, Vespasiano, y Domiciano los daban frecuentemente. En el palacio de Claudio á veces se reunian seiscientas personas, pero Alejando Severo se cuidaba poco de estos enormes banquetes, que le producian, segun decia, gran atontamiento.

En estos banquetes, no sólo se invitaba á los senadores y caballeros; sino hasta á las personas de tercer órden. Augusto, que era muy mirado en la eleccion de las personas y se fijaba mucho en su cualidad, no admitió jamás á otro liberto que á Menas, y á este tan sólo cuando le fué conferido el derecho de ingenuidad. Sin embargo reconoce

haber invitado á algunos que le habian servido de ordenanzas. No porque Augusto excluyera á los libertos de su mesa hemos de creer que otro tanto hicieran los otros emperadores, y esto se explica perfectamente dada la mayor importancia que aquellos adquirieron. Los emperadores no sólo daban banquetes á los senadores y caballeros en colectividad, si que tambien algunas veces comian con ellos particularmente. En el palacio de Othon, en los primeros dias de su reinado comieron juntos ochenta senadores, algunos de los cuales habian asistido con sus mujeres. En general las damas de este órden asistian frecuentemente á estos banquetes. Pértinax invitó á su mesa desde el dia de su advenimiento al trono, á los magistrados y primeras dignidades del Senado.

Los más altos personajes tenian á mucho honor ser invitados á la mesa imperial. Sin embargo, Vespasiano, que más tarde fué emperador, dando á Calígula, en pleno Senado, las gracias por esta invitacion, llevó su humildad á un grado que no sentaba bien en un hombre de su rango. Esta distincion se exaltaba más en las personas de condicion más baja. Así Marcial declara que si debiese elegir entre una invitacion á la mesa de Domiciano y otra de Júpiter no titubearía en responder, áun cuando el cielo estuviese más próximo que el palacio del emperador. Estacio

cuya posicion social parece haber sido aun más humilde, debió una de estas invitaciones á su celebridad como poeta, habiendo ya sido coronado como á tal por Domiciano.

En una sociedad tan compleja como era la que se reunia en estos banquetes, forzosamente debian tener lugar incidentes enojosos. En la mesa de Claudio, un convidado de rango pretoriano fué sospechado de haber robado una copa de oro: al siguiente se le volvió á invitar, pero se colocó delante de él una copa de barro. Los cumplidos de los emperadores con sus huéspedes, diferian naturalmente segun su cárácter. Augusto trataba á los suyos con gran amistad, los invitaba á tomar parte en la conversacion, cuando permanecian callados ó hablaban en voz baja. A menudo no aparecia hasta haber comenzado el banquete y se marchaba antes de acabarse, sin sufrir que sus huéspedes se moviesen. Tambien son alabados por su encanto más bien que por su suntuosidad, los festines de Tito. Sobre los de Domiciano tenemos dos versiones completamente opuestas: la una de Estacio, quien por haberle invitado el emperador se deshace en elogios de sus banquetes; la otra de Tito Livio que desahoga su mal humor y su descontento por lo que los senadores debian sufrir en ellos.

En la mesa de Augusto se servian solamente de tres á seis principios. En la de Tiberio era aun

menor el número de platos. En los festines públicos dados por Vespasiano, que era tan frugal en las comidas, se servian los manjares más delicados, pues habia tomado á empeño hacer florecer el comercio de comestibles. Alejandro Severo tomó por regla la mayor sencillez en todas sus comidas. Pértinax puso límites á la extremada prodigalidad desplegada por Cómodo en los festines imperiales. En cuanto á la costumbre de los particulares de tratar diferentemente á los convidados segun su categoría parece que jamás fué observada en la mesa del emperador.

La toga ó vestido de etiqueta era el traje que usaban los convidados de la tarde. Por lo ménos esta fué la costumbre hasta el principio del siglo tercero, y segun todas las probabilidades tardó áun mucho en caer. Sin embargo, es posible que los convidados, una vez en la mesa, si el emperador les daba ejemplo, se quitasen la toga para estar con más libertad. Hay motivos para creer que los magistrados se presentaban á la mesa imperial revestidos de sus insignias.

Bien que la manera de tratar á los convidados en la mesa imperial á poca diferencia debia ser la misma que en la mesa de los grandes, habia, sin embargo, en la vajilla, el decorado y el servicio, diferencias que poco á poco tomaron un carácter fijo. Sobre este punto sólo tenemos datos aislados y fortuitos. Marco Aurelio para cubrir los

gastos de la guerra contra los Marcomanes organizó una gran almoneda de muchos de los objetos preciosos del menaje imperial, incluyendo copas de oro, de cristal y de porcelana de la llamada *murra*. Estas almonedas eran frecuentes. Durante los reinados de Calígula, Nerva, Trajano y Antonino Pio hubo algunas. El uso de vajilla de oro en la mesa en particular parece haber sido un privilegio imperial. Tiberio habia prohibido á los particulares que se sirviesen de ella á no ser en los sacrificios del culto. Aureliano dió expreso permiso á quien lo deseaba para que pudiese servirse de ella. Tambien se vió alguna distincion en la librea que usaban los criados del emperador. Domiciano tomó á mal que el yerno de su hermano vistiese de blanco á sus criados y expresó por ello su descontento. Se cita que Aureliano cuando subió al sólio imperial no cambió la librea de sus criados. Parece que en lo que más se distinguian los cria los del emperador era en el mucho oro que lucian en sus libreas. Alejandro Severo que en todos sus actos demostró su amor á la sencillez, no quiso que sus criados apareciesen en público ni en los grandes festines con vestidos bordados de oro y tampoco usó vajillas de oro. Pero en esto su reinado, como el de Marco Aurelio, forma una escepcion.

Las mujeres.

Infancia y educacion de las mujeres.—Música y baile.
—Las jóvenes se casan apenas
han cumplido doce años.—Desposorios.—Las
jóvenes pasan sin ninguna transicion de la condicion de
niñas al mundo real.—
Las mujeres en el interior de la casa.
—Procuradores.—
Posicion de las mujeres en la sociedad.—Distinciones
exteriores para con ellas.—Impresiones
y nuevas perspectivas de la
mujer casada.—Descripcion de las disolutas costumbres
de las mujeres,
hecha por autores contemporáneos.—
Frecuencia de los divorcios.—Influencia de la esclavitud
en la violacion de la fidelidad conyugal.—Otras
influencias corruptoras.—Espectáculos.—Relaciones
con los hombres en el teatro.—
Influencia de los espectáculos. —Relaciones de las mujeres
con los artistas.— Festines.— Presencia
de las mujeres en los lugares públicos.—Uso de las
literas. — Extravagancias. — Ambicion de las
mujeres.—Su participacion en la
política.—Mujeres que cultivan la literatura, la
filosofía y las matemáticas.—
Parte que tomaban las mujeres en los movimientos
religiosos.—
Cultos de Oriente.—Adoracion de Isis.—
Judaismo.—Cristianismo.—
Supersticiones.—Astrología.— Mágia.--Papel que
desempeñó esta en el siglo segundo.--
Virtudes de las mujeres.--Ejemplos de heroismo que
ofrecieron.--La primera
Arria y la segunda.--Epitafios de las mujeres
de condicion media ó inferior.

Si la pintura de las costumbres y relaciones sociales de esta época ha tenido que ser tanto más defectuosa en cuanto para fijar los rasgos de la composicion solo se han tenido datos fortuitos, incoherentes, y que no presentaban á menudo las cosas sino bajo un solo aspecto, esta observacion se aplica aún más en lo que hace referencia á las mujeres, siendo esta parte de nuestro libro la más difícil de dar á conocer. En efecto, la mayor parte de las reseñas que sobre ellas tenemos solo hacen referencia á las mujeres de condicion superior.

Las jóvenes romanas no permanecian solteras largo tiempo; apénas salidas de la infancia se las prometia y casaba. Los votos y los cuidados de las madres, de los allegados, de las ayas y de las niñeras, las múltiples supersticiones anexas á todos los momentos críticos de esta edad, todas las preocupaciones y manifestaciones de una

tierna solicitud no estallaban en aquel tiempo con menos fuerza que en nuestros dias. La madre dirigia á la divinidad las más fervorosas oraciones para que concediera á sus hijas la belleza que es uno de los más preciosos dones. Se ponian al cuello de los niños dientes de caballo y de jabalí para facilitar la denticion y se recurria á toda clase de medios, como al uso de innumerables amuletos, contra el hechizo por imprecaciones ó miradas. Cuando la niña estaba cansada del globo ó de la muñeca se sentaba á los piés de su aya, la que no tardaba en fascinarla con algun cuento que empezaba siempre con la tradicional frase: «En otro tiempo hubo un rey y una reina.» Pero no es sólo con esta conformidad en su principio que los cuentos antiguos se asemejaban á los que aun explicamos á nuestros hijos; tambien en ellos se veia la predisposicion á transportar la imaginacion infantil á la region de lo fantástico y en ellos brillaban tambien los más vivos colores. Entre las heroinas de los cuentos jamás faltaba la hija del rey que era de una inexplicable belleza. Tambien era en ellos la menor de las tres princesas: la víctima de la envidia y de los lazos que la tendia las otras dos que eran menos bellas, y acababa por casarse con el más hermoso pretendiente, mientras las otras hermanas espiaban sus infamias con una muerte espantosa.

Todos conocemos como sufren los corazones de

los niños en el momento en que la hija del rey se ve obligada á llevar á cabo las tres cosas que se la mandan hacer y como se alegran cuando por intervencion de séres sobrenaturales puede ella cumplir con cada una. Su malvada dueña obligándola á tener separadas al anochecer las malas semillas de un enorme monton de trigo destinado á la siembra, y las hormigas haciendo su trabajo. Las cañas de la orilla del rio le dan medio de procurarse la dorada vedija de las ovejas silvestres, y el águila va á sacar por ella el agua maravillosa guardada por dragones.

A medida que avanzaban en edad era preciso pensar en su instruccion. Las niñas aprendian las labores propias de su sexo y especialmente de hilar y tejer; porque en aquella época los vestidos para el uso de la familia eran confeccionados con ayuda de la dueña de la casa ó por lo menos bajo su direccion en todas partes donde se respetaban los antiguos usos y las buenas costumbres.

Se sabe por Suetonio, que las hijas y las nietas de Augusto tejian é hilaban, y que este emperador no acostumbraba á llevar otros vestidos que los salidos de sus manos ó hechos por su esposa ó su hermana. Si en la clase media de aquella época las libertas que habian recibido una educacion distinguida se dedicaban á estos trabajos domésticos se puede admitir que las mujeres que cuidaban de su ajuar hacian lo propio. Si por

otra parte ya Columela se queja del descuido y pereza de la mayor parte de las mujeres, demasiado entregadas á sus placeres, para vigilar lo que se hila y se teje en su casa, se deduce que estos cuidados domésticos por más que se tuviesen abandonados, se contaban entre las obligaciones de la mujer. Los epitafios nos lo testifican hasta los últimos tiempos del imperio. Se han encontrado tambien sepulturas de mujeres con un telar grabado en la losa.

En cuanto á la instruccion necesaria á la cultura del espíritu, las jóvenes de las clases superiores la recibian sin duda en su casa, en el seno de la misma familia, y la gente de mediana condicion enviaba sus hijos á la escuela, donde el magister los tenia sujetos á una rigurosa disciplina. En ellas se enseñaba preferentemente los modelos de las dos literaturas de la época y las obras de los poetas.

Amenudo las madres leian con sus hijos á Homero y Virgilio; pero preferentemente se encargaba á los preceptores la educacion de los muchachos y de las niñas apesar del peligro que podia resultar de las relaciones de los maestros con sus alumnas, peligro de que Suetonio cita un ejemplo referente á una mujer casada. La educacion musical y el perfeccionamiento en el baile era una de las cosas en que mas se aplicaban los romanos.

Discant cantare puellæ.

Dice Ovidio en el *Arte de amar* y si mas adelante añade:

Quis dubitet quin scire velim saltare puellam.

no lo dice unicamente por las libertas, porque el baile era considerado en Roma como un complemento de la educacion no menos indispensable que los demás. Bien que hubiera tambien hombres dedicados á la música y al baile.

. . . . . Paulo et Salomone relicto
Quod Maro cantatur Phœnissœ et Naso Corinnæ
Quod plausum accipiunt lyra Flacci aut Scena Terenti,
Nos horum, nos causa sumus.

era especialmente en las mujeres que era considerada la disposicion para las mismas. El arte del baile consistia sobre todo en un balance cadenciado del pecho y de los brazos, y si los bailes nacionales, que han generalmente conservado este carácter, no es lo que menos contribuye á dar á las romanas de nuestros dias en su porte y en su andar la gracia que tanto las distingue ¿hemos de extrañar que otro tanto sucediera en los tiempos antiguos? La nobleza y el andar era una de las cualidades que mas estimaban las mu-

jeres. Ovidio no ha sido el único que lo haya dicho en estos versos.

Est et in incessu pars non temnenda decoris,

En un epitafio del tiempo de la república se alaba á una mujer de haber sido «sermone lepido, tum autem incessu commodo.» A mas del canto se enseñaba á las jóvenes á tocar instrumentos de cuerda, algunos de los cuales eran reprobados por jueces mas severos porque enervaban las fuerzas, ó porque sobrecitaban demasiado, lo mismo que ciertas danzas griegas. Algudas eran llamadas algunas veces á mostrar en público sus talentos de cantatrices. En los solemnes dias de oracion, ó en las fiestas religiosas marchaban al frente de la procesion de tres en tres nueve vírgenes romanas de las familias mas distinguidas entonando himnos á las divinidades. En las exequias de Augusto, les melodias fúnebres debian ser cantadas por niños y niñas de las mas principales familias romanas. Horacio en una de sus odas, se muestra esperanzado de que mas de una mujer se acordará algun dia del tiempo en que, niña aun, aprendia y repetia sus himnos. Parece que era tambien bastante general encontrar mujeres que supiesen armonizar los textos de los poetas y cantarlos acompañadas del laud, talento que Plinio el jóven cree poder

atribuir á su esposa no menos que Estacio á su nuera.

En medio de tales ocupaciones y entretenimientos la niña iba creciendo hasta llegar á la edad de contraer matrimonio en la que parecia que los padres debian desplegar toda su solicitud para asegurar el porvenir de su hija con un felíz enlace. Las jóvenes llegaban á la mayor edad para casarse así que habian cumplido doce años y se puede admitir que se casaban entre los trece y diez y seis y que raras veces llegaban solteras á los diez y siete. Esto testiguan una multitud de inscripciones paganas y cristianas de dicha época. Parece que lo mismo acontecia en Grecia y en el Asia helénica y que las jóvenes se casaban ántes aun en Egipto y en Africa y que sucedia lo contrario en las provincias del Norte y del Nor-Oeste del imperio. En Italia alguna que otra vez las muchachas se casaban antes de cumplir los doce años, pero la ley no las consideraba esposas legítimas hasta que cumplian esta edad. Así Octavia, hija de Claudio y de Mesalina, estando en sus veinte años cuando pereció asesinada en el año 62 de nuestra era solo tenia siete años cuando la prometieron y once cuando la dieron en matrimonio á Neron que tenia entonces diez y seis años. Cuando una mujer llegaba á los veinte años sin tener hijos estaba sujeta á las penas que impuso Augusto contra el celibato y la falta

de sucesion. Cumplidos ya los diez y nueve años habian llegado las mujeres al último límite para contraer matrimonio en condicion normal. Las inscripciones, ya mas raras, que acusan en las mujeres, en la época de su himeneo, un número mayor de años, á mas de ser fácil hagan referencia á viudas, se refieren en general á jóvenes de las clases baja ó media, las que por falta de dote ó por su indigencia no se encontraban en condicion de contraer matrimonio.

En esta cuestion la voluntad de los padres era sin duda soberana y de un peso decisivo, aunque era preciso el consentimiento de la hija para prometerla y casarla. La inesperiencia de la edad, hecha abstraccion del modo de intervencion tan imperativo del poder paterno, no permite dudar pasara de otro modo. La conclusion de un matrimonio muchas veces no dependia sino del mútuo acuerdo de las dos familias. Una carta de Plinio el Joven dá algunos datos sobre las condiciones que las familias nobles buscaban más en el yerno. Su amigo Junio Maurico le habia rogado le presentara un marido para la hija de su hermano Aruleno Rústico. Plinio designa á uno de sus amigos, más jóven que él, llamado Minucio Aciliano, que no tenia menos de treinta años, pues ya habia llenado las funciones de pretor. Habia nacido en Brescia, ciudad de la alta Italia donde se conservaban aun las costubres de la antigüe-

dad. Su padre era considerado como una notabilidad del órden ecuestre; su abuela era una mujer de una profunda autoridad, su tio, hombre escelente; en una palabra, en toda la familia de Maurico no habia ni un solo miembro que pudiese ofuscarle. El recomendado segun el retrato que de él hace Plinio era hombre inmensamente activo, de grande energía y de una ejemplar modestia. Era de arrogante figura, un esterior sumamente agradable, la tez fresca y rosada, maneras señoriales y aire muy distinguido. Son, continua el autor de la carta, cualidades que no se deben desdeñar porque constituyen el premio debido á la castidad de una jóven. No se si debo añadir que su padre posee una fortuna importante, porque tratándose solo de la persona á quien propongo por yerno creo deber callar sobre este punto; pero cuando considero el estado de las costumbres y de nuestras instituciones políticas, así como la inmensa importancia que se dá á las riquezas, paréceme oportuno no descuidar esta condicion. Es que, en efecto, cuando se piensa en los hijos que vendrán y sobre todo si la sucesion es numerosa, necesario es atender á la riqueza en la eleccion del esposo». Amás, antes que Plinio, Horacio habia dicho:

Scilicet uxorem cum dote fidemque et amicos
Et genus et formam regina pecunia donat.

Juvenal habia ya esclamado:

Quis gener hic placuit censu minor atque puellæ
Sarcinulis impar!.....

Su época no fué otra cosa que la edad de oro del sentimiento.

Amenudo las niñas eran prometidas ya desde edad muy tierna. Vipsania Agripina, hija de Agrippa y de Pomponia, fué desde sus más tiernos años prometida á Tiberio. Una de las hijas de Sejano, condenada á muerte despues de la caida de su padre, habia sido prometida á un hijo de Claudio, llamado Druso, que murió pocos dias despues, ahogado por una pera. Claudio que habia prometido primeramente su hija Octavia, mencionada ya, á L. Silano, la prometió á Neron en el año 49. El matrimonio, sin embargo se dejó para más adelante cuando Nerón tuviese diez y seis años. Todo se negociaba por vía de intermediarios. La lengua latina no posee palabra para pedir á una jóven en matrimonio. Los jóvenes aspirantes ó los que por ellos intercedian, jamás se dirigian á la jóven y sí á sus padres ó tutores. Sabemos que los desposorios se celebraban con grandes fiestas, pero por esto nada se cambiaba en las relaciones entre los amantes y no les prestaban ocasion de conocerse más á fondo.

Las ideas de la época no colocaban á los pro-

metidos en una condicion aparte. Ni los romanos, ni los griegos jamás han mostrado el sentimiento, tan vivamente espresado en las costumbres germánicas, que dá á la novia una especie de aureola, en consagracion del cambio de estado de la virgen, llamada á pasar de esta condicion á la de esposa. Entre otros regalos de actualidad, el novio hacia presente á su futura esposa, en testimonio de fidelidad, de una sencilla sortija de hierro sin el adorno de piedras preciosas, sin que jamás recibiera él en cambio sortija ninguna.

Y no era la jóven la prometida; más bien debiéramos dar este nombre á las personas bajo cuya tutela vivia.

Al aproximarse el dia de los esponsales todos los de la casa estaban ocupados en comprar alhajas y adornos nupciales, en el ajuar y en la eleccion y confeccion de ropas para los criados y doncellas que debian acompañar en su nuevo estado á la novia. Plinio el jóven menciona entre los objetos que debe regalar el padre, la guardaropa, las perlas y las pedrerías. El mismo, con motivo del matrimonio de una hija de Quintiliano le envia 50.000 sestercios, para que, dice, su atavio y su servidumbre respondan á la condicion del marido. Las jóvenes daban el adios á su pasado ofreciendo sus muñecas y otros juguetes á las divinidades que habian protegido su infancia.

Llegaba por fin el dia en que la madre se en-

cargaba de ataviar á su hija para la ceremonia nupcial. La parte principal del adorno de boda consistia en una pieza de tela color de fuego y de forma cuadrada que ponian sobre su cabeza y caia á los dos lados del cuello de manera que solo dejaba ver el rostro de la desposada.

Desde el amanecer las casas de las novias se llenaban de amigos, parientes y clientes, que servian al mismo tiempo de testigos en el acto de firmar el contrato de matrimonio. Eran necesarios entonces diez testigos. Las dos casas estaban expléndidamente iluminadas, y el atrio sobre todo, en el cual abrian los armarios que encerraban los retratos de los antepasados y que se adornaban con tapices, coronas y rama verde. Una dama, encargada de acompañar á la novia, enlazaba las manos de la pareja, que se aproximaba entonces al altar para ofrecer sacrificios á los dioses, á los cuales tambien se sacrificaba en los templos. Las calles por donde debia pasar la comitiva nupcial estaban atestadas de gente. Parece que algunas veces se levantaban tribunas para mayor comodidad. Antiguamente se esperaba para conducir la novia á la casa de su esposo á que la estrella del dia apareciera en el firmamento. Esta costumbre se habia perdido, pero aun se conservaba la de acompañar á la novia con hachas al domicilio conyugal. Podemos igualmente creer qne las casas del tránsito se ilumina-

ban tambien. El sonido de las flautas se mezclaba á los cantos de alegría. Se levantaba á la novia en triunfo al pisar el umbral de su nueva casa, y á no ser que la comida de nupcias se hubiese ya servido en la casa de sus padres, la fiesta se terminaba con un festin en la de su esposo al lado de quien se sentaba. Augusto intentó moderar por medio de una ley el lujo de estos banquetes. Esta ley prescribia que los gastos de nupcias y banquete no podian esceder de 1000 sertercios, suma tan exigua que se cree que jamás llegó á observarse dicha ley. Los gastos de este festin, hecha abstraccion de lo que se destinaba á regalar á la multitud y á dádivas en dinero á los clientes, se aumentaban aun con la costumbre de ofrecer á los convidados regalos de plata en agradecimiento á haber honrado la casa con su presencia, costumbre que, segun todas las probabilidades, existia ya en el segundo siglo de nuestra era. Los novios que querian ahorrarse el enojo de estas brillantes fiestas y el gasto consiguiente, celebraban su matrimonio en el retiro de una mansion campestre, la que les dispensaba despues de asistir á los numerosos convites con que agobiaban sus amigos á los recien casados. Lo que Apuleo cuenta de su matrimonio era sin duda la imágen de lo que en casos parecidos se practicaba en Roma.

La entrada en el matrimonio, dada la gran ju-

ventud de las mujeres, debia en general ser para ellas un gran salto de una condicion de absoluta dependencia á la de una libertad ilimitada, una súbita é inmensa extension del horizonte de su existencia. En efecto, podemos admitir, cuando no por otra cosa, por la analogía con lo que hoy se practica en los países del Mediodía, que en Roma se tenia á las doncellas en la más rigurosa tutela. Hay sobre esto algunos testimonios positivos. Por otra parte es cierto que Marcial menciona la presencia de una muchacha en un festin y Ovidio, en sus *Tristes* dice, á propósito de las representaciones escénicas y hasta de los mimos:

> Nubilis hos virgo, matronaque virgue picerque
> Spectatus et e magna parte senatus adest.

Pero hemos de creer que no era costumbre llevar las jóvenes al teatro.

No hace mucho tiempo aun, encerradas en el estrecho espacio de una cámara, las hijas de las nobles casas se veian así de repente transportadas á un mundo de goces sin límites y todo lleno de maravillas, esplendores y atractivos. Tradicionalmente el traje y las costumbres no las excluian de esta variedad infinita de placeres y diversiones que les ofrecia incesante y profusamente este mundo nuevo para ellas y no las protegian tampoco contra los peligros y tentaciones que éste encerraba.

En la familia tenian las mujeres la más absoluta independencia. El derecho antiguo que habia conferido al jefe de la casa el más omnímodo poder sobre todos los suyos, habiéndose abandonado poco á poco con el trascurso de los siglos y por fin descuidado completamente, la ley habia completado la emancipacion de las mujeres atribuyéndolas la propiedad de sus dotes. En lo que se llamaba matrimonio libre, que bajo el imperio pasó á ser la forma ordinaria de matrimonio, la dote se reunia á la fortuna del marido, cuyos derechos se restringian por esta circunstancia; la mujer conservaba la propiedad de todos sus otros bienes, así muebles como inmuebles de los cuales el marido no tenia ni siquiera el usufructo.

Así se abusaba de una manera extraña de la inviolabilidad de estos bienes en los casos de bancarrota fraudulenta. Cuando el marido, suspendiendo sus pagos, habia dispuesto del resto de su propia fortuna en favor de su mujer, antes de haberse declarado insolvente, los acreedores perdian todo derecho sobre estos bienes.

Muchas veces las mujeres ricas tenian un encargado de negocios ó procurador que hasta cierto punto era muchas veces su confidente. Por lo menos así nos lo atestiguan ciertas inscripciones. Se ha encontrado una erigida en Sestino (Umbría) por un tal Petronio Justo á una dama llamada Paulina. Otra del gramático Pudent, procurador

de Lépida, la que prometida primero de L. César, fué despues esposa de Sulpicio Quirino y fué más tarde ejecutada en el año 20. Esta inscripcion es muy original.

Estos amigos y servidores de las damas, «absurdos é insípidos,» entre los hombres, pero «astutos y perfectos jurisconsultos cerca las mujeres, eran ya asunto de chanza en los tiempos de Ciceron. Estas relaciones eran sumamente peligrosas cuando el elegido, jóven y gallardo mancebo, desempeñaba cerca la dama el papel de confidente. En un romancerillo de la escuela de los retóricos ya se hace mencion de los galantes procuradores. El tipo del procurador rizado aparece en la misma época entre el personal de las damas romanas y para quien los maridos debian mostrar toda clase de miramientos. Este personaje forma ya para siempre entre los familiares de las mujeres ricas hasta los últimos tiempos del imperio. «Quien es, pregunta Marcial á un marido en estremo complaciente, este jovencito rizado, que no se aparta del lado de vuestra esposa, que continuamente tiene algo que murmurarle al oido y que siempre apoya el brazo en su asiento? Que se ocupa de los asuntos de vuestra esposa, me respondeis; ah, en los vuestros se entromete, marido cándido y bonachon.»

Es natural que gozando de una posicion tan independiente las mujeres debian empuñar mu-

chas veces las riendas del gobierno de la casa y á dominar á su esposo de una manera absoluta. Horacio, en su descripcion de las costumbres primitivas de los Scitas, hace notar, como á rasgo característico, que en este pueblo por más ricas que fuesen las mujeres jamás llegaban á dominar al marido.» Me preguntais, dice Marcial, porque no quiero casarme con una mujer rica? Es que no tengo ganas de venir á ser el más humilde servidor de mi propia mujer.» Juvenal tampoco encuentra nada más insoportable que una mujer rica. Parece que los matrimonios que se efectuaban entre hombres sin fortuna y sin vergüenza con mujeres ricas no eran raros; eran un medio de eludir las leyes establecidas contra el celibato y de gozar, prescindiendo de las miras sociales, de una libertad mucho mayor. Digamos de paso que entre los griegos y entre los romanos el pantufio era el símbolo de la dominacion de la mujer sobre el marido.

La posicion de las romanas en la sociedad no era menos independiente que en el interior de la casa. Ni aun en los tiempos antiguos baj o la república se vieron jamás sujetas al mismo freno que las griegas casadas, cuya mayor ambicion consistia en que su nombre fuese poco traido entre los hombres y que consideraban el umbral de su casa ccmo una barrerra que solo podian franquear raras veces y aun con peligro de su repu-

tacion. Bien que tambien en la antigua Roma las virtudes domésticas fuesen solamente ó principalmente estimadas en las matronas, la costumbre jamás las habia escluido de la sociedad ni de los lugares públicos. Las mujeres no temian presentarse en ellos y frecuentaban los teatros y asistian á los festines. Con la disolucion del antiguo régimen de la familia y la pérdida de la austeridad de costumbres prevaleció más y más la tendencia de las mujeres á romper con todas las trabas y ya en los albores del imperio apenas quedaban barreras que limitaran su grande influencia social.

Todo lo referente al rango y condicion de las mujeres, á los títulos, privilegios y distinciones á que podian aspirar era regulado de la misma manera que en los hombres. La mujer de rango senatorial tuvo formalmente derecho, bajo los Severos, al título de muy ilustre *(clarissima)* que gozaban ya, pero unicamente concedido por cortesía, desde mucho tiempo. Si el estado y rango de la mujer se regulaban ordinariamente por la posicion del marido, los emperadores conferian algunas veces el rango consular, al que para ellas iban anexos las insignias de esta dignidad, á damas que no estaban casadas con personajes consulares y hasta algunas veces lo transmitian si se casaban en segundas nupcias á su nuevo esposo. Heliogábalo elevó al rango consular á una

esclava, madre de su favorito Hierocles. Parece que las distinciones concedidas á las damas consulares eran muy grandes, pues hubo duda para saber si tenian la preeminencia sobre un personaje del rango de los prefectos.

Cuando se admitia á una mujer en esta primera clase de la gerarquía femenina se reunia solemnemente un capítulo de damas, probablemente del órden primero. Heliogábalo hacía regular por esta especie de Senado de mujeres una multitud de cuestiones de etiqueta; como por ejemplo, saber cual debia ser el traje de las mujeres, segun su rango, cual debia ser la preferida, cual marchar adelante para el beso. á que suerte de coche y de tiro (caballos, asnos, mulos, ó bueyes) tenia derecho, á cual seria permitido usar sillas de manos, sillas guarnecidas de plata ó marfil, ó coturno adornado de oro y piedras preciosas. El historiador de este emperador califica estos *senados consultos* de ridículos. Sin embargo el biógrafo de Aureliano dice que este último creyó deber conceder á las mujeres su senado, cuyas primeras plazas estaban concedidas á las damas revestidas de dignidades sacerdotales. Parece desprenderse de un pasaje del mismo autor que esta asamblea se ocupó tambien del traje de las mujeres.

El matrimonio daba á las jóvenes de las clases elevadas una libertad sin límites, libertándolas del

aislamiento y de la dependencia en que vivian en la casa paterna. Las asaltaban por todas partes infinitas impresiones y á veces llegaban á embriagarlas y á enredar completamente sus ideas. La jóven se sentia llamar por su marido con el nombre de *domina* y esta costumbre persistió en los tiempos cristianos. Cien personas esperaban la menor seña para cumplir sus mandatos. Su voluntad decidia de la fortuna, y á veces de la vida del pequeño mundo que formaban sus legiones de esclavos, clientes y subalternos. Los clientes no solamente la llamaban *señora* y si muchas veces reina, como se desprende de una dedicatoria de Marcial á Pola Argentaria, viuda de Lucano.

La jóven dama veia á su alrededor á jóvenes y viejos, sabios y valientes, hombres de alto nacimiento y de gran mérito solicitar sus favores. Cualesquiera que fuesen sus títulos á la pretension de ser admitida, belleza, imaginacion, talento, instruccion estaba segura de un brillante éxito. En los círculos en que le introducia el matrimonio, la vanidad y la coquetería, encontraban su plena y entera satisfaccion; la intriga, el terreno más favorable; la pasion, los más violentos apetitos: la galantería, recursos inagotables para variar sus placeres; y la ambicion, las más grandes perspectivas. Cuantas mujeres de noble linaje alcanzaron en segundas nupcias el trono imperial.

No nos faltan, por cierto, datos sobre hechos significativos, ni apreciaciones generales de los contemporáneos, para juzgar del estado de las costumbres de las mujeres en las diferentes épocas del período que nos ocupa. Las apreciaciones son generalmente y sin escepcion, desfavorables; sin embargo despiertan desconfianza á causa de un escesivo rigor y hacen por lo mismo titubear en admitirlas sin crítica. Así, segun Plinio el viejo, hombre de una gran autoridad, no se conocia ya desde la época de la censura de Mesala la castidad de las doncellas romanas. A la profunda y horrible subversion de toda idea moral, que fué el más desastroso efecto de las guerras civiles no se conocia radical remedio. Cuando en el año 18 antes de nuestra era Augusto fulminaba sus rayos contra el celibato, ó clamaba en el senado contra la disoluta conducta de las mujeres, las declamaciones de Horacio como las elegiacas lamentaciones de Propercio estaban conformes con las chanzas más atrevidas de Ovidio en que la virtud de las mujeres era cosa sumamente difícil de encontrar en Roma.

En los tiempos posteriores vemos renovarse las quejas contra esta desmoralizacion. Séneca alaba á su madre porque se mostró siempre más recatada que las demás mujeres. Todos los que no se han hecho notar por las relaciones amorosas ó por pasar pensiones á alguna mujer

casada son despreciados por las damas y considerados únicamente como amantes de las siervas. Cuando Vespasiano empuñó las riendas del gobierno la licencia y la lujuria habian, segun refiere Suetonio, invadido la sociedad, y como se encontrase sin leyes que refrenasen estos vicios dictó algunas sumamente severas. Tácito alaba el contraste de las costumbres germanas en cuyo pueblo no se llama seguir el espíritu del tiempo seducir ó dejarse seducir. Si Marcial se permite decir que en Roma no existia mujer que no se entregase al amor de cualquier hombre, es preciso, por más que consideremos exageradas las palabras de aquel autor, admitir un fondo de horrible verdad y las descripciones obscenas de la sexta sátira de Juvenal, por más que el cuadro esté sobradamente recargado, debian fundarse igualmente en distintos ejemplos de la lubricidad que señala. Marco Aurelio se vió obligado á tomar medidas contra la lujuria de las mujeres y de los jóvenes de la nobleza. Dion Casio el cónsul, despues de la publicacion de las leyes que Séptimo Severo dictó contra el adulterio, encontró en los registros la inscripcion de tres mil quejas formuladas por tal causa. En la antigüedad los cuernos tenian el mismo significado alegórico que en nuestros dias, pues con ellos se designaba la desgracia de los maridos engañados.

Tal vez algunos testimonios contemponráneos,

como los que hemos citado, descansen sobre pasajeras observaciones individuales y no haber sido más que la espresion de un momento de malhumor, de despecho ó de tristes impresiones. Es evidente tambien que al recargar las sombras del cuadro se ha hecho para la mejor perspectiva, pero los hechos son tan numerosos y los síntomas tan alarmantes que no podemos menos que convenir en los terribles progresos que la corrupcion hacia en Roma. Ante todo recordemos la culpable frivolidad, engendrada y sostenida por la facilidad del divorcio y la ligereza con que se hacian y deshacian matrimonios. Si Séneca dice que habia mujeres que contaban sus años no por los consulados y si por los maridos que tenian y Juvenal cuenta que muchas mujeres no se daban pena de divorciarse antes que el ramo verde con que se adornaba la casa nupcial se hubiese secado, llegando á contar ocho maridos en cinco años, y Tertuliano asegura que las mujeres de su tiempo no se casaban sino buscando ocasion de divorciarse, estas afirmaciones son tal vez exageradas pero en el fondo revelan que la corrupcion estaba tan desencadenada que fácilmente podia dar lugar á tal exageracion.

No debemos olvidar que la esclavitud ejercia tambien en Roma como en todas partes una influencia deplorable sobre la moralidad conyugal. Si esta era una de las razones que habia en todo

tiempo hecho juzgar con mucha indulgencia la infidelidad de los maridos era natural tambien que á causa de los progresos que hacia la corrupcion de las costumbres y la emancipacion de las mujeres estas pretendiesen poder gozar de la misma libertad que los hombres ó tomasen la violacion que de la fé conyugal hacian sus maridos por escusa de sus escesos. Habia para ellas, sin duda, una tentacion en la certidumbre de encontrar siempre en sus esclavos amantes sumisos y discretos y todo nos induce á creer que estas uniones de las damas con sus esclavos eran muy frecuentes. Vuestra esposa, dice Marcial en uno de sus epígramas, os llama corredor de siervas y ella no es otra cosa que un pimpollo de esclavos: nada os podeis reprochar el uno al otro.

Pero las mujeres se veian aun espuestas á otras influencias corruptoras de naturaleza más perniciosa aun. Sin detenernos en los desmoralizadores efectos de cierta literatura hagamos constar como á síntomas de una horrorosa depravacion la aparicion de obras como *El Arte de amar*, de Ovidio, que en cuanto á inmoralidad de fondo y de forma aventaja á todo lo que se haya escrito en este género. La licencia desplegada en las obras y en las decoraciones del arte es mayor aun que la que campeaba en las obras literarias. Propercio se lamentaba de las imágenes y pinturas murales que por lo libres perver-

tian el corazon de las mujeres y de las jóvenes. Pero lo peor de todo era la fascinacion de los espectáculos y la escitacion de los festines, señalados unos y otros por Tácito como los peligros que más amenazaban la inocencia y la pureza de costumbres.

La pasion para los espectáculos es una de las debilidades que han sido más reprochadas á los romanos de esta época.

Utque magis stupeas, ludos Paridemque reliquit,

dice Juvenal de una dama de su tiempo. Stacio tambien imputa al amor á los espectáculos la repugnancia de su mujer á dejar á Roma cuando la dice.

Cur hoch triste tibi? Certe lascivia cordi
Nulla nec aut rapidi mulcent te prælia circi,
Aut intrat sensus clamosa turba theatri.

Esta pasion no derivaba solo de la curiosidad, sino que tambien, como dice Ovidio en uno de sus pasajes, estaba en el deseo que sentian las mujeres por mostrarse en público. Comparando en el *Arte de amar* la afluencia de todas estas mujeres que se presentaban al teatro con mil atavíos á los hormigueros ó á enjambres de abejas termina con estos versos

Sic recit in celebres cultissima femina ludos.

Jamás se adornaban tanto estas mujeres como cuando debian asistir al teatro. ¿Acaso no encontraban en ellos el lugar apropósito y los admiradores más entusiastas para celebrar sus gracias? Si historiadores tan sesudos como Tácito y Dion Casio no desdeñan mencionar el manto bordado de oro con que la emperatriz Agripina asistió á la representacion de un combate naval sobre el lago Fucino, pieza de grande espectáculo, cuyos esplendores produjeron tal sensacion que Plinio el viejo creyó deber mencionar, podemos figurarnos con cuanta curiosidad las mujeres se miraban y examinaban mútuamente y cuantos encantos buscaban en el tocador para aparecer con el mayor brillo. A veces no era sino un brillo engañador. En Roma, donde la monomanía del *far figura*, tan profundamente arraigada en el suelo italiano, hallaba más incentivo, donde millares de personas aspiraban á aparecer superiores á su condicion, todo se alquilaba, hasta las sortijas que los abogados astutos ponian en los dedos de sus clientes, cuando se encargaban de su defensa, para poder obtener de ellos más crecidos honorarios. Entre los objetos que las mujeres que no poseian riquezas alquilaban podemos citar trajes y cojines, y hasta algunas alquilaban, dueñas, doncellas y todo el personal de su escolta. La silla de manos, una vez separadas las andas, servia de asiento en el anfiteatro.

Con la presencia de tantas mujeres, los espectáculos ganaban mucho, pues era mayor el atractivo que tenian para los hombres. Propercio alaba la resolucion de Cintia de salir al campo para huir de las tentaciones que los espectáculos la ofrecian y Ovidio recomienda estos por ser más propicios á las intrigas amorosas. En el teatro y en el anfiteatro, los hombres, desde el tiempo de Augusto, debieron contentarse con pasear sus miradas sobre los puestos superiores, esclusivamente destinados á las damas; pero en el Circo estas estaban sentadas entre los hombres. Es un lugar apropósito, dice Juvenal, para los jóvenes aficionados á hacer conocer los clamores públicos y á cortejar á las mujeres bien puestas. Allá comenzaban fácilmente los galanteos, pues podian los jóvenes acercarse á ellas y trabar relaciones presentándoseles mil ocasiones para ello. Sea para arreglar el escabelillo, para arreglarlas el cojin ó para defenderlas contra los ataques de algun imprudente allá estaba el amante. Ovidio que traza reglas para estos galanteos nos ha transmitido distintos diálogos del Circo. Se tenia por muy dichoso al conductor de carro, por quien se interesaba la bella vecina. Cuánto se hubiera dado por encontrarse en su lugar!

La aficion al teatro, tenia su parte grave y trágica á veces. Es imposible hallar colores bastante sombríos para pintar cuanto tenia de horrible

la influencia desmoralizadora de los espectáculos. El Circo donde los corrillos populares, embriagados hasta el delirio por la pasion de partido, se arrojaban los unos contra los otros ofrecia menos peligro para la inocencia que los espectáculos del teatro y las bacanales del anfiteatro.

En la escena reinaban la polichinela y la farsa *(mimus)*, llenas de groseras obscenidades las que aplaudia el público, y las clases superiores se mostraban mas aficionadas al baile en el que llegaba el desenfreno al mas horrible grado.

En cuanto á la influencia desastrosa que ejercian en el alma de los espectadores las luchas del Circo no son para descritas. En ellas aprendian las mujeres aquella crueldad que mostraban para con sus esclavos de ambos sexos de la que podríamos citar ejemplos aterradores. Debemos creer que no todas las mujeres seguian la costumbre de frecuentar los espectáculos, apesar de que ningun autor haya mostrado ejemplo expreso de alguna mujer que los haya despreciado.

En cuanto á las jóvenes bien educadas no asistian á los espectáculos, como tampoco los jóvenes educados bajo una direccion severa y bien dirigida frecuentaban las pantomimas.

El interés que las mujeres mostraban por los espectáculos se estendia tambien para los artistas que los desempeñaban. Los atletas y gladiadores eran admirados por estas y muchos de es-

tos últimos, favorecidos por las damas de alta alcurnia, alcanzaban gran fortuna. Sentian tanta aficion para los que sabian manejar el hierro que los gladiadores por feos que fuesen se les aparecian como adornados con los mayores atractivos. Y la misma pasion sentian para los artistas dramáticos, los cantores y los músicos y arrastradas por ella, llegaban á las mayores locuras. Las guitarras de los hábiles tocadores eran adquiridas á peso de oro por sus admiradoras, quienes las guardaban como un objeto precioso que llenaban siempre de besos. Una dama de la mas alta nobleza procedió, segun Juvenal, á un sacrificio solomne para saber si un tocador de guitarra, cuyo nombre corria de boca en boca, ganaria la corona en el próximo concurso. ¿Qué mas hubiera hecho, añade el poeta, si su esposo ó su hijo hubieran caido gravemente enfermos?

Pero el favor mas alto y mas general era el de que gozaban los danzantes del baile pantomímico á los que hombres y mujeres colmaban de bienes. Por regla general eran hermosos mancebos que en su arte adquirian una agilidad extraordinaria y una seductora gracia. Ya en el año 22 ó 23 de nuestra era, se desterró de Italia á todos los pantomimos para dar tregua á las luchas que escitaban en el público y al escándalo de sus relaciones amorosas con las mujeres del gran mundo.

El hermoso Mnester, el mas querido de los pantomimos, durante el reinado de Claudio, contaba entre las mujeres cuyo favor tenia á Poppea, la mas hermosa beldad de su tiempo. Amante de Mesalina, sus relaciones con ella fueron causa de su muerte.

Domiciano, por celos que le inspiraba, hizo asesinar en medio de la calle al pantomimo Paris; indignados sus admiradores mostraron su ódio al emperador cubriendo de flores el lugar donde cayó el pantomimo. El rumor público encontró tambien relacion entre el ulterior asesinato de Domiciano y la pasion de su mujer por Paris ú otro pantomimo. Marco Aurelio suportó mas estoicamente los amores de Faustina, la que, segun rumor público, mostraba pasion por estos artistas. Galiano reconoció la pasion de la mujer de un tal Justo por otro pantomimo llamado Paris, por el mismo síntoma que en otro tiempo el médico Erasistrato reconoció los amores de Antioco por Stratonice. No logrando descubrir en el estado físico de la enferma ninguna causa que pudiese esplicar sus insomnios, dedujo que eran debidos á una afeccion moral y el cambio súbito que observó en el pulso, en la mirada y en la tez de la enferma al pronunciar el nombre de aquel danzante le afirmó en sus presunciones.

Al lado de las tentaciones de los espectáculos, Tácito cita la de los festines; pero no es posible

que las orgías á que hace referencia hubiesen sido tan generales que ciertas mujeres no hubiesen podido sustraerse á ellas y por consiguiente no es presumible que su influencia hubiese sido tan desastrosa como la influencia de los espectáculos. En estos banquetes, que cuasi podríamos llamar orgías, recibian los concurrentes parecidas impresiones que en los espectáculos, pues formaban parte de su programa las músicas, el baile y las escenas dramáticas. Las canciones picarescas y las farsas obscenas herian los oidos delicados y las famosas danzas de las Sirias y de las Andaluzas, en que la molicie y la voluptuosidad llegaban al último grado, molestaban las castas miradas.

Pero abstraccion hecha de estas escitaciones de los sentidos, los festines, contribuian á pervertir las costumbres, pues en ellos encontraban los hombres medios de acercarse á las mujeres y jamás desaprovechaban las ocasiones que se les ofrecian. En uno de sus más atrevidos poemas Ovidio cuenta la seduccion de la hermosa mujer de un marido imbecil bajo la metáfora de la aventura de Paris y de Helena, nombres con que se disfrazaban siempre los héroes de los adulterios, tan frecuentes en la época. Cada rasgo de Ovidio está tomado de la realidad lo que contribuye á dar á su narracion un notable interés. La conducta del amantes en la comida, responde perfectamente á

los preceptos del poeta. La hermosa siente las miradas de su admirador clavarse en ella. El amante suspira, toma la copa de que se sirvió su adorada, la acerca á sus labios por la parte en que bebió ella, le hace señas con los dedos y con la mirada, traza letras simpáticas sobre la mesa; la cuenta historias de amor que trasparentan la pasion que por ella siente; finje estar ébrio para velar lo que en su temeridad pudiera aparecer excesivamente atrevido. A más la antigua costumbre de las mujeres de sentarse en la mesa se habia abandonado desde el principio del imperio: como los hombres tenian el hábito de permanecer acostadas durante la comida.

Ignoramos si á mas de los festines habia en aquella época otras reuniones de sociedad para los dos sexos. En Tácito encontramos una sola mencion y aun susceptible de interpretaciones diversas. Por otra parte los hombres tenian siempre ocasion para acercarse á las mujeres en los sitios públicos, pues ellas les daban cita en el paseo, y particularmente en los numerosos pórticos que habia al rededor de las plazas adornadas de plantaciones formando una especie de jardines ó parques. Allá muchas veces se veia al caballero amoroso que sostenia el quitasol que debia llevar el paje que acompañaba á la dama. Las mujeres de elevada clase no salian á la calle sino con sillas de manos ó en literas; la litera cubierta parece

que era una distincion de las esposas de los senadores, bien que el uso de estos vehículos hubiese cambiado con el tiempo así como las disposiciones que á ellas hacian referencia. César habia limitado el uso de las literas á las mujeres casadas y á las matronas que tuviesen mas de cuarenta años y tambien á ciertos dias. Domiciano prohibió su uso á las mujeres de vida airada. La rigidez exigia que las cortinas fuesen completamente cerradas, pues las mujeres se ofrecian frente las miradas de las paseantes y como algunos maridos insistiesen en la rigurosa observancia de esta ley pasaban por verdugos que atropellaban brutalmente á sus víctimas.

Habia en la posicion independiente de las mujeres una gran tentacion para sacudir las cadenas que la naturaleza y las costumbres les habian impuesto, á aspirar á ventajas que se negaban á su sexo y á eligir ocupaciones inconciliables con la verdadera vocacion de este. Estas repugnantes escentricidades que Juvenal tanto se complace en describir no es fácil hayan sido generales en ningun época: queremos hablar de las mujeres que se dedicaban á la gimnasia, á la esgrima, ó pasaban la noche en las orgias bebiendo como los hombres. Las mujeres noveleras que se hacian notar por el vivo interés que tomaban en todos los negocios y de que hemos hecho mencion eran, sin embargo, muy numerosas. Ellas os sabian es-

plicar todo lo que pasaba en los más apartados países; no solamente se hacian eco de los rumores que entre el pueblo circulaban sino que propalaban noticias de su invencion, tomaban y sostenian la palabra frente á frente de las más elevadas dignidades militares, daban al primero que las encontraba todos los detalles apetecibles sobre los últimos terremotos, ó las inundaciones más recientes, en una palabra, sobre todo lo que pasaba en el mundo. Entre las señoras de mas alta posicion las miras eran tambien más elevadas. Estaba en la naturaleza de las cosas que las damas romanas tomasen una parte activa en la marcha de los sucesos y el deseo de llegar al poder ó de hacer valer su influencia era cosa muy comun entre ellas. Se sabe que el destino de los romanos varias veces estuvo en su mano, que mas de una emperatriz gobernó en nombre de su esposo ó por lo menos tenia una parte muy considerable en el régimen de su pueblo.

No era fácil que las mujeres permaneciesen estrañas al movimiento literario, tanto menos en cuanto las de clase elevada tienen una instruccion clásica. Dice Marcial que la mujer para llenar todas las condiciones debe ser rica, noble, instruida y casta. Stacio llama á la mujer de Lucano sábia y dotada de gran génio. Sin embargo este gusto para la instruccion era en las mujeres mas ficticio que real. Ovidio dice en el *Arte de amar:*

Sunt tamen et doctæ, raririssima turba, puellæ,
Altera non doctæ turba, sed erse volunt.

Aunque este poeta asegure contínuamente que no oye hablar mas que de libertas para desarmar los resentimientos escitados por su libro no por esto debemos engañarnos, pues las mujeres en general tales como las conocia y le parecian ser son las que en sus libros alaba ó critica.

Se sabe con cuanta viveza las tendencias literarias se hacian valer en los dos primeros siglos y como se preciaban del conocimiento de la poesía los romanos de la mas alta posicion. Las mujeres que no participaban tanto de estas tendencias se interesaban no obstante lo suficiente para apreciar el éxito que en ellas alcanzaban sus esposos ó amigos. Plinio dice que su mujer se dedicó al cultivo de las letras llevada del amor que por él sentia. No solamente leia y volvia á leer sus libros sino que los aprendia de memoria. Daba lectura, ella le escuchaba tras una cortina atenta á todas las señales de aprobacion de los oyentes. Ella cantaba sus poesías con melodías compuestas por ella misma con acompañamiento de guitarra sin que ningun maestro le hubiese enseñado nada de música. El talento de espresarse con elegancia y facilidad era tambien muy envidiado entre las damas nobles, y si no se atrevian á lanzar á los vientos de la publicidad sus

ensayos literarios, eran sin embargo entregados á todos á sus amigos. La monomanía de servirse del griego en lugar del latin, ó por lo menos de salpicar las conversaciones de frases bellas ó tiernas del idioma griego, parece fué muy frecuente entre las romanas. Este vicio, dice Juvenal, es tolerable en las jóvenes, pero en las matronas de sesenta y ocho años es cosa horrible.

Cuando las mujeres no hacian versos, se dedicaban á criticar los que hacian sus compañeras. Juvenal considera estas mujeres como peores aun que las aficionadas al vino. Apenas reunidas en la mesa pronto entablan conversacioncs estéticas sobre Virgilio y Homero, dedicándose á comparar el mérito relativo de uno y otro. Las palabras afluian á su boca con tal abundancia que nadie podia tomar parte en la conversacion; era el rápido martilleo que en los oidos produce el pegar contra un objeto de cobre ó el sonido de mil campanas agitadas á la vez. Sus otros alardes de erudicion no eran menos insuportables, pues todo el dia estaban con citas sacadas de libros de que sus maridos no tenian conocimiento; tenian abierto siempre un tratado de gramática, corregian, dándose aires de puristas, los defectos de lenguaje en que incurrian sus amigas y no perdonaban á sus maridos la menor falta en la conversacion, en una palabra, se daban aire de mujeres doctas. Una mujer no debe tener toda la enciclopedia en la

cabeza dice Juvenal, ni lo debe aprender todo en los libros. Marcial menciona tambien deseos de felicidad diciendo que no desearia casarse con una mujer escesivamente docta.

Lo que más molestaba en las mujeres era que se dedicaran á la filosofía. Los que, fieles á las antiguas ideas romanas, desaprobaban esta tendencia de una manera absoluta, alegaban unos que las mujeres no se entregaban á este estudio mas que con el objeto de brillar y otros que era imposible que las mujeres al abandonar sus quehaceres domésticos para dedicarse á aquella ciencia no cobrasen escesivo orgullo.

Los partidarios de la opinion contraria ó querian que la instruccion filosófica de las mujeres se limitara á su parte moral, declarada indispensable, por lo que contribuia á la virtud, ó, yendo mas léjos, aconsejaban, siguiendo á Sócrates, que al estudio de la filósofía se juntara el de las matemáticas, pues un espíritu así cultivado no seria accesible á las vanidades, á la supersticion ni á las locuras, pues una mujer que supiera matemáticas se avergonzaría de bailar, y una mujer conocedora de los diálogos de Platon y Jenofonte despreciaria los exorcismos y la mágia.

En efecto estas ciencias exactas parecen haber sido cultivadas por las mujeres junto con la filosofía, no siempre con ventaja de su gracia y de su amabilidad. Las naturalezas profundamente sé-

rias debieron á menudo, sin duda, buscar y encontrar en las doctrinas de los sábios motivos de consuelo en la adversidad. Parece que Livia á la muerte de su hijo Druso halló gran consuelo en las palabras del estoico Areo. Otro estoico que vivió en la misma corte, Athenodoro de Cania, dedicó uno de sus escritos á Octavia, hermana de Augusto. La emperatriz Julia Domna cuando las intrigas del favorito Plautinio la enredaron con su márido Séptimo Severo se dedicó á la filosofía y á las ocupaciones científicas. Se rodeó de matemáticos y sofistas, y á sus instancias Filostrato que formaba parte de este círculo escribió la novela de Apolonio de Tiana. Galio menciona á una dama, amiga suya, llamada Arria, á quien los emperadores tenian en grande estima por sus conocimientos en filosofía y por los estudios de la doctrina platónica. Pero en la mayor parte de las mujeres estas ocupaciones no se consideraban mas que un puro pasatiempo. En el tiempo de Epicteto las damas romanas tenian como á lectura favorita *La República de Platon*, porque la abolicion del matrimonio y la comunidad de las mujeres están tratados con gran comedimiento. Pensaban encontrar en ella la escusa de sus propios estravíos. Filósofos hubo que las confirmaban en esta opinion. Cuando el ejemplo de Marco Aurelio hizo general la aplicacion á los estudios de la filosofía y de las ciencias las mujeres de cuali-

dad pagaron buenos estipendios á los filósofos, á los retóricos y á los gramáticos griegos que tenian en su casa y que entre sus obligaciones tenian la de acompañar á las damas romanas cuanco salian de su casa en litera.

El movimiento religioso, que comenzó ya en el primer siglo de nuestra era y ganó mas prosélitos en el segundo fué más rápidamente propagado entre las mujeres que entre los hombres. En el siglo tercero y cuarto se extendió por el imperio de una manera rápida. El paganismo se vió obligado á probar supremos esfuerzos por medio de la regeneracion para detener el vuelo del espíritu moderno, cuyo vigor lo habia estendido por todo el mundo. Se trataba de reemplazar las creencias estinguidas al politeismo griego y romano que se desvanecia en humo, y esta idea hacia que se agarraran á toda forma de adoracion de la divinidad que pareciese ofrecer los elementos de un culto positivo. Sin embargo no fué en una sola religion y si en una mezcla de religiones y cultos que el paganismo debió buscar su salvacion. Los cultos orientales estaban más en moda. Su pompa era más á propósito para impresionar á los sentidos. Los creyentes encontraban en sus símbolos, sus milagros y sus misterios el carácter de una revelacion superior; la tendencia mística á la comunion íntima con la divinidad encontraba plena satisfaccion. Si estos cultos res-

pondian así precisamente mas á las necesidades del alma de las mujeres, debian mas prestigio aun á la promesa de conducir por las vías de la penitencia y de la expiacion á la purificacion, á la santidad y á una felicidad mas perfecta en otro mundo. La pendiente por el ascetismo era una consecuencia natural de la disolucion de las costumbres y del desbordamiento general de la licencia: la debilidad moral que inducia al pecado se imaginaba tambien poder librarse de este con las mortificaciones exteriores. Así, especialmente en el sexo débil, apesar de las advertencias de Plutarco, el deseo de encontrar en ciertos ejercicios religiosos una consacracion, un consuelo ó el perdon se inflamaba hasta el apasionamiento.

Los dioses del Oriente hallaban en las mujeres las más fervientes adoratrices, los sacerdotes de aquellos, sus mas crédulas ovejas, las mas ciegamente sumisas y las mas pródigas. Ora se dejaban persuadir, por una multitud vagabunda de sacerdotes que pedian para el culto de la gran madre de los dioses, de que durante el mes de Setiembre se verian atacados de fiebre, si no obtenian la absolucion con la ofrenda de cien huevos mediante la que prometian desviar la influencia maligna de que estaban amenazadas, haciéndola pasar á sus vestidos; ora se sumerjian por tres veces consecutivas en el Tíber á las primeras horas de la mañana y en lo más áspero del

invierno y temblando se arrastraban de rodillas á un lugar indicado. Ora iban á Egipto á buscar agua del Nilo cuando en sueños habian recibido de Isis la órden de regar su templo. La gran diosa Isis era en todo el mundo romano la que las mujeres invocaban mas, generalmente y con más ardor como divinidad tutelar y la que por su gracia les concederia su salvacion. Se veia á multitud de devotas marchar en peregrinacion embozadas en túnicas de lino, á sus templos, muy numerosos en Roma desde el segundo siglo.

Allí, suelto el cabello, tomaban parte dos veces al dia, en los cánticos entonados en honor de la diosa, se hacian rociar con agua del Nilo, observaban el ayuno y practicaban todas las abstinencias que los sacerdotes las imponian. Cuando no acudian á los templos los sacerdotes mediante una buena retribucion intercedian por las pecadoras y con el sacrificio de una torta ó de una oca bien cebada apaciguaban la cólera de los dioses.

No es de estrañar despues de esto que los templos de Isis tan frecuentados por las mujeres se convirtiesen en un foco de corrupcion y en lugares donde tenian lugar toda suerte de infamias. Las sacerdotisas, los sacerdotes y todos los servidores de estos templos eran acusados de desempeñar el vil oficio de mediadores, lo que hizo caer este culto. Un hecho que acaeció en Roma en el

año 19 despues de Jesucristo, da una idea de lo que pasaba amenudo en el interior de estos templos. Un caballero llamado Decio Mundo, habia varias veces perseguido con incitaciones amorosas á una dama noble llamada Paulina, de una irreprochable castidad, pero gran adoradora de Isis. Los sacerdotes del templo donde ella acostumbraba ir, ganados por la suma de 5000 dineros, la hicieron creer qne el dios Anubis deseaba una entrevista con ella durante la noche. Naturalmente fué Mundo quien se apareció con la máscara del dios. Habiendo Tiberio tenido conocimiento de este atentado á mas de desterrar al principal culpable, condenó al suplicio de la cruz á los sacerdotes, demolió el templo y se arrojó la imágen de la diosa al rio. Además, no solamente los templos de Isis sino todos los que las mujeres frecuentaban eran tenidos como lugares de seduccion: no habia uno solo, dice Juvenal, donde las mujeres no se prostituyesen, y dejando á un lado la exageracion hay sin embargo un fondo de verdad en las descripciones de los autores cristianos estigmatizando los templos, bosques y otros lugares sagrados del paganismo, no tan solo como focos de adulterio y de orgía sino como á teatro de los más atroces crímenes.

Propercio achaca á los templos y teatros de la infidelidad de su adorada Cintia, mientras que Ovidio recomienda los unos y los otros así como

los pórticos á los buscadores de aventuras galantes y cita el sábado de los judíos entre las fiestas que no deben dejar desapercibidas. Existen numerosos testimonios de la extremada y siempre creciente expansion que el judaismo habia tenido en el mundo occidental y parece que entre las mujeres contaba mas prosélitos que entre los hombres. Se cree que la emperatriz Popea era afiliada á esta secta religiosa. Josefo la cita como á celosa protectora de los judios porque, dice, temia á los dioses. Esta fué la razon porque, despues de su muerte, su cuerpo no fué quemado sino embalsamado como se hacia con los reyes estrangeros y despues depositado en el sepulcro de la familia Juliana. La primera medida de rigor que se tomó contra los judíos fué en el año 19 en ocasion y como consecuencia de la intervencion del poder en los desórdenes del culto de Isis. 4000 libertos en edad de empuñar las armas fueron enviados á Cerdeña contra las partidas de bandoleros de esta isla acusados de supersticiones egipcias ó judaicas. Parece que una estafa de que fué víctima una dama romana fué la que originó aquella persecucion. Los preceptores de esta dama la incitaron á que mandara una ofrenda á Jerusalen y esta ofrenda fué robada. Bajo Domiciano allá por los años 88 ó 90, Marcial se burlaba del mal aliento que despedian las mujeres que celebraban con el ayuno la fiesta del sábado. Los

griegos y los romanos confundian en aquel tiempo el judaismo con el cristianismo. La acusacion de ateismo por la que el cónsul Flavio Clemente fué condenado á muerte y su mujer Domitila á destierro se elevó contra las dos religiones. Tal vez Clemente y Domitila profesaban efectivamente el cristianismo, como tal vez tambien Pomponia Gresina, esposa del cónsul Plautio, acusada en el año 58, bajo Neron, de estar imbuida de supersticiones estrangeras y remitida al juicio de su marido siendo perdonada por este. Esta última vivió largo tiempo, pero su vida fué un padecimiento contínuo, porque pasó en una profunda melancolia, sin dejar jamás el traje de luto en los cuarenta años que siguieron al asesinato de su parienta Julia, hija de Druso. En cuanto á Domitila, la Iglesia reconoce dos mártires y santos de este nombre. Sin embargo ningun dato positivo se tiene sobre los progresos que el cristianismo hizo entre las romanas de clase elevada. Tan solo se sabe que Mammea, mujer que vivia en el temor de Dios, siguiendo la espresion de Eusebio, fué protectora de Orígenes quien nada ha dicho de ella. Añadamos que el descubrimiento de una tumba en las catacumbas de Calixto con inscripciones paganas de los Cecilianos no lejos del mausoleo de Cecilia Metela, parece confirmar que Santa Cecilia que sufrió el suplicio bajo Alejandro Severo, era de la noble familia de los Metelos.

Si las mujeres se mostraron entonces, respecto á la religion, como estrellas que debian guiar á la fe, eran por otra parte tan asequibles á la propaganda de otras religiones como tenaces en su apego á las antiguas. Una sola de las supersticiones que infestando y dominando aquella sociedad arrastraban de aquí para allá la credulidad pública contó su mayor número de adeptos entre los hombres: nos referimos á la astrología, cuyas predicciones inspirando y dirigiendo las mas atrevidas empresas ejercieron en el mundo grande influencia. Las mujeres eran tambien aficionadas á esta ciencia que las permitia leer en el porvenir y que estaba en boga particularmente en la alta sociedad romana. Ellas no consideran como á génio al astrólogo que no ha sufrido en defensa de su ciencia alguna condena. Los mas célebres eran los que envueltos en un gran proceso político habian sufrido en las prisiones y no habian alcanzado otra gracia del soberano que la conmutacion de su pena por la de destierro en alguna isla desierta. Habia mujeres muy fuertes en astrología y que no emprendian cosa ninguna sin consultar antes su calendario.

La mágia sobre todo, con sus juglerías y mistificaciones, sus delirios, sus crímenes y atrocidades, alcanzó gran número de adeptos entre las mujeres. Este género de supersticion sufrió tambien con la creciente influencia del misticismo

oriental, en el curso de este período una transformacion completa, de manera que los mágicos del segundo siglo difieren gaandemente de los mágicos de los primeros tiempos del imperio. A estos pertenecian las brujas que embaucaban el bajo pueblo. Estas mujeres que ejercian el papel de mediadoras, preparaban ungüentos y cosméticos para embellecer el rostro así como otros medicamentos que degeneraban á veces en venenos: generalmente eran muy entregadas á la embriaguez. Sin embargo sus prácticas tenian un aire tan mezquino y traian tan marcado el sello de la pobreza que les era dificil llegar á las clases elevadas: alguna que otra vez lograban embaucar á alguna que otra dama, que dominada mas que las otras por la creencia en el filtro mágico creia cuanto la bruja la predecia. Pero cuando la mágia se propagó rápidamente fué cuando revistió las formas que convenian al espíritu del tiempo. Los filósofos naturalistas se dedicaron á ejercer la mágia y los mágicos profesaron la filosofia del naturalismo. Unos y otros se formaban en las escuelas de las orillas del Nilo, del Ganges y del Eufrates. Segun Apuleo la muchedumbre creia mágicos á todos los filósofos indistintamente y en esto no le faltaba razon. En sus *Philopseudes*, Luciano pone en escena á un Libio que hace curas por la simpatia á un Babilonio ó Caldeo que cura por la mágia y conjura á las serpientes, á

un Sirio de Palestina exorcisando á los demonios y sacándolos del cuerpo de los visionarios, á un mágico árabe y á un brujo. A las brujas de otro tiempo que se embriagaban y servian de intermediarias en la orgia, sucedieron en Roma piadosos y santos taumaturgos, originarios unos de oriente y habiendo otros permanecido algunos años en las catacumbas de Egipto, ó que hubiesen sido dignos de ser admitidos en la comunidad de los bramanes. Eran hombres exentos de pasiones humanas, desdeñaban el alimento y las bebidas terrestres, iban vestidos con largas túnicas de lino, su aspecto era venerable y en los palacios de los grandes alcanzaban altas consideraciones.

En una palábra, si las brujas que los habian precedido se parecen á las brujas de la edad media, estos mágicos de la época subsiguiente se parecen estraordinariamente á los grandes coftas del último siglo. Su poder mágico era interpretado por sus partidarios como consecuencia de la santidad de su vida, atendido á que el que llega á triunfar de los deseos de la naturaleza humana se acerca á los dioses y llega con su ayuda á cumplir los mas altos prodigios. Debieron la mayor parte de su éxito á las mujeres las que procuraron hacer suyas. Cuidaban mucho de su exterior. Alejandro de Abonoica era, segun el retrato de Luciano, de porte magestuoso y de figura simpática. Su cútis

era blanco, su barba muy arreglada, la mirada llena de vigor, la voz suave y á la vez sonora. A mas de sus cabellos llevaba una peluca artísticamente arreglada que hacia aparecer su cabeza rodeada de profusion de bucles. Se presentaba vestido de una túnica blanca, guarnecida de púrpura y llevaba encima una capa blanca; en señal de su descendencia de Perseo tenia en la mano una hoz. Alcanzó el favor de todas las mujeres, sin que los maridos opusiesen jamás la menor oposicion y con esto logró crearse una posicion sumamente desahogada.

Si hasta aquí solo nos hemos ocupado de las debilidades, locuras, vicios y estravíos de las mujeres, estriba principalmente en que sus contemporáneos escribieron mas sobre ello que sobre las virtudes que pudiesen adornarlas. Y se comprende perfectamente que así sucediera, pues huyendo la virtud de las exterioridades ofrecia á los literatos un tema bastante ingrato bajo este punto de vista. Sin embargo no faltan esposas y madres que fueron el brillo de su casa. En las cartas de Plinio se citan gran número de nobles y escelentes mujeres. La historia ha conservado más de un luminoso ejemplo de grandeza de alma y de heroismo tanto mas de admirar en cuanto la época no se prestaba á que brillaran estas virtudes estando la sociedad corrompida y en el más abyecto servilismo. En aquellas épocas en que

los mayores escesos del terror imperial iban hasta á pedir cuenta á las mujeres de las lágrimas vertidas en recuerdo de sus parientes, víctimas del mas brutal despotismo, ellas fueron las que dieron á los hombres ejemplos de valor, fidelidad y afecto llevados hasta al sacrificio. Cuando no lograban con sus súplicas salvar á los suyos, morian con ellos. Las madres seguian á sus hijos y las esposas á sus maridos. La inscripcion de un monumento sepulcral grabado en la roca, en Cagliari, cuenta una conmovedora historia. Habiendo Cassio Filipo sido proscrito á la isla de Cerdeña, que servia entonces de sitio de destierro, su mujer le acompañó. Cassio Filipo cayó enfermo á consecuencia sin duda de lo insaluble del clima; su mujer, nueva Alceste, se ofreció en holocausto y murió efectivamente despues de veinte y un años de matrimonio, feliz por haber conservado la vida de su esposo. Entre tantas mujeres cuyo heroismo debiera haber hecho sonrojar de vergüenza á los hombres, la que es más digna de admiracion es la sublime Arria que presentó el puñal con que acababa de desgarrarse el seno á su marido diciéndole: toma, esposo, esta muerte te será dulce. Plinio el jóven cuenta mil otros ejemplos de la magnanimidad de esta mujer sublime. Su marido y su hijo estaban atacados de enfermedad que amenazaba su existencia. Su hijo, esperanza de sus padres, murió y Arria le

hizo sepultar sin que su esposo sospechara su desgracia. A todas sus preguntas contestaba con fingida tranquilidad: va mejorando, ha comido, ha dormido. Cuando poco despues las lágrimas amenazaban comprometer su silencio, salia del cuarto de su marido y, sola, desahogaba su dolor, volviendo á entrar cuando la naturaleza estaba satisfecha para consolar á su marido sin que jamás éste sospechara la muerte de su hijo. Jugar un papel tan difícil de desempeñar para una madre tierna y amorosa es tal vez accion más grande que el desprecio que de la muerte hizo en otra ocasion á su esposo.

Estos ejemplos solo los encontramos entre las mujeres de elevada posicion y son tan incoherentes y la manera como han llegado á nosotros tan poco completa, que es difícil conocer á fondo y poder apreciar en toda su extension su influencia en la época. Respecto á las mujeres de la clase inferior ó media apenas si encontramos algunas indicaciones dispersas y fugitivas. No se han conservado para poder estudiar la vida privada de estas mujeres sino algunas piedras sepulcrales en las que los maridos hacian el elogio de sus esposas. Conocemos un epitafio en que, rompiendo el marido con la costumbre, hizo grabar en la losa sepulcral estas palabras: «En el dia de su muerte manifesté mi reconocimiento á los dioses y á los hombres.» En el largo panegírico inscrito

en la tumba de otra mnjer se dice que todos los epitafios deben asemejarse. «Como el elogio de todas las mujeres, dice literalmente la inscripcion, se formula de ordinario en términos sencillos y siempre semejantes, atendiendo á que las virtudes que la naturaleza las dió, y que guardan, observándose á sí mismas, no tienen necesidad del atractivo de la variedad, y basta con que justifiquen todas una buena reputacion con su pasada conducta; como además les es sumamente dificil adquirir una reputacion que se salga de estos límites, pues su vida no está sujeta á muchas vicisitudes, es necesario que se apliquen á las virtudes, miradas como el atributo esencial de su sexo, por miedo de que la inobservancia de uno de los preceptos que deben obedecer no marchite todas las otras cualidades. Así, mi querida madre ha gozado de una reputacion tanto mayor en cuanto ha igualado en modestia, probidad, castidad, obediencia, aplicacion en los trabajos domésticos, á todas los demás mujeres, de tal modo que nada debió ceder en ellas en estas virtudes.» Esta manera de considerar el papel y la condicion de las mujeres es á lo que parece, la que predominó en los círculos de la clase media. Podemos, pues, permitirnos fundar algunas apreciaciones sobre estas inscripciones funerarias, apesar de la diversidad de lugares é incertidumbre de los datos, amenudo tan difíciles de determinar como el es-

tado y la condicion de las personas de que se trata. Si las inscripciones no dicen siempre la verdad sobre los difuntos, sirven por lo menos para hacer resaltar las cualidades que mas se estimaban en la mujer. Se consideraba como á honor no haber sido casadas mas que una sola vez, lo que, dadas las condiciones de juventud en que se casaban las mujeres y la facilidad de entablar divorcio no parece fuera lo mas general. Un liberto de la casa imperial dice en elogio de su mujer que ha amamantado á sus hijos con la leche de su propio seno. Es dudoso sin embargo que esta práctica del cariño maternal fuera una escepcion, pues al tratar Favorino en una de sus pláticas de convencer á las mujeres de que ellas mismas crien á sus hijos no estiende su acusacion, como parece natural hiciera si las romanas hubiesen en absoluto abandonado aquella práctica.

No obstante no deja de ser estraño que la mayor parte de las nodrizas fueran de orígen estranjero y bárbaro. A menudo se encuentra en las inscripciones la expresion sencilla y conmovedora de la más íntima armonía entre los dos esposos. Hay una que dice: «Aquí descansan los restos de Urbilia, esposa de Primo, muerta á los veinte y tres años, querida de todos los suyos. Valia por mí mas que la vida.»

Un monumento erigido á un marido por su viuda lleva una inscripcion en la que campean estas

frases: «Lo que esperaba de mi esposo despues de mi muerte, infeliz de mí, lo he debido hacer junto á sus cenizas.» Sobre el mausoleo de un matrimonio liberto el nombre de la mujer, que murió primeramente, va acompañado de estas sencillas palabras: «Espero á mi esposo.» La corta, pero bella oracion contenida en estas palabras: «Jamás me hizo esperimentar el menor pesar.» «Jamás me mortificó con palabras,» etc., fueron fórmulas muy en uso en las inscripciones fúnebres.

Los monumentos que hacen el elogio de las virtudes domésticas de las mujeres, dicen que eran buenas consejeras, administraban bien su fortuna y se ocupaban mucho en el trabajo de la lana. «Aquí yace, dice un sarcófago, Amymone, esposa de Marcio; era buena y hermosa, hiladora infatigable, piadosa, reservada, económica, casta y cuidadosa.

Es de lamentar que estas inscripciones contengan tan pocos datos sobre la individualidad de las personas. Si en esto fueran mas esplícitas dispondríamos de mayor suma de datos para la historia y la pintura de las costumbres; porque la historia, abrazando en globo los destinos del mundo, no conserva el retrato del indivíduo, para trasmitirlo á la posteridad, sino cuando las circunstancias ó su propio valer le han elevado por encima de los suyos, mientras el pintor de costumbres dedicándose á refundir en su cuadro multitud de

rasgos aislados, llega difícilmente, por mas amor que profese á la verdad, á escapar, en la concepcion y desarrollo del cuadro, á la influencia de sus ideas personales.

Traje y armamento de los gladiadores.

Los gladiadores combatian por regla general á pié; no obstante algunos lo hacian á caballo ó montados en carros.

Los que combatian á pié iban armados ligeramente unos y otros con pesadas armaduras. A la primera de estas clases pertenecian los reciarios y los acompañantes; á la segunda los galos y myrmillones, los tracios y los sámnitas.

La especialidad de los reciarios era de las más comunes y de las menos estimadas. Eran los únicos gladiadores que combatian con la cabeza descubierta. Vestidos con una túnica sencilla ó con ligeros calzoncillos, tenian las piernas cubiertas con algunos vendajes que les protegian debilmente. Sus armas defensivas eran únicamente un ancho cinturon y una especie de manga de cuero ó brazal metálico que hacía las veces de escudo en el brazo derecho y provisto de

un espaldar que parece muy grande y asemeja á un ala en el mosaico de Bignor. La red que era la principal de sus armas ofensivas aparece tan grande en Winckelmann que cubre cuasi enteramente al adversario. A más llevaban un puñal y un tridente parecido al que se usaba para perseguir á los atunes. Parece que antiguamente ya los Tirios cnando el sitio de su ciudad habian empleado la red y el tridente para su defensa contra los macedónicos de Alejandro. La idea de esta manera de combatir se la sujerió, sin duda la pesca. En una cancion de la arena donde parece que los combates simulados iban acompañados de música, el reciario provocaba así al myrmillon.

Non te peto, piscem peto, quid me fugi, Galle?

Los reciarios jamás combatian entre sí, pero separadamente ó juntos lo hacían contra los sámnitas, los tracios, los galos, y los myrmillones ó tambien contra gladiadores armados más ligeramente tales como los *secutores*.

Los *laquearii*, que solo cita Isidoro de Sevilla y que substituian la red por un lazo, eran solo una variedad de los reciarios.

El empleo de los *secutores* parece haber sido hostigar á los reciarios. Sus armas eran la espada, el escudo y el casco de visera. Es posible que

tuviesen tambien brazales, pero segun todas las probabilidades no usaban la mantingala.

Los galos y los myrmillones es probable que diferiesen poco en sus armaduras. Segun Festus los segundos eran solo una variedad de los primeros. Debemos concluir de dos pasajes de Amiano que iban pesadamente armados y cubiertos de hierro. Los monumentos no nos dán ninguna luz. El armamento de los antiguos sámnitas, descrito por Tito Livio, parece fué modificado por los gladiadores, que más tarde se llamaron con tal nombre. Las piezas características de la armadura de estos últimos son: el gran escudo oblongo, amenudo un poco cóncavo, pero que no ofrece en los monumentos la disminucion de anchura hácia abajo indicada por Tito Livio; una manga en el brazo derecho y una mantingala en la pierna izquierda; despues un casco con visera; por fin, el cinturon y una espada corta. Su túnica era blanca ó de diversos colores y no llevaban nunca coraza segun lo podemos ver en el mosaico de Borghese. Sus escudos eran abigarrados, á veces guarnecidos de oro y plata. Se les oponia, como los galos, á los reciarios y á los tracios. La coleccion Campana ofrece una figura muy interesante de sámnita.

Los tracios llevaban ordinariamente un pequeño escudo redondo y algo cóncavo tal como aparece en el monumento de Escauro. A este escudo

se le llamaba *parma* para distinguirle del grande escudo de los sámnitas *(scutum)*. Sin embargo, el *parma* fué algunas veces de forma cuadrada, pues que Marcial le llama *scutem* bueno para los enanos. El arma ofensiva de los tracios era la *sica*, propia de esta nacion, especie de sable encorvado, que Juvenal compara á una hoz y Plinio el viejo á los colmillos de un jabalí. Esta es la forma conque aparece en un bajo relieve del anfiteatro de Nimes, que representa la lucha de un tracio con un sámnita, mientras en el monumento de Exoco y en los trofeos de la escuela de los gladiadores de Pompeji la hoja de aquel sable es recta y de punta triangular. Una armadura más completa y mantingalas en las dos piernas suplian entre los tracios lo exiguo del escudo y les distinguian igualmente de los sámnitas.

Estos gladiadores armados de tanto hierro no debian en general reclutarse sino entre bravos mancebos, que reuniesen las condiciones de vigor y talla al mayor grado posible, y con mayor razon los hoplómacos, cuya armadura era aun más pesada y que se consideraban como los más terribles adversarios. Armados completamente y cubiertos de hierro de piés á cabeza, llevaban no solamente las dos mantingalas como los tracios, á los cuales se asemejaban, sí que tambien la coraza. Combatiendo entre sí no podian herirse más que en la cara ó en los ojos á través de los aguje-

ros de la visera del casco, segun se desprende de este dístico de Marcial.

Homoplachus nunc es, fueras ophthalmicus ante.
Fecisti medicus, quod facis homoplachus.

Entre los gladiadores ligeros se colocaban los velites, que combatian con venablo y á veces con lanza, como igualmente los provocadores. Debian sin duda abrir el combate que debia tener lugar.

Utque petit primo plenum flaventis arenæ
Nondum calfacti velitis hasta solum

Artemidoro menciona tambien á los dimacheros, armados sin duda de dos puñales, y sobre quienes ningun dato positivo se tiene. Todo lo que se sabe de los andabates, que habian dado el asunto y el título de una sátira de Varron *(Andabatæ)* es que combatian sin ver á su adversario, lo que quiere decir que usaban una visera sin ningun agujero y muy baja. Parece que esta manera de combatir se tomó de la antigüedad, que habia caido completamente en desuso, y de la que San Gerónimo ha hablado siguiendo á Varron.

Se ignora lo que eran los pægnarii de las inscripciones, una de las cuales cita un «pægniarius ludimagni» cuasi de cien años. Cavedoni ha pensado que eran gladiadores enanos.

No solamente las inscripciones si que tambien Galiano, Artemidoro y ya Ciceron hablan tambien de ginetes *(equites)*. Los que figuran en el mo-

numento de Scauro llevan largas corazas, túnicas, escudos pequeños y redondos, mantingalas en el brazo derecho, casco con visera y lanza.

Los esedarios, gladiadores montados en un carro como los guerreros bretones, fueron probablemente introducidos en Roma por Julio César que nos ha dejado una descripcion de la manera de combatir de estos últimos. Se ha podido ver mas arriba por un pasaje de Petronio que los esedarios hacian amenudo sus evoluciones con acompañamiento de música. A poca diferencia es cierto que un guia estaba sobre el carro al lado del combatiente. El mismo autor habla tambien de una mujer esedaria *(mulier essedariæ)*, lo que no seria otra cosa que la imitacion de una costumbre bretona, igualmente mencionada por Tácito. Evidentemente fueron las guerras hechas en Bretaña las que pusieron de moda aquella especie de combate durante los reinados de Claudio y de Neron.

Debemos añadir aun apropósito de las incertidumbres respecto una parte de los datos que preceden que el traje, el aspecto y el armamento de las diferentes especies de gladiadores debieron variar necesariamente con el tiempo y sufrir transformaciones siguiendo la moda. No hubo sin duda uniformidad perfectamente determinada por ninguna suerte de armaduras. Los monumentos no nos ofrecen tipos bien determinados y

sobre los cuales poder juzgar con exactitud sino respecto los reciarios, los *secutores*, los sámnitas y los tracios.

Por otra parte debian tambien existir gladiadores hábiles en mas de una especie de combate, como lo indican estos versos de Marcial:

Hermes belligera superbus hasta
Hermes æquoreo minax tridente
Hermes casside languida timendus.

Aquí Hermes era terciario y velite y tal vez provocador.

Anfiteatros romanos de Italia y de las provincias.

Nada prueba mas claramente cuan estendidos estaban los juegos de gladiadores y la carnicería de animales como la inmensa multitud de anfiteatros esparcidos por todos los dominios romanos y de los que solo nos quedan hoy los vestigios. Y no debemos perder de vista que la necesidad de levantar los anfiteatros de piedra solo se presentaba en aquellos lugares donde eran muy frecuentes las luchas y que reunian suficientes medios para esta clase de construccion. Muchos otros se habrian levantado de madera cuyos restos no han llegado hasta nosotros. La ausencia de vestigios de anfiteatro en otros lugares no prueba de ningun modo el que jamás allí hayan existido; prueba solamente que han desaparecido tal vez.

Los vestigios de anfiteatros se encuentran en ciertas tradiciones, en ruinas y en restos aun

existentes y en el uso local de ciertas denominaciones con que se designaban en la edad media. Pero todos estos indicios son vagos de tal manera, que es imposible sacar con exactitud consecuencia ninguna. Así la existencia del pretendido anfiteatro de Perusa no es, ó, mejor, no parece atestiguada mas que por las actas de San Herculano, que son apócrifas. El hecho de la construccion de un anfiteatro en Pavía por Teodorico el Grande, por el cual existe aun otro testimonio, no es menos contestable. Maffei no lo admite por la consideracion de que la costumbre de los juegos de los gladiadores habia caido en desuso; pero se puede objetar que las matanzas de animales, para las que servian entonces principalmente los anfiteatros estaban de moda y que Teodorico hizo mucho en Roma por los espectáculos.

La palabra *arena*, aplicada á ciertos lugares, se encuentra en muchas ciudades de la Edad Media. ¿Pero es lícito afirmar sobre la fe de una simple mencion del siglo décimo tercero, ó porque existiese en Paris, no léjos del palacio de las Termas, un lugar llamado Círculo de las Arenas, que allá debia existir un anfiteatro? La opinion de Bertoli de que existia uno en Aquilea, no se funda tampoco mas que en la mencion frecuente de una *torre de Arena* en antiguos documentos de los archivos de aquella ciudad. La cita parecida de un *vico dell' anfiteatro*, de una *platea amphiteatri*

en el barrio de las Termas *(regio Thermensis)*, se encontraba, segun Garrucci, igualmente en Nápoles, donde ninguna otra cosa prueba que haya existido jamás allá anfiteatro.

La denominacion de *Colesseum* no pertenecia esclusivamente al coliseo de Roma. Algunos otros anfiteatros de Italia tuvieron igual nombre, en razon de sus colosales dimensiones como lo han aclarado perfectamente Mazzocchi y Maffei y no por cierto por el coloso de Neron. Así especialmente el anfiteatro de Capua, llamado *Colossus* por el monje benedictino Erchempert, que escribió en aquella ciudad, en el siglo noveno, una historia de los lombardos; despues el de Florencia, que Benvenuto Cellini, en su autobiografía llama tambien *Colosseo*, y el de Luna, conocido bajo el mismo nombre, por las gentes de la vecina campiña.

Una tercera serie de denominaciones, bastante comunes en Italia, para las ruinas de antiguos anfiteatros y hasta para restos de otras construcciones es la de las palabras *Berelais*, *Berelasis*, *Berolassi*, que en Erchempert sirven igualmente para designar el anfiteatro de Capua y á los cuales vienen á substituirse, en documentos relativos al anfiteatro de Florencia, del siglo once al catorce, las palabras *Perilasium*, *Perlasium*, *Perlagium*, *Perlascio*, *Pierlascio*, *Piarlagio*, *Piarlasgio*. Un documento de 1071 lleva el nombre *Peri-*

basium, palabra que Manni cree ser la forma originaria y correcta. Dos pergaminos de los años 1085 y 1086 ofrecen tambien la variante bastante particular de *Patrolascio*. En cuanto á las tres primeras formas empleadas por Erchempert, algunos eruditos italianos, tales como Ruca; creen que son de orígen árabe y datan del tiempo en que la Baja Italia fué ocupada por los sarracenos. Admitiendo la etimología árabe *bis-al-as*, palabras que podian significar «algibe de la fuerza» ó «fuerte algibe» habria lugar de inferir de ello que el aspecto de los anfiteatros habia producido sobre los árabes el efecto de inmensas cisternas rodeadas de muros circulares; pero fijándonos en la etimología lombarda *berolaz* que significa «fosa de oso» se tendria una esplicacion no menos plausible de la palabra *Berolais*. Sea de ello lo que fuere la forma *Verlasci* se ha conservado en el uso hasta nuestros dias, no solamente en Capua sino tambien en Venafrum donde designa los restos de un anfiteatro, mientras que en Arezzo y en Florencia, la de *Parlagio* se ha ido substituyendo con el tiempo; y como esta palabra sinónima de *Parlatorio*, local ó edificio para reunirse y deliberar, presenta un sentido claro y generalmente inteligible, aunque completamente distinto, prevaleció cuasi en todas partes é hizo olvidar al que habia suplantado.

Los restos de silleria son amenudo engañado-

res, y, por una multitud de ruinas, es absolutamente imposible decidir si provienen de un anfiteatro ó de otro edificio. Un pretendido anfiteatro en Doué, no es en realidad, segun Montfaucon, mas que el resto de un antiguo palacio de los reyes de Francia.

Pero si bien es cierto que hay de una parte mas de una supresion que hacer en la lista de los anfiteatros romanos, cuya existencia se creia poder afirmar, por conservarse huellas de ruinas y otros indicios, no obstante por otra parte creemos que aquella lista podrá aumentarse cuando se hayan estudiado todos los archivos y se haya esplorado mas el terreno. Muy léjos estamos de conocer todos los edificios de este género que en la antigüedad existian y que han desaparecido en su mayor parte en la larga noche de la edad media sin dejar huella ninguna. Si algunas veces ha dominado la tendencia de pronunciarse en favor de nuevos anfiteatros por el reconocimiento de ciertas ruinas, la obra de Maffei ha puesto la verdad en su lugar y ha operado una saludable reaccion en el espíritu que debe dominar en estas investigaciones. Sin embargo el sabio arqueólogo se ha dejado llevar demasiado léjos por su celo crítico, no admitiendo mas que tres anfiteatros, los de Roma, de Capua y de Verona, diciendo que el de Pola era un sencillo teatro, y revocando tambien el reconocido destino de las Arenas de Nimes.

Lipsio ha sido el primero que ha formulado una lista de anfiteatros, la que tituló *De amphiteatris quæ extra Romam.* Cita quince, de los cuales debemos eliminir dos que se creian existir en Doué y en Atenas. Montfaucon cita diez y ocho fuera de Roma, situados todos en Italia y en Francia, á escepcion de las ruinas de Itálica. Clerisseau los hace subir al número de sesenta y dos, pero esta lista merece como la de Promis que cuenta hasta cincuenta y cinco en Italia una rectificacion.

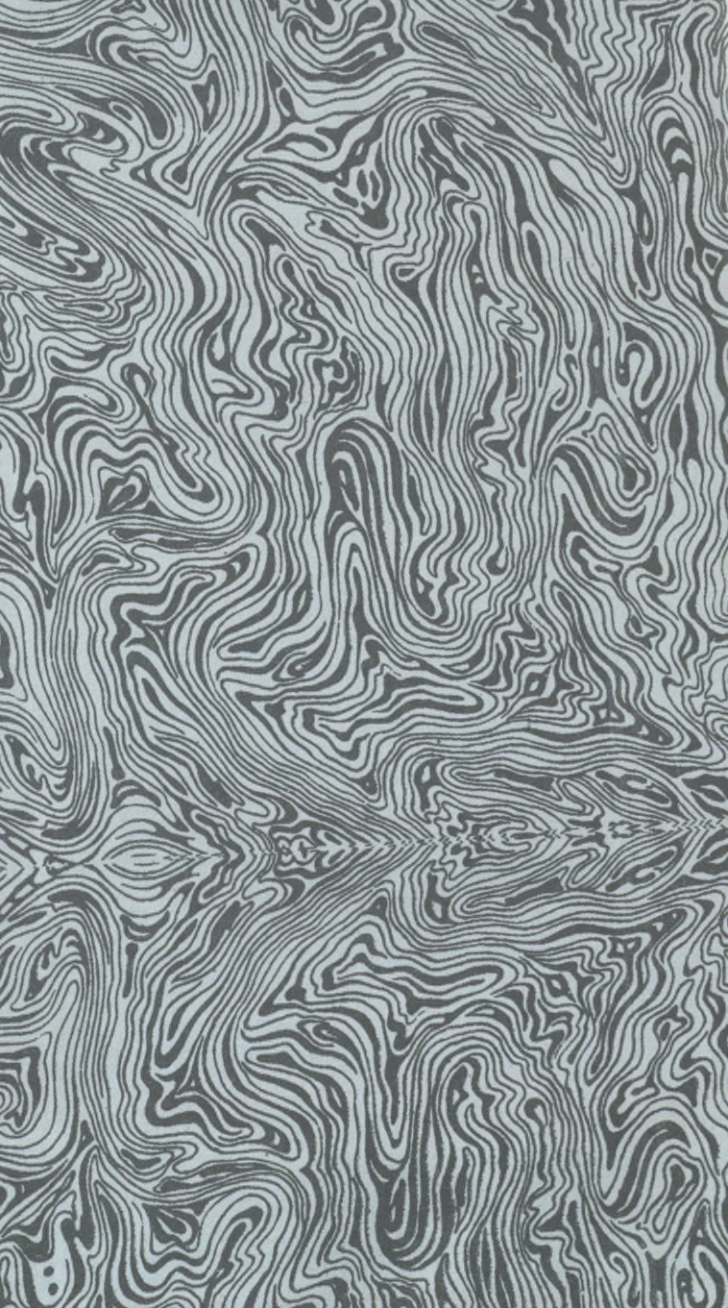
La nota de todos los anfiteatros conocidos de Emilio Hubner, la mas reciente que nosotros conocemos, abraza de ochenta y tres á ochenta y cinco.

Nada prueba la existencia de ningun anfiteatro de sillería anterior al que Estatilio Tauro hizo construir en Roma en el año 725 de la fundacion de esta ciudad. Hoy se reconoce por todo el mundo que los anfiteatros de Etruria no fueron levantados por los etruscos, como se habia creido y sí por los romanos. Se ha creido poder hacer remontar el orígen del anfiteatro de Pompeji á los primeros tiempos de la fundacion de esta colonia por Syla, tomando pié de la forma de las letras y de algunos arcaismos de una doble inscripcion que en él se encuentra; pero esta opinion es refutada por Garrucci y otros sabios, de los cuales resulta que el uso de estas formas an-

tiguas sobrevivió parcialmente á la república. Sin embargo, la data del año 685 de la fundacion de Roma que se dá á este edificio no descansa mas que en una conclusion incierta sacada por Garrucci de otra inscripcion. El anfiteatro de Pouzoles no parece anterior al tiempo de los Flavios. En general no existen inscripciones de las cuales se pueda deducir la construccion de anfiteatros antes de Augusto. Pero bajo su reinado existian algunos en diferentes ciudades de Italia, como se ve por la recomendacion de Vitrubio de erigir cerca del Circo los templos de Hércules en las que estaban desprovistas de gimnasios y de anfiteatros. En muchos de estas villas, sin embargo, los juegos de los gladiadores se daban en el foro. Alejandria, en Egipto, tuvo tambien desde el año 730 su anfiteatro que Strabon visitó en este año y otro en Nisa, lo que prueba que no tardaron en propagarse fuera de Italia.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU
CEU
15007668

ÍNDICE

Roma. 5
El trato social. 54
La Córte de los emperadores. 105
Los oficiales, libertos y esclavos de la Corte Imperial. 115
Los amigos y compañeros del emperador. . . 179
El Ceremonial.. 201
Las mujeres. 219
Traje y armamento de los gladiadores. . . . 275
Anfiteatros romanos de Italia y de las provincias.. 285

6/049